
HARLEQUIN™
Jazmín™
Susan Fox
Viviendo un sueño

Él era su jefe… hasta que un día todo cambió… Aunque el negocio de Eadie se estaba yendo a pique lentamente, ella todavía contaba con el dinero que ganaba trabajando para Hoyt Donovan. Pero tenía un secreto: ¡estaba locamente enamorada de él!

Después de un accidente que estuvo a punto de costarle la vida, Hoyt se replanteó toda su existencia. Quería una esposa, hijos… y ya conocía a la mujer perfecta. El plan era pedirle a Eadie que le preparara una fantástica boda… sin que sospechara que la novia iba a ser ella.



Susan Fox

Viviendo un sueño

Jazmín - 1964

Matrimonio de conveniencia 3

ePub r1.0

LDS 03.12.16

Título original: *His hired bride*
Susan Fox, 2005
Traducción: Mirta Brasero Barthes
Publicado originalmente: Mills and Boon Tender Romance (MTR) - 344 / Harlequin Romance (HR) - 3848
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

En aquel tiempo, Eadie Webb era la única persona en aquella zona de Texas que se llevaba bien con el ranchero Hoyt Donovan.

Lo había conseguido simplemente apartándose de su camino o tratándolo con suavidad. Hacía caso omiso a sus malas caras, y aguantaba pacientemente cuando reaccionaba con brusquedad o con ira.

Estaba inaguantable últimamente, y ella sabía muy bien por qué. Se trataba de un asunto delicado, pero en su opinión, finalmente se había hecho justicia. No se lo había dicho a él directamente. Por un lado porque era demasiado educada para hacerlo y, por otro, porque no quería herir sus sentimientos.

Claro que, los hombres como Hoyt nunca reconocían tener sentimientos, así que, cualquier comentario que pudiera hacer acerca de su situación sólo lo enfadaría más, y los que terminarían sufriendo las consecuencias serían aquellos que tuvieran que aguantar su mal carácter.

Hoyt Donovan era un asqueroso machista, y aunque se merecía sufrir un poco, era injusto que sus acciones repercutieran sobre los demás. Aunque, en verdad, Eadie no pensara que él sufriese como cualquier mortal, pero al menos sentiría mermado su orgullo. Y el orgullo, sobre todo el orgullo de macho, era lo más importante para hombres como Hoyt.

Claro que aquel orgullo era algo natural en él. Su apariencia de solidez era un gran atractivo, que combinado con su terrenal sensualidad lo hacían irresistible. Algo que no era justo para

mujeres como ella, que jamás disfrutarían de hombres así más que con la vista.

Su atractivo físico había hecho que Hoyt Donovan hubiera sido blanco de todas las mujeres casamenteras en aquella zona de Texas, y las mujeres revoloteaban a su alrededor como mariposas. Y si él no tenía deseos de alimentar su vanidad de hombre en aquel momento, era lo suficientemente arrogante como para rechazarlas con una mirada de desprecio, o algún otro gesto de desinterés.

Podía ser realmente antipático, pero las mariposas, al principio tomadas por sorpresa, se recobraban rápidamente de su desdén, y en lugar de sentirse ofendidas o heridas, pronto volvían a volar a su alrededor, buscando otra oportunidad. Él parecía más atraído por las mercenarias, a las que parecía poder aguantar por más tiempo. Como si disfrutase de un desafío ocasional a su inexorable estilo de citas con mujeres a las que «usaba y tiraba». Se merecía algo por ello, pero sus costumbres en aquel terreno en realidad eran un subproducto de su mayor defecto.

No trataba mal a sus mujeres, ninguna se había quejado. Les enviaba flores periódicamente, y casi siempre les mandaba alguna joya después de dejar de salir con ellas. El único problema de Eadie con aquella generosidad de Hoyt era que generalmente le asignaba a ella esas tareas. Y le había encargado que eligiera los regalos.

En realidad no era que sus mujeres no se lo pasaran bien en su compañía. Él sabía muy bien tratar a una mujer como si fuera una reina. Y satisfacer sus intereses, aunque no fueran los mismos que lo, de él.

Pero su habilidad para dictar los parámetros emocionales que debía tener la relación era bien conocida. Hoyt había roto el corazón de muchas mujeres, así que, si ahora estaba malhumorado por no conseguir a la única mujer que se había tomado en serio, se lo merecía.

Pero la razón más importante por la que Eadie Webb esperaba que Hoyt sufriese más, era por su gusto en mujeres. Le gustaban las más guapas, las de piernas larguísimas, las rubias, de cabello abundante, labios carnosos, o morenas exóticas con sensuales curvas, y ardientes pelirrojas de ojos verdes que llevaban la ropa ajustadísima.

No se daba cuenta de que aquellas bellezas eran más

egocéntricas y vacías que él.

Eadie de pronto se sintió avergonzada de sí misma. No sólo le debía gratitud a Hoyt por llevarla a trabajar con él algunas tardes por semana, sino que le debía también su absoluta lealtad y deferencia por un discreto acto de amabilidad que había tenido una vez con ella. Aunque ninguno de los dos había vuelto a hablar de aquella horrible noche; ni siquiera habían hecho jamás una vaga mención de ella, Eadie sentía el agridulce peso de su obligación con él.

Quizás una de las razones por las que sentía tan poca comprensión hacia el malestar de Hoyt de los últimos tiempos fuera que prácticamente hubiese dejado de ser aquel hombre amable que había sido con ella aquella noche. Muchas veces, durante aquellos años en que lo había visto cada vez más odioso, se había preguntado si no habría sido un sueño lo que había hecho por ella tiempo atrás.

Lo que nadie sabría y lo que Hoyt Donovan jamás sospecharía, era que hacía cinco años ella se había enamorado de él. Completamente. Y no lo sabría porque aquel hombre obsesionado por la belleza jamás se fijaría en alguien como ella. Sabía que su desprecio por su vida amorosa estaba mediatizada por los celos que sentía, y que no podía superar, así que le daba cierta satisfacción saber que ahora le tocaba sufrir a él. Se preguntaba si la bella Celeste le habría enviado un «regalo de despedida», como hacía él.

Se sentía frustrada al ver que él no se daba cuenta de que sus mujeres estaban demasiado ocupadas en sí mismas para amarlo de verdad. Hoyt no era estúpido, pero en algunas cuestiones, era ciego.

Lo amaba en secreto desde hacía cinco años; el tiempo suficiente como para saber que jamás se interesaría en una mujer normal como ella. Aunque aquella horrible noche a ella le hubiera llevado menos de cinco minutos saber que lo amaría el resto de su vida.

Eadie intentó no ceder a aquella depresiva sensación de desesperanza mientras terminaba de ordenar el escritorio de Hoyt. El Rancho Donovan era un monstruo que generaba mucho trabajo y dolores de cabeza. Ella iba a su despacho varias tardes a la semana para ayudarlo, pero Hoyt se ocupaba del resto.

Le pagaba bien por hacer el trabajo para el que la había contratado. El dinero le venía estupendamente para los gastos de su

propio rancho. Pero en cuanto pagaba todas las facturas, el dinero extra se evaporaba. Si las cosas seguían así, al año siguiente tal vez tuviera que vender su rancho.

Aquel pensamiento le bajó el ánimo. La idea de tener que irse a vivir a la ciudad y trabajar en una oficina era traumática. Además del hecho de perder el contacto con la vida del rancho, que había amado siempre y en la que había crecido, si se marchaba, no volvería a tener motivo ni oportunidad de ver a Hoyt, aunque probablemente eso fuera mejor. A los veintiséis años, lo peor que podía pasarle además de conseguir el *status* de solterona en pocos años, era andar suspirando por un hombre que jamás tendría.

El ruido de las botas de Hoyt en el rancho la sobresaltó. Automáticamente, Eadie miró el reloj. El hecho de que Hoyt hubiera vuelto antes de la hora de costumbre no era buena señal. Como aquella semana había estado de peor humor, Eadie había hecho todo lo posible por no cruzarse en su camino. Había pensado desaparecer antes de que él regresara a la casa, pero su repentina llegada cambiaba sus planes.

Lo oyó tronar desde una habitación al otro lado de su despacho:

—¿Eadie? ¡Te necesito aquí! ¡Ahora! —gritó, enfadado.

Eadie ordenó apresuradamente la pila de sobres que había en el escritorio de Hoyt y salió de la habitación.

Hoyt nunca descargaba su malhumor con ella, aunque a menudo hablaba con arrogancia y protestaba delante de ella. Sospechaba que lo hacía porque ella lo escuchaba serenamente, y eso parecía calmar un poco su ira.

Y, por supuesto, una vez que se desahogaba, normalmente entraba en razón y superaba su resentimiento. Aquélla era una de las cosas por las que lo perdonaba. Cuando se enfriaba, realmente era encantador, y no guardaba resentimientos para nadie.

Las consecuencias de su ruptura con la bella Celeste, era que llevaba furioso varias semanas, pero que ella supiera, apenas había dicho nada al respecto.

Casi todo lo que Eadie sabía sobre ese tema lo había oído por cotilleos. Que era por lo que suponía que su ego masculino se había sentido violenta mente atacado. Y por lo que a Hoyt no se le pasaba el enfado.

Eadie aún no había llegado a la mitad del salón cuando él gritó

otra vez:

—¡Eadie! ¡Ven aquí!

Eadie se dio prisa. Presintió que había algo nuevo en su enfado aquella vez.

Frenó antes de entrar en lo que debía de ser el dormitorio principal. Estaba temblando.

Nunca había estado en la zona privada de la casa de Hoyt, y su dormitorio era lo más privado. E íntimo.

Apenas tuvo un momento para mirar la habitación antes de llegar a la puerta abierta del cuarto de baño principal.

En el momento en que lo vio, sintió la misma excitación y alegría que siempre le causaba verlo. Hoyt era grande, tenía los hombros anchos, y su cuerpo era masculinamente musculoso. Su presencia hacía que el cuarto de baño pareciera pequeño. Debajo de su sombrero de vaquero, que aún llevaba puesto, se veía su cabello negro y algo largo. Su rostro era demasiado duro como para considerarse guapo, aunque en verdad lo fuera.

Y ella lo adoraba. Así de simple.

Pero jamás se lo confesaría a él ni a nadie. Se esforzaba mucho en que no se le notase.

Hoyt le clavó los ojos. Ella estaba roja. El impacto de la mirada de Hoyt sobre sus ojos azules fue lo suficientemente intenso como para que ella pestañease involuntariamente.

—Ya era hora… —se quejó él—. Me podría haber desangrado…

Alarmada, Eadie miró el flanco de su camisa ensangrentada mientras él se daba la vuelta, se sacaba la camisa de dentro de los vaqueros, y levantaba el faldón para mostrarle la herida rezumante. Eadie reprimió una exclamación cuando él dijo:

—¡Cómo duele!

Se acercó para mirar mejor.

—Tiene que verte un médico —{lijo.

—Hay un botiquín allí. —Hoyt le hizo una seña con la cabeza hacia un armario con un espejo—. Límpiame y ponme algo en la herida…

Eadie notó su tono de frustración. Sabía que estaba enfadado consigo mismo por estar herido.

—Te tienen que dar unos puntos —dijo ella mientras se lavaba rápidamente las manos, se las secaba, y luego revolvía el armario

que él le había indicado para encontrar un desinfectante y gasa esterilizada.

—¿Te da aprensión hacerlo tú? —Se lo pidió más malhumorado que enfadado. Y ambos sabían que ella no era aprensiva.

Eadie abrió el desinfectante y un paquete de gasas, sacó un par de ellas y las mojó en él. Luego las aplicó en la herida.

—El cuero de una vaca es muy distinto del tuyo.

—Los puntos de sutura son igual en un animal que en un humano. Si eres capaz de coser a una vaca, puedes coserme a mí.

Eadie sonrió débilmente para expresar lo ridícula que era aquella afirmación.

—No es lo mismo —murmuró ella mientras continuaba con el trabajo.

—¿Por qué? —preguntó él con una voz algo más serena, como si su ira se estuviera aplacando. Eadie alzó la mirada.

—Tu piel es más gruesa.

Como había imaginado, a él le gustó aquello. Vio que la expresión de Hoyt se suavizaba y que su boca se curvaba levemente.

—Tienes razón.

Eadie volvió a prestar atención a su trabajo, excitada, pero segura de poder ocultar su entusiasmo. Tenía años de práctica. Hasta cuando él le dedicaba aquella mirada devastadora sabía cómo disimular su deseo por él. Porque sabía que aquellas miradas insinuantes no estaban dirigidas a ella especialmente. Simplemente, era natural en él, algo que no debía tomarse personalmente.

—Enseguida terminaré… Te pondré una gasa y llamaré al médico. Luego buscaré a alguien para que te lleve al pueblo.

—Puedo conducir yo mismo —protestó Hoyt.

Eadie no se molestó en discutir. Sabía que era inútil enfrentarse a una declaración tan típica de un «macho».

—Como quieras.

Hubo un silencio espeso entre ellos mientras Eadie seguía trabajando. Había una cierta tensión en el ambiente. Pero debía de ser sólo por su parte, pensó Eadie. Al fin y al cabo, era un placer para ella estar curándolo. Era algo mucho más personal que hacer el trabajo de su oficina. Una buena excusa para estar cerca de él, para oler su fragancia a cuero, a sol y a hombre.

Para él en cambio, estar junto a ella no tendría ninguna

importancia. Ni siquiera se daría cuenta del perfume de su champú barato. Sin embargo, a ella su tacto le estaba produciendo un hormigueo en la piel.

Pero no podía dejar de tocarlo. La piel de Hoyt no era más dura que la de una vaca. Era suave y sedosa, con unos músculos de acero debajo. Y Eadie sintió un primitivo deseo.

—¿Cómo es que te tiemblan las manos?

Eadie se sobresaltó y se puso colorada. Intentó disimular fingiendo irritación.

—Has entrado a la casa a gritos como un poseso. Y como esto escuece, he estado esperando que me gritases en cualquier momento.

—¿Eso es todo? —preguntó él con tono de sospecha, como si sus manos temblorosas lo hubieran alertado y lo hubieran hecho sospechar de ella.

Era una tontería… Pero luego se dio cuenta de por qué podría haberse sentido en alerta. Seguramente a un donjuán como Hoyt, amante de mujeres hermosas, no le gustaría que una mujer normal como ella tuviera fantasías con él.

Aquel pensamiento la hirió. Así que intentó terminar lo más rápidamente que pudo. El médico seguramente le haría una cura más exhaustiva, pero de momento la herida estaba lo suficientemente limpia como para taparla e ir en coche hasta el pueblo. Al menos, prácticamente había dejado de sangrar.

Terminó, tiró las gasas sucias en un cubo que había debajo del lavabo y luego agarró tres gasas más grandes. Las apretó contra la herida y le agarró la mano para que él las sujetase mientras ella le ponía un esparadrapo.

El tocar la mano de Hoyt fue como una sensación eléctrica, que le dio tantas ganas de apartarse como de apretarla más fuertemente.

Cuando terminó, apretó un segundo la cinta adhesiva contra la piel de Hoyt. Había tenido pocas oportunidades de tocarlo, y tenía la sospecha de que aquélla sería la última vez.

Eadie agarró una toalla verde oscura y se la dio.

—Llévate esto, por si vuelve a sangrar.

Abrió el grifo del agua caliente para lavarse las manos. Y entonces se dio cuenta de que Hoyt seguía a su lado, sin moverse.

Eadie lo miró por el espejo. Hoyt la estaba mirando

solemnemente.

Eadie se lavó las manos y luego se apartó para secárselas.

No quería interpretar nada amenazador en su mirada. Pero el hecho de que la estuviera mirando no era un buen augurio.

—Bueno, ya está —dijo Eadie, colocando la toalla en el toallero —. No dejes de preguntarle al médico cuándo te puso la última vacuna contra el tétanos, por si tiene que ponértela otra vez. Yo estaba a punto de marcharme a casa…

Se dio la vuelta para dirigirse hacia la puerta, pero Hoyt le agarró el brazo.

Eadie lo miró.

—¿Ya está? —preguntó Hoyt frunciendo el ceño.

—Te he dicho que llamaría al médico.

—¿Vas a dejar que conduzca solo hasta el pueblo?

Eadie lo miró un momento. La miraba con expresión de reproche.

—Has dicho que conducirías tú mismo.

—¿Y tú me lo permitirías? Creí que a las mujeres les gustaba preocuparse de menudencias, hacer aspavientos…

—¿Y tú quieres… que yo me preocupe? —preguntó Eadie, sin poder creerlo.

—No, si eso te estresa mucho.

Eadie lo siguió mirando. No lo comprendía. Aunque tenía que admitir que le hacía gracia.

—O sea que quieres que me preocupe y que haga aspavientos… ¿Cuánto quieres que me preocupe? —Casi se rió al escucharse. Aquello sonaba totalmente ridículo.

—Teniendo en cuenta lo fría que eres, no te preocupes, que te lo diré si te pasas. Me escuece terriblemente la herida. Es como si la hubieras limpiado con ácido.

Eadie pasó por alto el comentario de que ella era fría, y lamentó haberle hecho daño. Impulsivamente, tocó su brazo.

—Lo siento. ¿Puedes caminar hasta mi camioneta o necesitas ayuda?

—Puedo caminar —gruñó. Luego agregó—: Pero sujétame por si acaso.

Lamentando sinceramente haberle hecho daño, se puso a su lado, por donde no estaba herido. Lo ayudó a alzar el brazo y a

rodearle los hombros para que se apoyase en ella. Reacia, Eadie le rodeó la cintura y se agarró de su cinturón, tanto para no tocar su herida como para tener de dónde agarrarlo en caso de que sus piernas le fallaran y no lo sujetaran.

Aquella idea le pareció ridícula, porque Hoyt era tan fuerte físicamente que no podía ni contemplar esa posibilidad. Pero si de verdad se sentía tan mal como para sacrificar un poco de su orgullo de macho y pedir ayuda, tenía que dársela.

—Eres muy pequeña, ¿sabes? No sé cómo diablos te las apañas para hacer el trabajo al aire libre del rancho.

Eadie giró levemente la cabeza para mirarlo antes de empezar a acompañarlo hasta la puerta. Hoyt no parecía estar débil, sólo irritado.

—Gracias por el cumplido. No hace falta ser grande para usar la inteligencia. Apóyate en mí si quieres. Es casi la hora en que deja de atender el médico. Si no, tendrás que pagar por ir a urgencias —agregó ella mientras salían de la habitación.

—Se supone que tienes que tranquilizarme, no preocuparme por el dinero —respondió él.

—Lo siento.

—Da la impresión, además, de que no valgo el dinero que puede costar la consulta.

Eadie intentó tener paciencia con él. Aquella actitud de autocompasión era extraña en él.

—La preocupación por el dinero es algo automático para mí —dijo Eadie—. Me olvido de que alguna gente no tiene que preocuparse.

—Es cierto. Se trata de mi dinero —respondió. Luego agregó—: Pero ¿cómo es que te preocupa? ¿Quieres decir que no te pago suficiente?

—Sería más fácil tranquilizarte si dejases de hablar.

—Nunca había detectado esa actitud avara en ti, Eadie Webb.

Ella no pudo reprimir una sonrisa irónica.

—No me sorprende.

—¿Por qué?

Hoyt era como un niño pequeño que no podía dejar de hacer preguntas. Eadie fue paciente con él porque suponía que su insistencia era una forma de disimular su dolor.

—Seguramente tienes cosas más importantes que hacer que estudiarme.

—Verdad. Aunque tal vez tuviese que usar mi convalecencia para hacer un estudio de ti. ¿Qué crees que averiguaría?

«¡Oh, Dios Santo!», pensó ella. ¿Qué diablos pretendía?

Nada, seguramente no pretendía nada.

—Si me estuvieras estudiando en este momento, te darías cuenta de que empiezo a dudar de que te haga falta apoyarte en mí.

—¿Crees que estoy fingiendo?

—Sí. Y me gustaría que no lo hicieras. Tengo una pila llena de platos que lavar y un montón de tareas que hacer en las próximas dos horas, así que si realmente no me necesitas, será mejor que me vaya a casa cuanto antes.

—¿Y si te pago horas extra?

—No aceptaría dinero por algo como esto.

—Entonces, te lavaré los platos más tarde.

Ella se rió.

—¿Y crees que quedaría alguno sin romper?

—Te compraría una vajilla nueva, si hiciera falta. Y un lavaplatos.

—Tengo lavaplatos. Pero no puedo gastar tanto agua. Por favor, vayamos al pueblo de una vez.

Eadie lo llevó hasta la puerta de entrada. Luego tuvieron una breve discusión acerca de si era mejor llevar la camioneta de ella o su nueva súper camioneta. Eadie cedió finalmente por el tiempo que podían ahorrar yendo en la de Hoyt. Y lo ayudó a subir a su camioneta. Se sentó frente al volante y puso el aire acondicionado.

Luego salió del coche y fue a llamar al médico.

—La señorita Ed debe haberlo hecho ya, así que vámonos —dijo Hoyt.

Así que Hoyt se había estado burlando de ella, al menos cuando le había dicho que le diera los puntos de sutura, puesto que ya habían llamado al médico.

Eadie puso el asiento del coche a su medida y se ajustó el cinturón de seguridad.

—Tus piernas son cortas —observó bruscamente Hoyt.

Ella sonrió débilmente.

—Muchas gracias por todos tus piropos, jefe. Soy pequeña, tengo

piernas cortas… Soy avara. Y no nos olvidemos de «lo fría que soy». Como sigas, te abandonaré por ahí, en la carretera.

—No me tranquilizas mucho con esas palabras, Edith Regina Webb.

—No. Es verdad. Y se te ha soltado el esparadrapo ahí. Será mejor que te pongas la toalla y presiones —le señaló la toalla.

Una vez que el coche estuvo en la autopista, Eadie intentó disfrutar de la novedad de conducir aquella camioneta de motor tan potente, con la que llegaron volando a Coulter City.

Capítulo 2

Hoyt entró directamente al consultorio del médico, puesto que habían llegado en el momento en que el doctor Harris terminaba con el último paciente del día. Eadie se sorprendió de que Hoyt le preguntase si iba a entrar con él. Le dijo que quería que entrase para que pusiera atención a las instrucciones del doctor, pero a Eadie aquello le pareció extraño. Entró con él con una sensación ambigua: excitación por sentirse necesitada y molestia por la posibilidad de que Hoyt estuviera jugando con ella.

Se sentó a un lado del consultorio, tratando de no intervenir mientras la enfermera le tomaba las constantes vitales, las anotaba en una ficha y luego salía. Fuese cual fuese la razón por la que Hoyt quería que lo acompañase, Eadie estaba segura de que le parecería extraño al médico.

Y sospechoso. Al fin y al cabo, era un donjuán. Y además, las mujeres estaban deseosas de hacerle cualquier favor.

Sintió ganas de marcharse.

Pero cuando se había puesto de pie para irse, llegó el médico. Éste la miró como si fuera un fenómeno extraño.

—Bueno, hola a los dos, Eadie —dijo el doctor Harris mientras la miraba por encima de las gafas—. ¿Hay algo interesante entre vosotros dos?

Eadie se puso roja.

—Ho… Hoyt… sólo quería que yo… que entrase y prestase atención a sus instrucciones, pero eso será cuando usted termine con él.

El médico miró a Hoyt.

—¿Quieres que Eadie esté dentro o fuera mientras te examino?

—Dentro.

El doctor sonrió.

—Se queda, entonces. Quítate esa camisa para que veamos qué hay —miró de soslayo a Eadie—. Será mejor que te sientes, Eadie. Allí está bien.

Eadie volvió a la silla, pero bajó la mirada para no mirar a Hoyt.

El médico ayudó a sentarse a Hoyt. Le quitó el esparadrapo y las gasas y los tiró.

—Ah, bueno, es sólo un corte. Creí que había algo más serio. Eadie podría haberte dado una aspirina y haberte cosido en un momento. O haber llamado al veterinario.

Eadie miró la cara sonriente del médico. Luego se dio cuenta de que estaba hablando en broma. Después de todo, la herida tenía cuatro centímetros y seguía sangrando un poco. Al parecer, aquélla era una típica broma entre «machos». Estaba segura de que el doctor habría dicho lo mismo aunque Hoyt hubiera ido con una pierna colgando. «¡Hombres!», pensó ella.

El doctor salió dejando la puerta abierta y Eadie intentó no mirar el torso desnudo de Hoyt.

El doctor Harris volvió enseguida. Lo siguió su enfermera con una bandeja metálica que cambió por la que tenía el esparadrapo sucio.

El médico se despidió de la enfermera hasta el día siguiente y siguió haciendo su trabajo, hablando con Hoyt del mercado y del ganado como si estuvieran charlando a la hora del café.

Eadie se alegró de que aparentemente se hubieran olvidado de ella, pero le molestó estar presente allí, sólo para eso. Claro que no había sido sólo culpa de Hoyt. Ella había aceptado, gustosa.

Al parecer Hoy quería que ella estuviera allí, aunque no sabía por qué, y Eadie no pudo dejar de recordar algo que había sucedido hacía años, cuando él había acudido en su ayuda.

Las dos situaciones no se parecían en nada. Pero desde entonces ella había acudido en su ayuda siempre que él la necesitaba. Le había dado igual que se tratase de algo de poca importancia.

En verdad, aquella situación le daba la oportunidad de saborear cómo sería acompañarlo en cosas tan sencillas como ir al médico. Si

ella fuese su esposa en lugar de una empleada, compartiría muchas cosas como aquélla, junto a otras más felices.

Y aquélla era una prueba más de lo patética que resultaba estando allí, aceptando las migajas de alguien que nunca le daría más.

Pero su dignidad lograría un respiro si finalmente vendía su rancho y se marchaba a Coulter City.

De pronto se dio cuenta de que el médico le estaba haciendo señas para que le prestase atención.

—¿No ibas a escuchar mis instrucciones?

—Lo siento. Estaba pensando en otra cosa. ¿Cuándo lo vacunó del tétanos por última vez?

El médico sonrió.

—Buena pregunta —luego guiñó un ojo a Hoyt y agregó—: ¿Te controla siempre con tanta eficiencia?

—Soy sólo una paga semanal para ella, doctor —se quejó Hoyt, aunque sus ojos brillaron con picardía.

—Miraré la fecha de la vacuna. Pero antes te haré una receta para un antibiótico y un analgésico —miró a Eadie—. Tendrá que tomar el antibiótico hasta que se le cure, por supuesto. Que lo tome con las comidas. Y que no beba alcohol con el analgésico. Es mejor que no conduzca, y que no ande con máquinas ni con los caballos mientras lo tome.

El médico se quitó los guantes de látex y los tiró, luego se lavó las manos. Salió de la consulta cuando Hoyt se estaba incorporando. Eadie se puso de pie y le dio la camisa.

—Ayúdame con esto, ¿quieres? —le dijo Hoyt.

Eadie lo ayudó a meter los brazos en las mangas, cuidando de que no se rozara los puntos con la camisa, y disfrutando de ayudar a Hoyt en una tarea tan cotidiana e íntima como aquélla. Su cuerpo era tan masculino y musculoso que la hacía estremecer. Y el hecho de que no pudiera evitar rozarlo con los dedos en aquella tarea era otro placer añadido.

Hoyt se abrochó la camisa, pero no se la metió en el pantalón.

—¿Te importa llevarme a la farmacia para comprar las medicinas o tienes que irte a casa? —le preguntó.

—Tenemos tiempo para eso —dijo ella, lamentando haberle dicho que tenía que lavar platos y hacer otras tareas.

El médico volvió con una jeringuilla y una ampolla.

—Eadie tenía razón acerca de la vacuna del tétanos. Probablemente te dolerá más que el rasguño que tienes —el doctor la miró por encima de las gafas con un brillo de picardía y le dijo—: A lo mejor prefieres salir para esto, porque se la pondré en la nalga.

Eadie asintió. Aquello habría sido demasiado. Era claramente innecesario, así que esperó fuera hasta que salió Hoyt. Caminaron hasta la camioneta, pero no hubo ningún signo de debilidad en Hoyt. Cuando llegaron a la farmacia, él entró solo y ella lo esperó. Al rato, salió con las medicinas y se marcharon al Rancho Donovan.

—Gracias por tu ayuda, Eadie —dijo Hoyt en un tono casi dulce.

Hacía tiempo que no lo veía así y pensó que el haber ido a Coulter City podría haber influido.

De todos modos, era peligroso. Su dulzura podía ser letal para ella. Claro que su serenidad tenía un fuerte efecto en él. Pero en los últimos tiempos su carácter se había agriado, y aquella tarde había estado más malhumorado e insoportable que de costumbre.

Cuando llegaron al rancho, Hoyt rompió el agradable silencio.

—La señorita Ed probablemente se marche a su casa a la hora de siempre esta noche. ¿Hay alguna posibilidad de que vuelvas después de que hayas hecho las tareas que tienes que hacer?

Eadie se sobresaltó y lo miró. Estaba serio. Y tuvo la sensación de que se estaba tocando la herida, aunque lo disimulaba. Como si la suspensión del coche le hubiera ocasionado molestias durante el viaje pero no quisiera reconocerlo por temor a parecer menos «macho».

Seguramente se le habría pasado el efecto de la anestesia local, y le doliera no sólo la herida, sino los puntos.

Sí, probablemente le doliera de verdad. Eadie lo miró. Hoyt estaba esperando su respuesta con una expresión difícil de interpretar.

—Por supuesto que sí —respondió ella.

Él asintió. No parecía estar tomándole el pelo ni nada por el estilo.

«Por supuesto que sí», habían sido sus palabras. Y entonces se dio cuenta de que haría cualquier cosa que él quisiera. Que siempre había estado dispuesta a hacerlo.

Hoyt era como un viejo vaquero fundido con su ganado y su

rancho. Los había marcado a fuego, como a ella, y lo seguirían hasta su muerte.

Aquella idea le bajó el ánimo.

* * *

Antes de volver al Rancho Donovan, Eadie comió algo, se duchó y se lavó el cabello. Se aplicó un poco de maquillaje y se puso un vaquero y una sudadera amarilla.

Eadie nunca se ponía aquel vaquero de diseño ni la sudadera amarilla para trabajar fuera, y le agradó cambiar un poco.

No era un gran cambio, pero era algo. Y se había duchado para poder acostarse directamente cuando regresara a dormir. Lo único que le quedaba por hacer era lavarse la cara e irse a la cama. Amanecía temprano, a las cuatro, y la esperaba un duro día de trabajo.

Eadie se sentía excitada. Era una tontería, pero aquello era algo que se salía de lo normal en un día de semana.

No estaba deslumbrante, pero sabía que no estaba mal, y eso le daba cierta seguridad.

En realidad, ella siempre se había sentido conforme con su aspecto físico. Hasta que conoció a Hoyt. Después de ver que salía con mujeres tan atractivas, se había empezado a sentir insegura.

Esperaba que al menos tuviera una personalidad más atractiva que esas mujeres. Él siempre le había demostrado simpatía, pero también la había demostrado por su ama de llaves, así que eso no quería decir nada. La señorita Ed no era ninguna belleza, pero Hoyt no la había contratado para desfilar por la casa como una modelo.

La señorita Ed era un poco agria, pero era una buena mujer. Y Hoyt la había contratado para que llevase su casa como a él le gustaba y para que cocinase, y realmente era muy buena cocinera.

Eadie también se llevaba bien con él, a pesar de su carácter. Parecía gustarle hablar con ella, contarle sus quejas, pedirle opinión, y le gustaba cómo hacía el trabajo para el que la había contratado.

Eadie sospechaba que Hoyt había disfrutado de las pequeñas conversaciones de aquel día, y en realidad era halagador que la

hubiera hecho partícipe de todo aquello. Claro que en aquel momento no parecía estar saliendo con ninguna de aquellas bellezas. Y además, como el médico estaba a punto de marcharse de la consulta, sus mujeres no habrían tenido tiempo de acompañarlo.

Y le había pedido ir por la noche…

A pesar de que no quisiera ilusionarse y prefiriese mantener la calma, no lo lograba totalmente.

Ni la idea de una gran decepción podía con su entusiasmo. Sabía que no debía esperar nada, puesto que no habría nada. Pero se sentía feliz.

Salió y se subió a su pequeña camioneta. Una vez en la autopista le costó controlar la velocidad.

Cuando finalmente llegó al rancho notó que ya no estaba el coche de la señorita Ed. Aunque acababa de empezar a anochecer, había algunas luces encendidas en la casa.

Se acercó a la puerta de entrada y tocó el timbre. Al ver que Hoyt no salía, volvió a tocar el timbre. Esperó nuevamente. Luego se dio cuenta de que debía de haberse tomado el analgésico y haberse quedado dormido. No podía haberse acostado dejando las luces encendidas, así que pensó en entrar simplemente.

Aunque llevaba algunos años trabajando para Hoyt, nunca había entrado directamente a la casa sin llamar, aunque tenía permiso para hacerlo. Ella generalmente llegaba después de mediodía, así que siempre rodeaba la cocina y golpeaba en la puerta de cristal que daba al patio para llamar la atención de la señorita Ed antes de entrar.

¿Tendría algún problema Hoyt? No quería sobresaltarlo entrando sin llamar, si simplemente no había oído el timbre. Pero era reacia a entrar directamente. Probó el picaporte, y éste se abrió fácilmente, así que entró y gritó:

—¡Hola!

Al no oír respuesta, cerró la puerta y se dirigió al pasillo que ocupaba prácticamente el largo de la casa.

—¡Hola, Hoyt, estoy aquí! —gritó.

Luego, dudosa, caminó por el corredor en dirección al despacho de Hoyt. Pero éste estaba vacío. Entró y apagó las luces. Luego caminó en dirección al ala de los dormitorios.

La única luz en aquella parte de la casa provenía del dormitorio

de Hoyt. Se detuvo a un paso de él. Si acababa de salir de la ducha, no quería sorprenderlo. No oyó respuesta, pero sí un suave ronquido.

Eadie se asomó y vio a Hoyt echado en la cama. Llevaba una camisa limpia por fuera del pantalón y unos vaqueros distintos de los que había llevado aquel día. Tenía las botas puestas.

Seguramente se habría echado un rato más temprano y se habría quedado dormido, pero ella no podía dejar que durmiese toda la noche con la ropa puesta.

Se acercó a la cama.

—Hoyt, ¿puedes despertarte? —le preguntó suavemente mientras le tocaba el hombro—. Hoyt, soy Eadie. Tienes que despertarte y prepararte para ir a la cama.

Aquello pareció despertarlo un poco, y se empezó a mover. Pero el movimiento debió de hacerle daño, porque dejó escapar un juramento.

Eadie decidió que debía ser más firme y hablarle en un tono más normal.

—¿Hoyt? Tienes que despertarte. Ten cuidado con los puntos, pero despiértate —volvió a tocarle el hombro—. ¿Hoyt?

Hoyt dejó escapar un gemido que indicaba más resistencia que dolor en la herida.

Ella le agarró la mano.

¡Oh! ¡El tacto de su mano grande y callosa era un placer!

—Ven, Hoyt —insistió—. No puedes dormirte con la ropa puesta. Despiértate, tienes que quitarte la ropa y meterte en la cama.

Hoyt respondió con un gruñido. Ella se sobresaltó.

—Quítamela tú.

Eadie lo miró, sorprendida. ¿Lo había oído bien?

Capítulo 3

Hoyt le había dicho algo. Parecía haber dicho «Quítamela tú». Pero debía de haber oído mal.

—¿Hoyt? Despiértate y quítate la ropa.

—He dicho que me la quites tú si tienes tanto interés… —Gruñó.

A Eadie aquello le hizo gracia, aunque tenía la cara roja.

—No te quitaré la ropa, jefe. Levántate de una vez y acaba con esto. No te llevará más de un minuto. Luego puedes seguir durmiendo. Venga.

Eadie tiró suavemente de él para forzarlo a incorporarse. Entonces los ojos de Hoyt se abrieron repentinamente y la miraron.

—Tendrías que haber llegado aquí antes de que me hubiese quedado dormido. Ahora me va a costar mucho levantarme otra vez.

Eadie sonrió:

—Lo siento. Así… Te ayudaré a incorporarte —le dijo mientras deslizaba la otra mano por debajo de sus hombros.

Eadie supo que era un error en el mismo momento en que sintió el calor de su cuerpo, la dureza de sus músculos. Y para colmo, la colonia que ella asociaba exclusivamente a Hoyt inundó sus sentidos. Los dedos de Hoyt apretaron su mano.

—¿Que me ayudarás a incorporarme? ¿Con una grúa?

Eadie sintió su aliento a menta, e intentó no demostrar su reacción.

—¿Me estás llamando pequeña otra vez? Soy delgada, pero fuerte.

Hoyt sonrió. Y aquella sonrisa a escasos centímetros de ella fue devastadora.

—Te has puesto perfume.

Eadie se sintió incómoda. Lamentó haberse arreglado especialmente. No quería que Hoyt pensara que se sentía atraída por él. Pocas veces usaba perfume.

—Es el champú. Me he lavado la cabeza.

—¿Por eso has llegado tarde?

—A ver si podemos ponerte de pie —dijo ella, e intentó hacer todo lo posible por alzarlo.

Hoyt dejó escapar un suspiro, pero cooperó. Una vez incorporado, Eadie intentó soltarle la mano, pero él no la dejó.

—Quédate quieta. Me falta el equilibrio —comentó Hoyt mientras sacaba las piernas de la cama y ponía sus pies, calzados con botas, sobre el suelo.

Eadie sintió cierta excitación, pero intentó controlarse y le preguntó:

—¿Has empezado a tomar el antibiótico?

—Sí. Y la otra medicina hace una hora. ¿Puedes ayudarme a quitarme las botas?

Eadie notó el cansancio de Hoyt. No pudo negarse.

—Supongo que sí.

—Si vas a hacerlo de mala gana, puedo usar el calzador —respondió él, molesto.

—Te ayudaré. —Eadie soltó su mano y se agachó para quitarle la bota izquierda.

—Me haces sentirme un apestado, Eadie.

—No es mi intención —contestó ella, quitándole la bota—. Pero debes admitir que hasta ahora nuestra relación de trabajo no comprendía cosas como ésta —le quitó la bota y siguió con la otra.

—Has sido tú quien ha dicho que no aceptarías que te pagase —continuó él con el mismo tono de agravio—. ¿Quiere decir eso que nuestra relación de trabajo no tiene nada de amistad o de vecindad?

Eadie le quitó la bota derecha.

—Por supuesto que no es sólo una relación de trabajo —contestó ella mientras dejaba la segunda bota en el suelo—. Te pido disculpas si te he dado a entender lo contrario. No estaría aquí si no me importases, Hoyt.

—Es un alivio saberlo. Pero es difícil interpretarlo como algo personal, porque a ti te importa todo el mundo —dijo con un tono que no demostraba su alivio.

En realidad, empleó un tono de autocompasión y quizá también de frustración. Pero Eadie intentó no dejarse influir por él. Después de todo, Hoyt no parecía ser el mismo. Y además, ¿quién sabía el efecto que le producía el analgésico?

—¿Qué sientes hacia mí realmente? —preguntó Hoyt—. No ha sido fácil tratar conmigo últimamente.

Su admisión le llegó a Eadie al corazón. Hoyt reconocía que había estado malhumorado e irritable últimamente, e incluso parecía arrepentido. Pero ella no se atrevía a responder la pregunta que le había hecho previamente. No se sentía capaz de decirle la verdad.

No quería contestar lo que sentía por él. Trató de pensar en algún modo para responder sólo al comentario sobre su mal carácter, pero cuando estaba a punto de decir algo, Hoyt la miró solemnemente. Su mirada le llegó al corazón.

No habían vuelto a hablar de lo que había sucedido hacía cinco años, pero ella sintió que el tema se había hecho presente entre ellos en aquel momento, después de años de silencio. Tal vez fuera el momento adecuado, y Hoyt necesitase oír sus palabras.

—Es verdad que no ha sido fácil tratar contigo, Hoyt. Pero jamás olvidaré lo que hiciste por mí. No, no me gusta cómo has estado últimamente, pero sé quién eres en lo más profundo de ti. Y es por ese hombre por el que estoy aquí esta noche. Por él haría cualquier cosa.

Eadie sintió que su corazón daba un vuelco después de aquella cándida confesión. Estaba segura de que se arrepentiría de ella. Pero aquella actitud tan sombría de Hoyt había hecho que fuese sincera. Por otra parte, los sentimientos hacia Hoyt habían crecido en secreto durante aquellos años, y era natural que dejara traslucir una parte de ellos. Lo que estaba sucediendo aquella noche entre ellos era algo completamente nuevo, y a ella la estaba afectando peligrosamente.

Si el confesar una parte de sus sentimientos tenía como consecuencia que Hoyt no quisiera volver a verla, tal vez fuera piadoso. Porque cinco años era mucho tiempo para reprimirse.

Se miraron a los ojos y Eadie no pudo soportar el contacto visual. Desvió la mirada.

—¿Puedes ponerte de pie? Te abriré la cama. Luego saldré de la habitación para que puedas prepararte para ir a dormir —lo miró nuevamente—. Tienes todo lo que necesitas para acostarte, ¿verdad?

—Me arreglaré —no dejó de mirarla.

Ella desvió la mirada y tiró de la colcha. Como había esperado, eso hizo que Hoyt se pusiera de pie. Entonces, ella siguió tirando hacia atrás la sábana.

Aun sin zapatos, Hoyt era mucho más alto que ella. Nunca le había parecido tan alto, ni tan *sexy*, allí, al lado de ella, y de la cama.

—Bueno… Yo… Tengo que ir a casa. Te veré el martes, como siempre, a no ser que me necesites para algo antes —lo miró un momento, luego desvió la mirada—. Tómatelo con calma y haz caso al doctor. Llamaré a la señorita Ed mañana para saber cómo sigues.

—¿No vas a venir personalmente mañana para saber cómo estoy?

Eadie se sintió amenazada por la pregunta, pero también sintió excitación al oírlo.

—¿Qué te parece… si vengo después de la cena?

—¿Por qué tan tarde? ¿Tienes mucho trabajo mañana?

—Sí.

Era cierto. Pero además, necesitaba algo de perspectiva para digerir todo aquello.

—¿Aún tienes gente trabajando contigo?

Eadie se encogió de hombros. La pregunta la incomodó.

—He estado intercambiando tareas. Tengo trabajo en casa de Junie por la mañana, para devolverle la ayuda que tuve de ella. Después, seguiré con el trabajo de mi rancho.

—¿Estás mal de dinero?

Eadie estaba muy mal de dinero.

—No es asunto tuyo. Pero… tengo algunos gastos extras. Todavía estoy pagando derechos de herederos… Pero no es nada que me quite el sueño.

Eadie no se sintió bien mintiendo, pero estaba avergonzada de que no le hubiera ido bien en los últimos meses. Los pequeños

rancheros pasaban malas rachas, y ella se alegraba de que sólo tuviera que mantenerse a sí misma. De todos modos, era algo que no quería que supiera Hoyt.

—Si necesitas algo… Bueno, ya sabes que puedes contar conmigo.

Al parecer, las antenas de Hoyt estaban alerta. Pero a ella no le parecía bien compartir con él sus problemas de dinero.

—Es muy generoso de tu parte, gracias. Eres muy amable. Pero puedo arreglarme sola.

—Te lo digo de verdad, Eadie.

Ella sonrió. Su ofrecimiento le despertaba ternura y sorpresa.

—Lo sé… —Se permitió tocarle el brazo—. Gracias —ella habría dejado allí su mano—. ¿Quieres que cierre con llave cuando me vaya?

—No cierro nunca con llave. Los perros se ocupan de los maleantes. Es más entretenido que cerrar la puerta.

Eadie se rió. Los perros de Hoyt eran los más perezosos del lugar. Les encantaban los niños y las mujeres, pero desconfiaban de los extraños. Su ladrido era suficiente para alertar al rancho a cualquier hora del día o de la noche.

No prestaban atención a sus entradas y salidas, pero a veces, de paso a su trabajo, ella se acercaba a acariciarlos cuando estaban en el patio de atrás. O cuando Hoyt los tenía en su despacho, lo que era raro, porque a la señorita Ed no le gustaban los perros en la casa.

—Bien, entonces —dijo Eadie—. Buenas noches.

—Te acompañaré —respondió Hoyt.

Eadie agitó la cabeza.

—No me acompañarás. Durante años he salido sola de esta casa, así que conozco el camino. Quítate la ropa y vete a la cama.

Hoyt entornó los ojos.

—Eres más mandona de lo que pensaba.

Eadie alzó las cejas.

—Y tú necesitas que te manden más de lo que creía yo. Buenas noches.

Eadie no le dio oportunidad de que la demorase más. Había tenido bastante con las fantasías con Hoyt en la consulta del médico, cuando él se había quitado la camisa, como para seguir a

su merced.

Eadie salió de la casa y casi se tropezó con los perros, Mike y Mose, que estaban echados delante de la puerta de entrada. Se agachó para acariciarlos.

—¿Así que vosotros sois los guardianes de la noche?

Mose se tumbó panza arriba para que le rascase la barriga. Mike hizo lo mismo.

Después de acariciarlos les dijo:

—Y ahora, al trabajo otra vez, chicos.

Los perros la siguieron a la camioneta. Pero cuando ella se subió, volvieron a su puesto.

* * *

Al mediodía del día siguiente, Eadie llamó al Rancho Donovan para preguntar por el estado de Hoyt. La señorita Ed la puso al corriente. Hoyt tenía visita. Eadie intentó no pensar que la visita era una mujer, pero como la señorita Ed no le había dicho quién era, tuvo la impresión de que había ido alguna de las mujeres de Hoyt. ¿Sería la bella Celeste?

Las noticias corrían rápido en Coulter City. Y como al médico le habría resultado curioso que Eadie acompañase a Hoyt, se lo habría comentado a su mujer. Además, la habían visto conducir su camioneta, algo fuera de lo normal, teniendo en cuenta que Hoyt no dejaba conducir a ninguna mujer.

También habría corrido el rumor de que Hoyt había ido a la farmacia con la camisa ensangrentada y la venda.

Y al enterarse, una de sus mujeres habría ido a verlo.

Eso quería decir que Eadie no tenía que molestarse en ir a verlo. Ella había sido simplemente una sustituta, en un turno en que no había tenido a nadie, entre mujer y mujer.

Cuando Eadie terminó sus tareas estaba cansada, sucia y hambrienta. Le quedaba comida hecha en el frigorífico, así que no tendría que cocinar.

Tenía calor y estaba sudada, y le picaba todo el cuerpo del contacto con el heno, que se había volado en una ráfaga de viento. Además, se había ensuciado de grasa intentando arreglar un tractor

viejo que le estaba dando muchos problemas… Aquella vez no sabía por cuánto le saldría el arreglo, puesto que, fuese lo fuese lo que le pasaba, no podía solucionarlo con sus dotes de mecánica.

Suspiró. No sabía cuánto tiempo podría aguantar así. Había pasado momentos difíciles en su vida. Por ejemplo, cuando, en vida de su madre, habían tenido que arreglarse solas, y más tarde, cuando Eadie había tenido que hacer frente a los impuestos de herencia.

Lo había solucionado con una hipoteca, pero tenía que pagarla durante cuatro años más.

Si no hubiera amado tanto el trabajo en un rancho y la vida en el campo, habría vendido su rancho hacía años y se habría marchado a vivir a la ciudad. Eadie se había negado a hacerlo, pero había momentos en que sentía ganas de tirar la toalla. Sobre todo en momentos como aquél, en que se sentía sin energía ni ganas de luchar, y en que le parecía que jamás iban a mejorar las cosas.

Cuanto antes vendiera el rancho, más dinero tendría para pagar las deudas y comprarse una casa en la ciudad. Si vendía el rancho antes de que éste la llevara a la banca rota, tal vez tuviera dinero en efectivo para comprar una casa y no tener que preocuparse por pagar una hipoteca más cara que la cuota de un modesto coche.

Era una decisión difícil. Sabía que había cuestiones afectivas relacionadas con el rancho. Aunque estaría en mejor situación si lo vendía. Su padre se había pasado media vida ahorrando para comprarlo. Y otra media tratando de pagar sus gastos. Su madre se lo había dejado a ella, así que Eadie se había sentido obligada a solucionar sus problemas.

Seguiría pensando en alguna otra solución. Si todo lo demás fracasaba, tal vez pudiera vender algo de ganado y alquilar parte de sus tierras. El problema era la situación del agua. Sus limitados recursos económicos no habían podido costear la excavación de dos pozos más profundos en los últimos tres años, y aún no podían hacerlo. Pero si el tiempo mejoraba suficientemente, tal vez aquella parte de Texas se librase de unas condiciones próximas a la sequía, y sus problemas de dinero se solucionasen.

Eadie no podía quitarse de la cabeza las posibles soluciones a sus problemas. Mientras le daba vueltas a las cosas, dejó su sombrero de vaquera en un perchero del porche cubierto de la parte de atrás

de la casa y se dirigió a la lavadora y secadora que ocupaban medio porche. Como sabía que no había nadie cerca en varios kilómetros que pudiera verla por las ventanas que daban al granero, se quitó las botas y luego empezó a quitarse la ropa para meterla directamente en la lavadora.

Con aquella ropa completaría una carga, y una vez que se hubiera duchado, con sólo agregar el jabón, la máquina estaría lista para ponerla en marcha. Podría secar la ropa al día siguiente por la mañana, si no aguantaba despierta hasta tarde para que se terminase de secar.

Había decidido no ir al Rancho Donovan a ver a Hoyt. Si había recibido la visita de alguna mujer, seguramente ésta sería la que lo arroparía a la hora de dormir.

Los golpes en la puerta de entrada la sobresaltaron. Quienquiera que fuese, que se marchase. No le apetecía ver a nadie. Pero luego golpearon la puerta de atrás con insistencia.

Eadie se quedó inmóvil, esperando oír el ruido de un motor de coche y luego su marcha. Se desabrochó dos botones más, y esperó…

Pero entonces oyó los pasos de unas botas en el patio de atrás, y su corazón dio un respingo cuando reconoció a su dueño. La voz de Hoyt retumbó en la cavidad del porche.

—Te he traído una cena caliente. ¿Vas a dejarme que te la dé?

Eadie miró el techo del porche y gritó:

—¡Se suponía que tenías que cuidarte!

—La señorita Ed te ha hecho una de esas tartas de chocolate que tanto te gustan. Se va a derretir.

Eadie no pudo evitar sonreír antes de volver a abrocharse los botones y abrir la puerta del porche.

Por la cara que puso Hoyt, supo que se había sorprendido al verla con aquel aspecto. Ella le sonrió cansinamente.

—¿Puedes meterla tú mismo o necesitas ayuda?

—He podido traerla hasta aquí, así que supongo que podré llevarla dentro —asintió como señalando su aspecto y agregó—: Y a ver si te arreglas un poco mientras meto la tarta en el frigorífico.

Bueno, no tenía mucho tacto, pensó ella. Le sonrió. Su sonrisa no era sólo porque le hiciera gracia verlo tan sorprendido, sino porque era maravilloso verlo. Hoyt era el sueño de cualquier

solterona, y ella se sentía mejor con sólo mirarlo.

Además, acababa de traer una deliciosa tarta de chocolate. Y ella habría sido capaz de hacer cualquier cosa por una tarta así.

—La puerta de entrada no tiene llave. Mete la tarta y ponla donde quieras mientras me lavo. Y gracias, Hoyt.

Eadie estaba tan baja de ánimo que casi sintió ganas de llorar. El hombre que le causaba sus mayores tormentos y el mayor placer había ido a llevarle la cena y una tarta de chocolate. Era el premio por sobrevivir a un día absolutamente horroroso.

Hoyt dijo algo y luego rodeó la casa para ir a la puerta de entrada.

Eadie dejó la puerta cerrada, luego se dio la vuelta para abrir la puerta que daba a la cocina y subió por las escaleras de atrás para darse una ducha.

Capítulo 4

Cadie se lavó primero el cabello, luego el resto. Salió de la ducha y se secó el cabello. Fue a su dormitorio a buscar ropa interior y, después de ponérsela, se lamentó de tener que vestirse otra vez. Pero la presencia de Hoyt la obligaba a hacerlo.

Pero no se molestó en ponerse zapatos o botas. Se puso un par de calcetines blancos.

Tampoco quería secarse el cabello con secador, pero lo hizo. Nunca le había gustado irse a la cama con el pelo mojado. Y no tardaría en irse a dormir.

Mientras se secaba el pelo, imaginó una docena de razones por las que Hoyt pudiera haber ido allí. Aunque ninguna tenía una base real.

Si Hoyt no hubiera estado allí, ella habría comido algo y se habría ido directamente a la cama, pero aquella visita era tan especial que tenía miedo de quedarse dormida después de un día tan agotador.

Después de la ducha se sintió tan cansada que a duras penas logró recobrar un poco de energía para lo que le quedaba del día.

Hoyt había encontrado vajilla para poner la mesa. Pero la comida que había llevado estaba en platos de la cocina de la señorita Ed, y la cesta también era de su casa. Ésta llevaba una servilleta bordada y una rebanada grande de pan. En la mesa Hoyt había puesto agua fría y había sacado cubitos.

—Bueno, pareces otra persona —dijo Hoyt sonriendo—. Será mejor que te sientes y comas.

Eadie se sintió mejor después de verlo sonreír y se sentó en la silla que le ofreció.

—Hoyt, ¡no sabes cuánto significa esto para mí esta noche! Estoy muerta de hambre.

—Empieza, entonces —respondió él, destapando un plato.

Había un filete grande con verduras humeantes y una patata asada.

—Los he puesto en el microondas. Me he acordado de quitar las tapas de metal primero.

—Bien —dijo ella.

—¿Es mucho? ¿O crees que será poco?

—Está perfecto —contestó Eadie—. Y gracias. Ahora siéntate y disfruta de la comida —sonrió al ver que él obedecía—. Por cierto, ¿qué tal la herida?

—Esta noche eres tú quien necesita que te cuiden. —Hoyt sonrió y agarró el cuchillo y el tenedor para empezar a comer. Parecía muy satisfecho consigo mismo, y ella sintió una punzada de afecto mientras cortaba el filete y lo probaba.

—¡Oh! Está muy rico… —comentó. Hoyt sonrió.

—Come y disfruta.

—Muchas gracias, y dale las gracias a la señorita Ed también. No sé qué significa todo esto, pero es como si hubieras frotado una lámpara mágica —tomó otro bocado de filete.

—¿Cómo? —Hoyt se rió.

—Mmm… Tal vez no haya sido la mejor comparación… ¿O se trata de una metáfora? —Eadie movió el tenedor haciendo un gesto.

—Te lo diré más tarde.

A Eadie no le importó comerse todo tan rápidamente. Y cuando terminó el último bocado, acompañado de pan casero, estuvo más que satisfecha.

Hoyt había servido café. Eadie agarró su taza y sorbió.

—Oh, el café está muy bueno también —dijo—. Todo está muy bueno… maravilloso. ¡Estoy tan cansada de la comida que me preparo yo!

—Todavía te queda la tarta. Eadie sonrió.

—Oh, sí. Me da la impresión de que hoy es mi cumpleaños o una fiesta… Pero, espera. Te he preguntado cómo estaba tu herida, y no me has contestado.

—Mejor.

—O sea que anoche dormiste bien… Estás tomando el antibiótico, ¿no?

—Sí. Pero no el analgésico. Con aspirina tengo suficiente.

Eadie asintió.

—Bien. ¿Cómo te hiciste ese corte? No me lo has contado.

Hoyt dejó de sonreír.

—Un accidente. El caballo que estaba montando me tiró y me golpeé con un trozo de chapa de un tejado. Se debió de volar de alguna parte y estaba tirado al lado de la valla que da a la carretera.

Ella sonrió, él también lo hizo y Eadie pensó que era el hombre más apuesto del planeta. Su corazón volvió a sentir un cosquilleo agridulce y pensó que habría sido mejor nacer en otro sitio, lejos de Hoyt, para no haberlo conocido.

Eadie sintió que tenía que romper la serena atmósfera que se había establecido entre ellos cuando se miraron a los ojos, así que lo intentó.

—¿Quieres servir tú la tarta también o puedo hacerlo yo?

—Es un honor para mí. —Hoyt se levantó de la silla.

Eadie le indicó dónde estaba el cuchillo para cortarla y los platos de postre. Cuando los encontró, Hoyt sacó la tarta del frigorífico y la llevó a la mesa.

Ella se entretuvo viendo cómo la cortaba. Hoyt le sirvió una porción y la puso frente a ella.

—Come todo lo que quieras. Si te sobra, guárdala para mañana.

La tarta estaba exquisita, pero cuando terminó, Eadie no pudo comer más. Un segundo café fue el cierre de una magnífica cena.

Ahora se sentía mejor. Se dio cuenta de que había trabajado demasiado, y que encima no había vuelto a su casa para comer decentemente. Aunque estaba cansada, se sentía mejor como para permanecer despierta mientras estuviera Hoyt.

¿Por qué habría ido a su casa con una maravillosa cena? Si lo que quería era pagarle lo que ella había hecho por él el día anterior, estaba más que pagado, y lo estaba haciendo con mejor disposición de la que ella le había demostrado el día anterior.

—Gracias otra vez, Hoyt.

—Tus ojos vuelven a tener brillo —señaló él.

Eadie sonrió, porque lo había dicho como si fuera el responsable

de ello. Y era cierto.

—Has dicho que me explicarías cómo es eso de que he frotado la lámpara mágica.

—También he dicho que quizá hubiera usado una comparación equivocada.

El sonrió.

—Creo que sé qué has querido decir, he oído hablar de esos genios. ¿El hecho de haberte traído la cena esta noche me concede tres deseos?

Si Eadie no lo hubiera conocido mejor, habría pensado que estaba flirteando con ella. Sus ojos también parecían brillar seductoramente. Ella sintió un cosquilleo en todo su cuerpo, como el que había sentido la noche anterior.

—¿Quieres que te conceda tres deseos? —preguntó Eadie.

—He estado pensando en ellos durante toda la cena —dijo Hoyt en un tono sensual inconfundible.

Eadie sabía que no debía hacerle demasiado caso. Pero se sentía cautiva de su mirada, aprisionada, a pesar de que estuviera al otro lado de la mesa.

—Dime… ¿cuáles son tus deseos? Son sólo tres, así que ten cuidado con cuáles escoges. Una ranchera con un pequeño rancho y un tractor roto sólo puede satisfacer tres deseos al mismo tiempo.

—¿Se te ha roto el tractor?

—No es la primera vez que se rompe esta semana —contestó Eadie. No le gustó que él mostrase tanto interés en aquel tema—. No hay una semana que no me dé algún problema…

Ella no había nombrado el tractor más que para hacer una broma. Tal vez estuviera más cansada de lo que creía y se le hubiera escapado aquel comentario porque le rondaba aquel problema en la cabeza.

—Bueno, entonces, dime cuáles son tus deseos. Te debo algo realmente especial por traerme la cena.

—Eso te ha hecho feliz, ¿no?

—Sí, muy feliz. Y el servicio ha sido estupendo. Creo que te mereces una buena propina.

—Tal vez podamos juntar esa propina y esos tres deseos y llegar a un acuerdo —dijo él.

Eadie había visto sus ojos oscuros brillar de aquel modo muchas

veces, mientras hablaba por teléfono con algún cliente. En otra época podría haber sido comerciante de caballos, o jugador o algo así. Se le daban bien las negociaciones. Pero era muy honesto y sincero, y le gustaba demasiado el trabajo como para aprovechar esas virtudes en su beneficio.

Ella admiraba ese aspecto de su personalidad, así que no estaba preocupada porque la engañase, aunque fuese precavida con él.

Había algo nuevo entre ellos, y ella todavía no sabía qué.

—¿Qué clase de acuerdo? No puedo trabajar más tardes para ti, pero podría intentarlo.

Hoyt sonrió.

—No se trata de trabajo. Se trata de algo personal.

Lo vio ponerse serio.

—Voy a cumplir treinta y cuatro años dentro de un par de meses. Es hora de que me asiente y funde una familia. Si me sucede algo ahora, todo lo que tengo iría a parar a un primo lejano al que sólo he visto una vez en mi vida. Y dudo que le interese ocuparse del rancho. Además, tampoco sabría hacerlo. Así que, todas las cosas por las que he trabajado, y por las que trabajaron mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo, desaparecerían. —Hoyt hizo una pausa, como si se hubiera dado cuenta de la incomodidad de Eadie—. Ayer, mientras mi cuerpo daba vueltas por el aire, cuando me tiró el caballo, y vi el filo de la chapa, se me cruzaron esas cosas por la cabeza. Y desde entonces, no he dejado de pensar en ello.

«Ha decidido casarse», pensó Eadie.

Tuvo miedo de lo que él pudiera ver en sus ojos, así que bajó la mirada.

Habría preferido ver desfilar a todas sus novias juntas antes que oírlo decir que se iba a casar y a asentarse.

Nunca había pensado en que Hoyt pudiera casarse, porque nunca había mostrado interés en ello. No sería el primer hombre que moría soltero.

Eadie pensó en la bella Celeste y en que había recibido una visita femenina… Si encima él había estado pensando en casarse aquel día… Tal vez Celeste lo hubiera presionado. O él mismo la hubiera llamado.

Luego pensó que quizás quisiera involucrarla a ella en un plan para que lo ayudara a conseguir nuevamente a Celeste. Después de

todo, había sido Celeste quien había roto la relación… Si era así, Eadie no sabía de qué modo podría ayudarlo.

—¿Te he incomodado con la mención del tema de la muerte?

Eadie lo miró, luego desvió la mirada y sonrió antes de mover la silla para levantarse. Tenía que hacer algo.

Empezó a recoger la mesa para lavar los platos que Hoyt había llevado de su casa. Luego respondió:

—Me parece bien que te hayas dado cuenta de que no puedes vivir eternamente. Si lo que me estás intentando preguntar con tantos rodeos es si deberías casarte, mi respuesta es sí, cásate. Has tenido muchas novias que se habrían casado contigo gustosas, y habrían estado encantadas de darte descendencia. Cásate con alguna de ellas, o busca a una a la que realmente quieras tú.

Eadie lo miró y sonrió. Y para hacer que la atmósfera fuese más liviana, dijo:

—Apuesto a que no te llevará ni una semana conseguir esposa. Es importante que al menos hayas tomado una decisión.

—Tal vez.

Eadie estaba nerviosa por temor a que se le notasen sus verdaderos sentimientos.

—Entonces… ¿qué clase de acuerdo me propones? Supongo que estará relacionado con tu decisión de casarte, pero no sé de qué manera. Aunque no es la primera vez que me pides que me encargue de mandar flores y elegir joyas para enviarlas con una nota. Pero ésas eran novias. Si quieres que te ayude con cosas para una esposa, te diré que no, que esta vez tienes que hacerlo tú solo.

Eadie se alegró de poder hacer una afirmación tan fríamente. Se giró y puso los platos en el fregadero. Abrió el agua caliente y llenó la pila con agua y detergente.

Después de un momento, Hoyt la llamó por encima del ruido del agua.

—Deja los platos, Eadie.

Ella sabía que no estaba actuando con cortesía y educación. Después de todo, había rechazado su trato antes de que él le hubiera dicho de qué se trataba.

Cerró el grifo y se volvió a sentar. Intentó dedicar a Hoyt una mirada neutral.

Hacía mucho que Hoyt no estaba tan serio y ella temía que se

casara, y pronto. Cuando decidía algo, lo cumplía.

—De acuerdo —dijo ella, resignada a hacer una última cosa por Hoyt.

Tal vez así matase sus sentimientos por él. Porque no podría seguir enamorada de un hombre casado.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Eadie.

Hoyt sonrió brevemente entonces.

—La cocina no es lugar para esto, Eadie.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Quieres decir que voy a tener que esperar a estar en otro sitio para saber qué quieres? —Eadie miró la mesa. Luego agregó—: Oye, Hoyt, te agradezco mucho la cena, pero estoy muy cansada. Y por si no te has dado cuenta antes, soy una persona muy curiosa, así que, ¿por qué no te olvidas de que estamos en la cocina de mi casa y terminamos con esto? Me lo cuentas y te marchas, y yo me voy a la cama…

Apenas había terminado, cuando Hoyt sacó una cajita de terciopelo con un lazo dorado y se la dio. Eadie la miró, confusa, no permitiéndose imaginar lo que era. Aunque había pocas dudas.

—Ábrela —dijo Hoyt con voz profunda—. Y sabrás lo que quiero.

Eadie dejó de mirar la cajita y fijó los ojos en Hoyt. Debía de estar soñando. Debía de estar falta de sueño y había comido mucho. Y debía de haberse dormido.

Luego recordó lo que le había contado Hoyt sobre sus pensamientos sobre la muerte y su decisión de conseguir esposa.

Sintió un deseo desesperado de comprobar que estaba soñando y que la cajita no era real. La agarró y la abrió.

Capítulo 5

La caja tenía un anillo de oro con un precioso diamante.

Eadie cerró la caja inmediatamente y se puso de pie. Luego se inclinó sobre la mesa y colocó la cajita delante de Hoyt. Seguidamente se incorporó. Hoyt se echó hacia atrás en su silla y la miró. Parecía sorprendido. Bueno, ella también lo estaba. Y hasta podía sentirse insultada. Si aquello era una broma, era de mal gusto. Jamás habría esperado algo así de él.

—Tu anillo es precioso —dijo ella en tono neutro—. Es posible que te sirva para reconquistar a Celeste. Se sentirá deslumbrada, seguramente —dijo Eadie y sonrió forzadamente—. ¿Ves? Tienes muy buen gusto para las joyas… Podrías haber elegido tú todos esos regalos que hiciste.

Eadie se sentía herida, tanto por la declaración de Hoyt de que necesitaba una esposa como por aquello. Se dio la vuelta hacia el fregadero. Empezó a lavar las cosas de la señorita Ed, las aclaró y las colocó en el escurreplatos.

El silencio entre ellos se hizo más profundo. Eadie estaba nerviosa. Fue a buscar a la despensa la cesta que había llevado Hoyt con la comida y la puso en la mesa cuando volvió.

Hoyt se rió forzadamente y dijo:

—No lo has entendido, ¿verdad?

—¿El qué? —respondió Eadie mientras secaba los platos y utensilios de Hoyt.

—Tú eres la mujer con la que me quiero casar, Eadie. Tú.

Las manos de Eadie se paralizaron. Su corazón empezó a

agitarse con el deseo que la recorrió. Y con el dolor. Apoyó la mano en el borde de la cesta y la agarró, pero el tejido de madera le pareció tan insustancial como ella.

—¿Es ése el trato que querías hacer conmigo? —preguntó.

—Sí.

Hoyt parecía satisfecho consigo mismo, pero Eadie no era capaz de mirarlo. «¡Oh, Dios!» pensó.— ¡Habría sido capaz de cualquier cosa por casarse con Hoyt Donovan! El sueño más preciado de su vida era que él le propusiera matrimonio. Pero la primera parte del sueño era que se fijara en ella como mujer y que se enamorase tan perdidamente que se olvidase de las mujeres perfectas.

Pero aquello era un trato, un acuerdo que le convenía por algo. No era amor. Hoyt empezaba a tener miedo a la muerte y quería casarse cuanto antes para tener herederos y continuar la saga de los Donovan. Era probable que la hubiera elegido simplemente porque la había tenido a mano.

«¡Claro! ¡Como la pobre Eadie no tenía a nadie…!», pensó.

Aunque aquélla era la oportunidad de su vida, intentó guiarse por el sentido común.

—¿Cuánto tiempo va a durar este matrimonio después de que tengas un heredero?

—El tiempo normal, por supuesto. Y me gustaría tener más de un niño. ¿Para qué casarse, si no es para tener una relación estable y duradera?

Eadie lo miró. Tenía la impresión de que se sentía ofendido por su falta de entusiasmo. Hoyt era una persona inteligente. Más inteligente que ella, porque su rancho prosperaba, mientras que el suyo se estaba hundiendo. Pero si esperaba verla saltar de alegría ante aquella proposición, era un tonto.

—¡Oh, Hoyt! No has estado con ninguna mujer más de unas cuantas semanas. Para tener un niño hay que esperar nueve meses… —dijo Eadie, incapaz de reprimir la decepción en su tono de voz.

Hoyt la miró, turbado.

—Así que crees que no puedo ser fiel, ¿verdad?

—Tú… pierdes el interés muy rápidamente.

—El matrimonio no es un asunto que suponga perder o mantener el interés. Se trata de un compromiso.

—Sí, se trata de un compromiso. Pero se necesita que haya algo más.

—¿Y tú no crees que nos apreciamos lo suficiente como para que haya algo más?

—No lo sé —respondió cándidamente Eadie—. En realidad, lo que tú estás buscando es una yegua que te dé descendencia.

—¿Una qué? —preguntó Hoyt con una risa burlona.

—Una yegua que te dé descendencia.

Hoyt desvió la mirada, irritado. Cuando la volvió a mirar parecía querer asesinarla con los ojos.

—No estoy buscando una yegua que me dé descendencia, Eadie —entornó los ojos, como si acabase de pensar en algo—. No obstante, cuando pensabas que la yegua podía ser Celeste o cualquier otra, la idea de una yegua para darme descendencia te parecía muy bien. En cambio ahora te pones quisquillosa.

—Bueno…

El enfado de Hoyt de pronto se enfrió y su boca dibujó una sonrisa al darse cuenta de lo que se trataba, pero hizo un esfuerzo por permanecer serio.

—Sabes que soy un hombre de palabra, Eadie. Si me caso contigo, permaneceremos casados hasta que me entierres —hizo una pausa.

Y Eadie supo que intentaría «cerrar el trato».

—Yo lo veo así —siguió Hoyt—. Tú no tienes familia prácticamente, y yo tampoco. Así que formaremos nuestra propia familia, teniendo niños. Yo ya te he confiado todo lo que poseo, y creo que tú confías en mí también. Y además, nos llevamos bien… a nuestra manera. Me has tratado en mis peores momentos y no has salido corriendo, y yo también te conozco en tus peores momentos, como en éste, en que te pones brusca y esquiva conmigo. El tiempo va pasando para ambos. Lo que digo es que aprovechemos esto y veamos adónde nos conduce.

Eadie asintió, ausente, mientras miraba el rostro de Hoyt, con expresión de sobresalto aún por todo aquello. Pero las nubes habían pasado, y ahora que él había podido plantearle sus argumentos, parecía un poco más esperanzado.

Pero al ver que ella no comentaba nada directamente, un gesto sombrío le atravesó el rostro.

—Sabes que jamás te haría daño, Eadie.

Era una referencia a aquella noche. Eadie sintió que el corazón se le encogía, y le sonrió con tristeza.

—Lo sé, Hoyt.

—Espero… que esa noche te haya demostrado cómo soy.

Eadie tenía ganas de llorar, pero finalmente reunió las fuerzas para controlarse.

—Lo sé.

—No estás preocupada por eso, ¿no? —le preguntó él —los ojos de Eadie se llenaron de lágrimas—. Porque si lo estás, quisiera que no lo estés… —desvió la mirada un momento—. La relación entre un hombre y una mujer tiene que ser buena. Tierna.

Eadie se dio cuenta de que Hoyt no la había creído cuando le había dicho que no la habían violado, a pesar de su insistencia en que el chico con el que salía no había llegado tan lejos, antes de que ella hubiera podido librarse de él y escaparse. Lo que acababa de decir era una prueba de su equivocación. Pero quería casarse con ella, no obstante, y estaba intentando convencerla de que estaba dispuesto a ser suave y paciente con ella.

Hoyt la volvió a mirar.

—Tendría cuidado contigo, Eadie. Siempre. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé —dijo ella, conmovida.

Entonces, vio que el rostro de Hoyt empezaba a nublarse. Él carraspeó, como si su orgullo de macho no se sintiera cómodo en un momento de lágrimas.

Aquélla había sido su actitud hacía cinco años, cuando ella se había desmoronado en sus brazos, llorando. Él la había abrazado y la había intentado consolar diciéndole las palabras que cualquier mujer hubiera querido oír en aquella situación… Y ella sabía que su incomodidad provenía del hecho de que no pudiera aguantar el dolor que había detrás de las lágrimas, y no de las lágrimas en sí mismas.

—Además, ésta será la única forma de que tú y yo nos lleguemos a casar alguna vez, ¿no crees?

Era la lógica típica de Hoyt Donovan. Y ella no podía negarla totalmente.

¡Oh! ¡Cuánto amaba a aquel vaquero! ¡Y lo amaría hasta el fin de sus días!

—Me casaré contigo —dijo Eadie, sin saber de dónde le salían las palabras—. Pero como algún día superes tu sentimiento de mortal, yo voy a recordártelo.

Hoyt se rió, demostrando cuánto le había gustado la reacción de Eadie.

—Ha hablado la única mujer de Texas que ha podido manejarme —declaró Hoyt.

Luego se rió, como si estuviera orgulloso de lo que había dicho.

Y tal vez también estuviera orgulloso de ella… pensó Eadie.

—¡Oh, Eadie! Ven aquí —dijo Hoyt cuando dejó de reírse—. Ven, querida. Será mejor que nos ocupemos de ese anillo.

Eadie se acercó, luego se detuvo cuando se dio cuenta de que lo que él quería era que ella se sentara en su regazo. Hoyt le agarró la mano y Eadie se sentó. Pero no pudo evitar ponerse rígida cuando sintió los muslos de Hoyt debajo, y su mano agarrándole la cintura.

Aquel contacto con su cuerpo duro y fuerte, y con su calor corporal, encendió su cuerpo femenino. Hoyt agarró la cajita de terciopelo y sacó el anillo.

—A ver tu dedo… Veamos si he acertado…

Eadie notó el placer en los ojos de Hoyt mientras le probaba el anillo. Levantó el dedo con el anillo para que ambos lo admirasen.

—Te queda perfecto. ¿Cómo lo sientes?

Eadie tuvo que hacer un esfuerzo para desviar su mirada de la cara sonriente de Hoyt.

—Está perfecto, Hoyt. Y es hermoso —agregó ella, tan turbada por todo aquello que apenas podía dejar de mirar, anonadada, el anillo.

Hoyt le apretó suavemente la mano.

—Oye, chica guapa…

Ella se giró automáticamente para mirarlo. Pero entonces Hoyt la besó.

Eadie se había pasado años imaginando cómo sería un beso de Hoyt, pero sus fantasías no la habían preparado para la realidad.

Sus labios eran firmes, calientes y devastadoramente expertos. La besó apasionadamente, pero a la vez con suavidad. Eadie sintió que se le derretían los huesos.

Hoyt gruñó. Era la expresión de su deseo masculino. Algo que a ella le produjo mucho placer. Hoyt gruñó otra vez y ella sintió la

cálida humedad de su lengua contra su boca hasta que se abrió paso por la suave barrera de sus labios.

Eadie le había rodeado el cuello y era ella la que se apretaba más contra él, pidiendo más.

Si no hubiera sido porque Hoyt había empezado a dejar de besarla lentamente, ella se habría desmayado del placer que le había producido aquel beso.

Eadie no había sentido temor ni se había sentido insegura, porque aquello siempre le había parecido algo natural, algo que siempre había sido una constante en su corazón.

Sólo le preocupaba la idea de que él quisiera casarse con ella. Ya no le importaba por qué. Pero… ¿y si cambiaba de idea?

Todo había sido tan repentino, una especie de decisión tomada en el ardor de un momento. Sin ningún fundamento. Sólo su consciencia de mortalidad. ¿Y si Hoyt se lo volvía a pensar?

—¿Qué te parece si nos casamos mañana? ¿O eres el tipo de mujer que siempre ha soñado con una gran boda con muchos invitados? —Eadie lo miró—. No podemos esperar mucho, porque me parece que hemos encendido una pequeña hoguera… —Le dio otro beso—. No te ha abrumado eso, ¿verdad?

Eadie agitó la cabeza suavemente.

—¿Es eso un «No, Hoyt no me siento abrumada por ese beso» o es un «No, Hoyt, mañana es muy pronto, quiero una boda por todo lo alto»?.

—No me siento… abrumada.

—Bien —le dijo, y le dio un beso en la frente—. Ya sabes que si te sientes agobiada lo único que tienes que hacer es decirme que no, ¿verdad?

—Lo sé —susurró ella con emoción.

Hoyt se echó un poco hacia atrás y comentó:

—Sabes muchas cosas de mí, ¿no?

—Unas pocas —contestó ella.

—Entonces, ¿sabes cuánto deseo que nos casemos mañana? ¿Que quiero llevarte cuanto antes a Las Vegas?

—¿No hay un término medio entre mañana y dentro de unas semanas o unos meses? —preguntó Eadie, a pesar de que una parte de ella temía darle tiempo y que Hoyt cambiase de parecer.

—¿Tienes miedo? —preguntó Hoyt.

—Sería tonta si no lo tuviera.

Él sonrió.

—Nos irá bien, Eadie, ya lo verás.

—¿Qué te parece si lo dejamos para dentro de una semana? —preguntó Eadie, luego lo miró.

No parecía nada nervioso ante la idea de casarse. Era extraño en un solterón empedernido.

—Supongo que está bien… —Hoyt pareció pensarlo—. Consigue un sacerdote para una ceremonia privada en el salón Donovan a media tarde. Luego lo celebraremos con nuestros amigos con una barbacoa, y un baile cuando baje el sol.

Eadie intentó no hacer una mueca de dolor por el trabajo que eso suponía. Hacerlo todo en una semana era imposible. Pero Hoyt nunca se fijaba en el trabajo que llevaban esas cosas. Cuando celebraba algo en el rancho Donovan, organizaba una gran barbacoa y baile a grandes escalas, y raramente contribuía más que haciendo una lista de las cosas que quería y dando el dinero. Así que para él, las cosas se hacían mágicamente.

—¿No crees que será demasiado trabajo para la señorita Ed, con tan poca antelación? —preguntó ella.

—Es posible —dijo Hoyt, mirándola.

Eadie no podía creer lo excitado que estaba Hoyt con aquella idea. Y la ansiedad que tenía por llevarla a cabo.

—Estás un poco reacia, así que te lo planteo de nuevo. ¿Qué te parece una ceremonia privada en la capilla el próximo sábado por la tarde? ¿Y luego los amigos más íntimos, por ejemplo?

—De acuerdo.

—Pero quiero que lleves el vestido blanco, Eadie, elige el modelo que te guste, y muchas flores. Yo llevaré esmoquin. Y nos haremos fotos. Mañana le preguntaré a la señorita Ed qué se podría preparar para la celebración de Donovan y dejaré que ella elija lo que quiera. Tal vez ella quiera hacerlo dentro de un par de semanas o algo así… Pero quiero que nos vayamos de luna de miel inmediatamente después. Tú me dices dónde. No importa lo que cueste.

Como siempre, Hoyt era generoso. Además, contaba con empleados que podían ocuparse del rancho en su ausencia. Pero no se daba cuenta de que la situación de ella no era tan flexible.

—¡Oh, Hoyt! No puedo irme así de pronto de mi casa…

—Bueno, yo quiero que tengamos una luna de miel. Entonces, ¿qué te parece si nos vamos antes de la recogida de otoño? Así tendrás tiempo de arreglarlo. ¿Crees que así puedes solucionarlo?

—Sí.

—Bien. ¿Ves como me acomodo a todo? ¿Como yo te digo una cosa, tú me dices otra, y acepto como un corderito?

Eadie se rió. Hoyt la abrazó y ella sintió una gran alegría y esperanza… Y terror de soltar unas lágrimas.

* * *

La semana siguiente también fue una mezcla de alegría, esperanza y terror. Después del fin de semana, Eadie empezó a sentirse más tranquila y a desconfiar menos de que Hoyt pudiera cambiar de idea. Así que el lunes, después de ir a buscar el permiso de matrimonio, Eadie decidió emplear el resto del día en buscar un vestido de novia. E intentó no pensar en que con él se le agotaría el saldo de la tarjeta de crédito.

Intentó adelantar trabajo en su casa y hacer algunas cosas como parte de los planes que habían hecho con la señorita Ed. Pero también tenía que llevar algunas cosas suyas al rancho Donovan.

Como estaban muy ocupados, el único rato que tenía para estar con Hoyt era por la noche. Pero él procuraba que fuese corto. Era evidente que estaba decidido a mantener la distancia física entre ellos.

Y fueron tan castos, que casi llegaron al nivel de empleada y jefe. Hubo un par de breves besos y tiernos abrazos que no se parecían nada al beso que se habían dado la otra noche. Y a medida que llegaba la noche de bodas, Eadie empezaba a preocuparse.

Su preocupación no tenía nada que ver con lo que le había sucedido hacía cinco años, sino con que, como Hoyt había tratado de mantener la distancia física entre ellos durante aquella semana, ella tenía temor de que todo cambiase repentinamente entre ellos. Había imaginado que su relación física iba a ir en aumento, pero no había sido así.

Además, antes de tener una relación íntima con Hoyt lo que

realmente quería era saber que la amaba. Lo que menos quería era que se sintiera presionado a decirle que la amaba porque ella era su esposa. No dudaba de que él sentía afecto por ella, pero había tomado la decisión de casarse tan repentinamente, que era imposible que hubiera tenido tiempo de enamorarse.

Incluso era posible que nunca llegase a amarla de verdad. Que ella supiera, Hoyt nunca había estado enamorado antes, aunque había tenido la oportunidad de estarlo de muchas mujeres.

Mientras tanto, Hoyt había sido muy amable y se había adaptado a muchas de las cosas que quería ella. Hasta la señorita Ed lo había comentado delante de ella.

—¿Es este nuestro jefe? ¿Lo has visto en los últimos días? Porque si no lo vemos pronto, tendremos que dar parte de su desaparición a la policía… —había dicho la señorita Ed irónicamente.

Luego se habían reído. En realidad, estaban encantadas de ver tan relajado y feliz a Hoyt.

Y era difícil no sentirse halagada, pensó Eadie, porque lo único que había cambiado en él era que se iba a casar con ella. Pero no debía confundir el que estuviera feliz con que estuviera enamorado.

No podía estar enamorado de ella, con aquellos castos besos que se habían dado. No había oído a Hoyt decir la palabra amor en ningún contexto, así que ni siquiera se lo debía plantear.

Al final, Eadie tuvo que dejar de pensar en ello, porque tuvo que poner toda su atención en los preparativos de última hora.

Y llegó el momento de caminar hacia el altar de la pequeña iglesia. La señorita Ed y sus amigos más íntimos fueron testigos de la modesta ceremonia, y ya no hubo tiempo para volver atrás en su decisión.

Capítulo 6

Hoyt estaba tan atractivo con su esmoquin que Eadie casi se derritió al verlo. Pero en el momento en que él se dio la vuelta completamente para ver su llegada al altar, donde la estaba esperando frente al sacerdote, se dio cuenta de que estaba nervioso.

Durante toda la semana había estado muy frío, comportándose como si no le importase nada. Y ahora en cambio, parecía inquieto. Como si acabase de darse cuenta de la magnitud de lo que iba a hacer con ella. Y ahora Eadie estaba al borde de un ataque de nervios.

De pronto Eadie vio a Reece Waverly, el mejor amigo de Hoyt, de pie junto a su esposa y a su hijo. Entonces Eadie imaginó que si Hoyt quisiera echarse atrás, su amigo iría detrás de él hasta traerlo nuevamente al altar. Pero una escena así no sucedería…

No obstante, a Eadie le había gustado saber que Reece aprobaba sinceramente su matrimonio. Su esposa, Leah, era alguien a quien Eadie no conocía bien, pero seguramente pronto lo haría. Leah estaba embarazada, y se la veía radiante. Eadie se encontró mirándola más de una vez.

Una de sus amigas más queridas, Corrie Davis Merrick, estaba también entre el grupo de sus amigos, junto con su marido, Nick. Corrie se había casado con su marido hacía unos meses, y no sólo estaba muy feliz, sino que además se encontraba embarazada de dos meses.

El hecho de ver a tantas mujeres embarazadas entre su círculo de amistades, le hizo pensar que aquél podría ser el motivo por el

que Hoyt había querido casarse con ella. Para aumentar la prole en aquella zona de Texas. Y si era así, no estaría muy contento de que ella quisiera esperar un tiempo para tener hijos, para estar seguros de que su matrimonio tenía una base sólida.

Cuando Eadie llegó al altar, Hoyt le tomó la mano y ella se sintió más segura. Y cuando él le sonrió, ella notó que estaba relajado.

Cuando el sacerdote les hizo repetir sus promesas de matrimonio, Hoyt habló seguro, sin dudar. Y ella intentó hacer lo mismo. Cuando llegó el momento del anillo de bodas, Hoyt se lo puso.

—Yo os declaro marido y mujer… Ahora puedes besar a la novia.

Hoyt le quitó el velo, la rodeó con sus brazos y se inclinó.

—Creí que no íbamos a llegar nunca a esta parte —dijo antes de besarla tierna, pero profundamente a la vez.

Aquello le hizo pensar a Eadie que los planes de Hoyt eran los planes típicos de una noche de bodas.

Cuando dejaron de besarse, el sacerdote los llamó señor y señora Donovan, y todos sus amigos y la señorita Ed aplaudieron.

Luego, el fotógrafo de San Antonio que había contratado Hoyt hizo docenas de fotos, tanto dentro como fuera de la iglesia. Y sus amigos se fotografiaron con ellos. Incluso Hoyt convenció a la señorita Ed de que se hiciera una foto con ellos.

Luego, entre granos de arroz, caminaron hacia el coche de Hoyt. Sus amigos lo habían decorado con globos para aquella ocasión, y Hoyt tuvo que romper algunos de ellos para poder sentarse frente al volante.

Luego se marcharon rumbo al rancho, con una cola de coches detrás.

Eadie ya estaba relajada y contenta.

Antes de arrancar el coche, Hoyt le había dado un breve beso, y luego se había pasado la mano por el cuello de la camisa. Evidentemente, estaba sudando. Pero su sudor no tenía nada que ver con el tiempo caluroso, sino con una reacción interior.

Aquella semana Hoyt había estado relajado y contento. Sólo se había puesto tenso antes de empezar la ceremonia. En aquel momento parecía preocupado. Daba la impresión de que aún se

encontraba en estado de *shock*, y Eadie no sabía muy bien qué hacer. Y no sólo eso, sino que ella también se contagiaba de aquel estado de ánimo y se le iba borrando la alegría.

Era verdad que aquel matrimonio había sido un poco precipitado, pero creía que lo que Hoyt había dicho la otra noche era verdad: ninguno de los dos se habría casado de no ser de aquel modo, al menos el uno con el otro. Y Eadie tal vez no se habría casado nunca, porque para ella, no había hombre que pudiera compararse con Hoyt. Y también era verdad que Hoyt posiblemente no se habría casado si hubiera esperado más de una semana.

Al menos Hoyt y ella se conocían desde hacía mucho tiempo, y había amor entre ellos, al menos por parte de ella. Pensaba que Hoyt realmente la apreciaba y le importaba su bienestar, y confiaba en ella, así que por lo menos tenía esperanzas de que lo que sentía por ella algún día creciera y se transformase en algo más.

Eadie miró un momento sus hermosos anillos, luego cerró los ojos y rogó fervientemente que Hoyt y ella tuvieran juntos una familia, una familia en la que hubiera amor. Y la parte extra de su plegaria era que Hoyt la llegase a amar algún día.

Al llegar a la casa del rancho Donovan, vieron que las inmediaciones estaban llenas de coches y camionetas. A Eadie le sorprendió la gran cantidad de gente que había ido a pesar de que hubieran anunciado su boda con tan poca antelación, si bien habían esperado que fueran bastantes invitados. Por ello, la señorita Ed había contratado personal extra para que la ayudase.

Había mucha gente a la que no conocía Eadie, y por las matrículas de los coches, supo que había mucha gente de otras zonas de Texas. Había incluso un par de coches alquilados. Sabía que al menos tres personas habían volado hasta allí para asistir a la fiesta al aire libre. Pero como la pista de aterrizaje estaba a un kilómetro y medio por detrás de la casa, y no se veía desde la carretera del rancho, Eadie no sabía si alguno de ellos habría llegado ya.

La señorita Ed había insistido en que hubiera una recepción con tarta y champán y un bufé frío más tarde, para la hora de la cena. No habría banda de música ni baile, así que la casa estaría repleta, aunque seguramente a mucha gente le apetecería estar en el gran patio o en los jardines, menos iluminados, pero muy agradables.

Hoyt había conseguido un montón de cosas de las que había querido y que inicialmente Eadie había pensado que serían imposibles de conseguir con tan poca antelación. Seguramente sería porque era un hombre eficiente y decidido, y porque además mucha gente respondía a sus órdenes.

Hoyt paró el coche y se bajó. Abrió la puerta de Eadie y la ayudó a salir.

Eadie intentó sujetar la cola de su vestido, pero el viento le voló algunos de sus pliegues.

Mientras los recogía, Eadie vio a Mike y Mose en el patio lateral, jugando con unos niños, que corrían en círculo. Debería haberse imaginado que Hoyt habría animado a los padres a que llevaran a sus hijos.

—¿No te he dicho antes lo hermosa que estás hoy, señorita Eadie? —le dijo Hoyt al oído—. Con ese vestido pareces un hada madrina… Creo que le voy a pagar un dólar a cada niño por cada una de esas pequeñas perlas que pudieran caerse. No querría perder ni una mota de tu maravilloso polvo de estrellas.

Sus palabras románticas hicieron cosquillas en el corazón de Eadie.

—Cualquier magia que tenga, se la debo a mi marido —susurró en respuesta Eadie, con cuidado de que no la oyeran los invitados que estaban llegando por la entrada principal.

Hoyt le dio un beso en la mejilla y antes de que ella se diera cuenta de lo que iba a hacer, la alzó en brazos, luego dio un paso atrás para cerrar la puerta del coche con un puntapié y se dio la vuelta para llevaría a la casa. Al parecer, la herida ya no le dolía, o al menos disimulaba las molestias que podía causarle. La gente los recibió tirándoles más arroz antes de que Hoyt traspasara con ella el umbral de la casa, que daba al amplio vestíbulo de piedra. La llevó por la casa hacia el comedor, donde los esperaba la señorita Ed, junto a la enorme tarta nupcial.

Hoyt la bajó y la puso de pie, la ayudó a arreglarse el velo para que le cayera por detrás sin molestarla y luego cumplieron con la tradición de cortar un trozo de tarta nupcial y darse un bocado uno al otro. Y Eadie se sintió contenta de que Hoyt lo hiciera tan bien. Había visto a muchas parejas hacer un auténtico lío en aquella escena. En cambio, Hoyt había cortado un pequeño trozo y se lo

había dado perfectamente. Era como un augurio de optimismo para el futuro que tenían por delante.

Hoyt la trataba con respeto y consideración. Y cuando ella le dio el trozo de tarta en la boca, él le agarró la muñeca y mordió suavemente sus dedos, con la aprobación de sus invitados, que lo animaron. Luego bajó su mano.

Hoyt abrió una botella de champán y brindaron el uno por el otro, antes de que los invitados les siguieran en el brindis.

Luego la llevó al salón, donde la señorita Ed había puesto dos sillas de respaldo alto, traídas del comedor, frente a la chimenea apagada.

Eadie se sentó y echó hacia atrás el velo, por detrás del respaldo de la silla. Hoyt se sentó a su lado. Y entonces vino el primer invitado para felicitarlos y expresarles sus mejores deseos.

Era un día hermoso, y Eadie empezó a sentir que sus preocupaciones se iban diluyendo. Pero entonces Eadie vio a una de las antiguas novias de Hoyt entre los invitados.

Aquello debía de ser el resultado del anuncio de boda que Hoyt había puesto en el periódico aquella semana. Eadie se había sorprendido de aquella invitación pública dirigida a «Amigos, empleados y socios de la señorita Eadie Webb y del señor Hoyt Donovan», pero ella no le había dicho nada a Hoyt, porque lo había visto muy entusiasmado con la idea.

Eadie aceptó los deseos poco sinceros de algunos de los asistentes. Pero lo peor fue tener que hacer el esfuerzo de sonreír cuando reconoció en algunas invitadas varias piezas de joyería que ella misma había elegido para las ex novias de Hoyt. Parecía una especie de conspiración contra aquella celebración, como si con ello quisieran enviarle a Hoyt un mensaje secreto. Y él no pudo disimular su cara de consternación.

Pero para Eadie fue un alivio ver que Hoyt intentaba rehuir el beso que acompañaba habitualmente a los deseos de suerte y felicidad de aquellas mujeres. Incluso, cuando una de ellas se había inclinado para darle un beso, la había dejado petrificada en el sitio, echándose levemente hacia atrás. Y la morena había tenido que erguirse bruscamente, sin poder dárselo.

Cuando la morena se hubo marchado, Eadie se acercó a Hoyt y susurró:

—He visto eso.

Él la miró con picardía.

—Creí que ibas a tener que salvarme de uno de los mayores errores de mi vida de soltero —comentó Hoyt y sonrió—. ¿Y? ¿Qué tal lo estoy haciendo, como esposo fiel?

—No está mal —contestó ella.

Se sentía lo suficientemente segura como para permitirse el lujo de bromear.

—¿Y te has dado cuenta de las joyas que llevaban? Tengo la impresión de haberlas visto en algún sitio…

Hoyt frunció el ceño.

—A mí también me parecieron conocidas.

Después de que pasara el último invitado, Hoyt agregó:

—Te pido disculpas, Eadie. Parecían estar haciendo un desfile para exponerlas. Espero que eso te demuestre que tienes un marido que vale mucho —dejó escapar una sonrisa de ego masculino—. Ahora soy todo tuyo. Incluida mi cuenta bancaria de Rhodes. Hasta el día que te mencioné.

Eadie recordó que le había dicho que permanecería casado con ella hasta el día en que lo enterrase.

—Esperemos que ese día no sea hoy —bromeó ella.

Él se rió y apretó su mano. Luego se inclinó y le dio un breve beso.

—Voy a portarme bien, Eadie Reginie —le susurró—. Verás —y saludó a uno de los invitados.

* * *

«Eadie Reginie», pensó Eadie. Nadie la había llamado de aquel modo, pero la forma en que lo había hecho Hoyt la hizo sonreír. Lo había dicho con cariño, con ternura. Y ella no podía evitar sentirse sentimental.

Hoyt era un hombre tan grande, tan masculino y tan temperamental y malhumorado a veces, que el contraste con aquel muchacho tierno en que se había transformado aquel día le resultaba muy atractivo.

Pero sabía que sólo se trataba de temperamento. Que no había

nada cruel ni ruin en él.

Después de que todos los invitados los saludaran y les desearan felicidad, Hoyt y Eadie se levantaron.

Y los invitados empezaron a moverse por el salón y a servirse comida.

Fue entonces cuando se cruzaron con casi todos los niños que había en la fiesta, incluido el niño de Reece y Leah, Bobby. Estaban jugando en el patio o en el jardín, donde también había un grupo de adolescentes.

Pero en aquel momento, casi todos los niños empezaron a entrar a buscar sándwiches y tarta. Hoyt se los señaló a Eadie. Iban con un trozo de tarta en un plato, comiéndola mientras caminaban. En ese momento Eadie sintió que alguien tiraba de su vestido. Se dio la vuelta y descubrió a una niña de vestido rosa, que no debía de tener más de dos años. Se había acercado y había agarrado un puñado de flores bordadas que tenía la falda de su vestido de novia. Eadie se volvió a la niña, que en aquel momento quitó la mano de la tela de satén y alzó la mirada.

—Hola, pequeña —le dijo Eadie suavemente.

—Oye, preciosa, ¿no tienes puesto un hermoso vestido rosa? Es casi tan bonito como tú.

La pequeña se puso los dedos en la boca y sonrió a Hoyt como si fuera la criatura más encantadora que hubiera conocido. Eadie puso los ojos en blanco. Otra admiradora de Hoyt.

—¿Y qué tienes en la boca? —preguntó Hoyt, entonces.

La niña se quitó los dedos de la boca y extendió su mano. Él agarró sus dedos húmedos y Eadie sonrió al ver que Hoyt conseguía recuperar una de las perlas más grandes de su vestido. Y, al parecer, una perla muy húmeda.

Era posible que la pequeña la hubiera encontrado en el suelo en algún sitio o que simplemente la acabase de arrancar del vestido de Eadie. Y lo que Hoyt había dicho de pagar un dólar a cada niño por cada perla que pudiera perderse, en aquel momento fue más que una broma romántica. La niña empezó a darse la vuelta para marcharse, pero Hoyt la detuvo.

—Eh, espera un momento. Tengo algo para ti —se metió la mano en el bolsillo y sacó un dólar. La niña lo agarró y fue hacia donde estaban sus padres observándola.

Eadie se rió al ver la perla en la palma de la mano de Hoyt.

—Ha hecho un buen trabajo arrancándola, ¿no crees? Y por si quieres saberlo, me gustaría tener media docena como esa pequeña —le dijo Hoyt. Luego volvió a mirar a la niña—. Y al menos seis del otro tipo —agregó mirando a Eadie.

—Yo no quiero una docena —dijo Eadie, poniéndose un poco más seria.

—Yo tampoco. Pero aceptaré los que quieras darme después de tener dos de cada uno. No me importaría tener un par de piratas como esos niños que asaltaron la tarta para quitarle los confetis.

Eadie sonrió, pero antes de contestar, la señorita Ed los interrumpió.

—Reece ha querido que les transmitiera su agradecimiento por la hospitalidad y me ha pedido que los despidiera de ustedes. La señora Leah ha estado con contracciones desde que salió de la iglesia. Ayer salía de cuentas, como sabe…

Hoyt miró a Eadie con un bonito brillo en los ojos.

—¡Mira que si nace hoy…! —exclamó.

—Seguro —dijo la señorita Ed—. Ahora son ustedes los que tienen que traer una nueva generación a la familia Donovan.

Hoyt sonrió.

—¿Le gustaría, señorita Ed?

—¿Y a quién no? Sería gracioso ver a quién se parecen, si a usted o a la señorita Eadie.

Y luego la señorita Ed se marchó deprisa. Hoyt miró a Eadie frunciendo el ceño.

—Estoy seguro de que se ha guardado la mitad de lo que piensa —dijo Hoyt.

Eadie sonrió.

—Oh, estoy segura de que lo dice con la mejor intención.

—No la excuses. —Hoyt la miró sonriendo, con un brillo pícaro en los ojos—. Por si no lo sabes, yo era el bebé que mejor se portaba en el hospital de Coulter City.

—¿El bebé?

—Bueno, luego es posible que haya tenido peores etapas. Pero eso fue cuando era algo mayor. Nada fuera de lo normal. Y, dime una cosa, ¿cuándo vas a tirar ese ramo?

Eadie se rió al ver cómo Hoyt cambiaba de tema.

—Debí preguntarle a la señorita Ed qué le parecía. Es mejor hacerlo antes de que la gente empiece a marcharse —dijo.

—¿Dónde está?

—Probablemente, en el frigorífico. ¿Por qué no vas al salón mientras yo busco a la señorita Ed?

Capítulo 7

Las solteras empezaron a congregarse en el gran salón para recibir el ramo, como indicaba la tradición. El hecho de que varias de ellas fueran antiguas novias de Hoyt le hacía gracia a Eadie, aunque tuvo cuidado de que no se le notase. Cuando la docena de mujeres que quisieron participar estuvieron listas, Eadie se dio la vuelta y tiró el ramo de espaldas. Luego se giró para ver a quién le había tocado.

Se había armado un revuelo y una dura competencia entre las mujeres, que habían saltado por el aire para agarrar el ramo y le habían dado un manotazo en el aire, entre gritos y risas.

Eadie había estado en muchas bodas, pero nunca había visto semejante lío por un ramo. Hoyt miraba, sorprendido. Entre el montón de mujeres arremolinadas emergió la atractiva morena que había sido novia de Hoyt, agarrando el ramo fuertemente con una mano, y con la otra defendiéndose de los brazos de mujeres que querían arrebatárselo.

Los invitados que las estaban observando se rieron.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Hoyt.

—A lo mejor primero tendrías que haber visto cuántas mujeres estaban dispuestas a casarse antes de elegirme a mí. ¡Mira cómo se pelean por el ramo! —dijo Eadie.

Hoyt no contestó, sorprendido aún.

—¿Has hecho alguna vez algo así por un ramo? —preguntó.

—No. Es más divertido ver a quién le cae naturalmente.

—Bueno, me alegro de oírlo. Tú tienes demasiado sentido

común como para hacer algo así.

Hoyt hizo un gesto con la cabeza hacia las duras competidoras, que se estaban dispersando en aquel momento.

Eadie lo vio pasarse la mano por el cuello de la camisa, y se dio cuenta de que era un gesto inconsciente de incomodidad. Hoyt había sido un solterón sin remedio, así que era normal que no pudiera ni oír hablar de matrimonio.

Al fin y al cabo, la mujer soltera que hubiera conseguido el ramo, según decía la tradición, sería la próxima en casarse. Y las restantes, las que querían hacerlo.

Aquella imagen debía de ser muy impactante para un hombre con alergia al matrimonio.

Eadie lo agarró del brazo.

—Bueno, ahora estás casado, jefe. Yo te protegeré.

Hoyt la miró, entre divertido y aprensivo.

—Es posible que me arrepienta de decírtelo, pero… ya no soy tu jefe, señorita Eadie.

Eadie sonrió.

—Creo que eres un hombre muy agudo.

Hoyt alzó las cejas y dijo:

—Dime: me has liado para que te diga lo que tú quieres, ¿no es verdad?

Eadie se encogió de hombros. Hoyt le tomó la mano y se rió. Aquel gesto de afecto le encantó a ella.

El personal que había contratado la señorita Ed para limpiar y ordenar la casa terminó el trabajo un poco antes de las nueve.

Hoyt y Eadie habían estado bebiendo una última copa de champán en el silencioso salón, y ahora oían el coche de la señorita Ed dirigirse a la autopista. Las luces de la casa ya estaban apagadas, excepto una única lámpara en el salón.

Hoyt dejó su copa en la mesa que tenía al lado. Se volvió a sentar y tomó la mano de Eadie. Después de un momento se la apretó suavemente y le dijo:

—Bueno, nos hemos casado, señorita Eadie.

Eadie miró sus manos, nerviosa y excitada a la vez. Estaba cansada después de un día tan agotador.

—Sí. Aunque parezca mentira.

Hoyt parecía nervioso también. Lo que era extraño, porque él

era de los dos el que tenía experiencia.

Era normal que se hubiera puesto nervioso en la ceremonia. Pero en aquel momento, Eadie no comprendía por qué lo estaba.

—Como me imagino que estarás tan cansada de llevar ese traje como yo de llevar éste, ¿qué te parece si nos los quitamos?

Eadie lo miró a los ojos y vio un brillo de humor en su mirada. Hoyt sonrió.

—Ah, señorita Eadie. No me tomes por maleducado. Es que me estaba preguntando cuánto tiempo llevaría desabrochar todos esos botones que llevas en la espalda. No es que tenga prisa por tenerte para mí, aunque no niego que tenga ganas de tenerte. Pero con todos esos botones se harán las doce cuando logre desabrocharlos.

Él se inclinó hacia ella y le dio un beso. Eadie cerró los ojos. Para bien o para mal, era la esposa de Hoyt. Lo que sucediera sería lo normal en una noche de bodas. Y ella lo amaba, cada vez más. Así que, aunque él aún no la amase, al menos podría contentarse con tenerlo para sí. Y estaba casada con él. Aquello valía la pena.

Como si intuyera su tensión, Hoyt se echó atrás.

—Recuerdas lo que te dije la otra noche, ¿no? No quiero forzarte. Serás tú la que diga hasta dónde… Te lo he prometido.

Eadie sintió una punzada de emoción que le formó un nudo en la garganta.

—Lo sé. Pero quiero que sepas que aquella noche las cosas no llegaron tan lejos como crees. Tú… Me parece que nunca me has creído.

—Te creo, Eadie —dijo suavemente él—. No habrás estado preocupada por eso, ¿no?

—Un poco.

—Bueno, no lo estés. Pero, en mi opinión, aunque no hubiera llegado al final, la grosería con la que te trató ese tipo fue un abuso en sí mismo. Eso no sucederá nunca entre nosotros.

Eadie le rodeó el cuello y lo abrazó. No pudo reprimirse después de lo que le había dicho. Pero de todos modos, siempre había deseado hacer cosas así, como tocarlo, abrazarlo, expresarle al menos parte de lo que sentía por él. Ahora que era su esposa tenía el derecho a hacerlo, y empezó a sentir una gran alegría al darse cuenta de ello.

Hoyt la rodeó con sus brazos. Se movió para apagar la lámpara,

y la levantó en volandas. Eadie recordó inmediatamente la herida que Hoyt tenía en el costado.

—¿Estás seguro de que puedes hacer esto? Te acaban de quitar los puntos de sutura.

—Soy fuerte.

Hoyt la llevó en brazos por la casa, a oscuras. Entraba la luz del exterior, de manera que no había una oscuridad absoluta. Además, Hoyt había vivido toda su vida allí, así que seguramente podría caminar por su vivienda con los ojos vendados.

—Me gusta que te preocupes por esas cosas, Eadie. Me hace pensar que al menos te gusto un poco.

Ella lo vio sonreír al decirlo, y tuvo unas ganas terribles de decirle «Te quiero». Pero se reprimió.

—Creí que te gustaba que me preocupase —dijo ella cobardemente—. Y por supuesto que me gustas.

Había sido una cobarde. Pero no quería decirle que lo quería y que se sintiese obligado a decirle que él también la quería, o que pensara que eso era lo que se esperaba de él.

Eadie se alegraba de que la habitación estuviera oscura, porque así le sería más fácil que no se le notasen sus sentimientos en la cara. Siempre había conseguido disimularlos, pero ahora las cosas entre ellos habían cambiado. Se encontraban tan cómodos haciendo cosas juntos, que ella había bajado la guardia. Pero, a pesar de que se sintiera más segura después de su boda, sabía que era mejor esperar a que él le expresara su amor primero, si es que lo hacía algún día.

Hoyt la llevó al dormitorio principal. La puso de pie y se alejó para encender una lámpara. Cuando volvió, sus ojos oscuros brillaron en la suave luz. La miró de arriba abajo.

—¿Te he dicho lo guapa que estás con ese vestido?

Eadie se puso roja.

—¿Te he dicho yo lo atractivo que estás con ese esmoquin? Te queda bien el negro.

Hoyt sonrió.

—Los dos hemos estado un poco nerviosos, ¿no? —comentó él.

—Sí.

—Entonces, ¿qué te parece si volvemos a hacer cosas que ya hemos hecho antes? —dijo fingiendo un tono más malhumorado—.

Ayúdame a quitarme esto, ¿quieres?

Era algo que se lo había dicho varias veces. Y recordó lo que le había dicho la noche que le había propuesto matrimonio: «Nos llevamos bien, a nuestra manera».

Eadie sonrió, pero la envolvió una ola de timidez mientras se acercaba a él. Le quitó la chaqueta, y Hoyt la tiró en un sillón. Luego la miró a los ojos.

—¿Qué te parece si seguimos con este cuello? Puedes tirar la pajarita a la basura mañana, si quieres. No me importa.

Eadie extendió las manos para quitarle la pajarita. Se la quitó y la tiró en dirección donde estaba la chaqueta. Luego empezó con los botones de la camisa.

Sintió el calor del pecho de Hoyt y volvió a notar que su vello no era ni demasiado espeso ni demasiado escaso. Había intentado no mirar aquel día en el consultorio del médico, pero la imagen de Hoyt sin camisa le quemaba en el recuerdo.

Cuando llegó a los tirantes, los desabrochó.

—Ahora me toca a mí —dijo Hoyt con un tono algo sensual, como si lo hubiera excitado el que ella lo hubiera desvestido.

Eadie lo miró y vio el fuego en su mirada. Entonces bajó los ojos y se dio la vuelta para que él pudiera desabrocharle los botones de la espalda.

Eran muchos. Veinte exactamente. Y cada uno que desabrochaba, le producía una nueva escalada de excitación. Cuando terminó, Hoyt le puso las manos en la piel desnuda y bajó los hombros del vestido.

Eadie automáticamente agarró la tela para que no se cayera por debajo de sus pechos. Pero él se puso frente a ella y la rodeó con sus brazos. Eadie cerró los ojos y entonces sintió el calor de la respiración de Hoyt en su cuello. Luego sintió que sus labios lo mordisqueaban suavemente, antes de besarla en aquella piel suave.

Gradualmente, Hoyt fue deslizando sus manos hasta bajar el vestido hasta la cintura. Y más tarde hasta el suelo. Eadie había pensado que la besaría nuevamente, pero en cambio la abrazó fuertemente.

—He hecho que te precipitaras al casarte, Eadie. Y soy afortunado porque tú me lo has permitido —le dio un beso en la oreja.

Cuando terminó, le dio un beso en la mejilla.

—Pero ahora te tengo, así que tal vez pueda ir más despacio. Por muchas ganas que tenga de hacerte el amor esta noche, quiero que decidas tú cuándo lo haremos. No puedo prometer no intentar seducirte, pero si tú te vas a sentir más cómoda compartiendo sólo la cama esta noche, es mejor que paremos ahora, cuando todavía puedo hacerlo.

Eadie se sintió conmovida por aquel hombre tan sensible por un lado, y tan dominante y fuerte por otro.

—Me gustaría que las cosas surgieran naturalmente —respondió ella cuando pudo controlar su voz.

Hoyt la abrazó más.

—¿Vas a compartir mi cama esta noche, Eadie?

—Sí.

Hoyt le dio un beso en la mejilla.

—Entonces, para demostrarte lo buen marido que soy, te dejaré usar esta ducha, y yo usaré una de las otras, porque es muy tarde. Luego me gustaría ver qué te vas a poner. Espero que no sea un camisón demasiado transparente, ni demasiado… pequeño.

—Creo que eso puedo garantizártelo.

Hoyt se irguió y la besó ardientemente. Pero enseguida se separó.

—Creo que por ahora es suficiente —le agarró las manos.

Luego la miró de arriba abajo. Detuvo su mirada en su combinación, que le llegaba hasta los pies.

Eadie se sintió acalorada. Al menos su combinación no dejaba ver más que formas.

—Espero que entierres esa combinación en un cajón. Creo que te he visto las piernas unas cuatro veces en mi vida.

Luego la soltó y se dio la vuelta para atravesar la alfombra hacia el pasillo.

Por fin, Eadie tuvo un rato de tiempo para estar sola y pensar. Y se preguntó cuál sería la distancia que separaría el afecto de Hoyt hacia ella del amor que ella deseaba de él.

Por otra parte, Hoyt tenía mucha experiencia en seducir a las mujeres, y sabía hacerlo muy bien. Tal vez demasiado bien. Nunca había estado mucho tiempo con una mujer, así que con ella tal vez fuese igual que con las otras.

Eadie se sintió un poco desanimada.

Recogió el vestido y miró la parte de tela que había agarrado la niña pequeña. La señorita Ed había hecho un arreglo rápido en un hilo que se había salido, y al parecer, había durado. Hoyt le había pedido a otras dos niñas que buscasen las dos perlas que la señorita Ed decía que le faltaban al vestido. Y las niñas las habían encontrado en el suelo, debajo de la silla donde se había sentado Eadie.

Eadie colgó el vestido en un cuarto ropero, al igual que la chaqueta de Hoyt. Luego puso la pajarita en el cajón donde ella guardaba la ropa interior y se metió en el cuarto de baño.

Como no quería que Hoyt volviera antes de que estuviera lista, se dio prisa en ducharse. Sería peor para su timidez salir en camisón y tener a Hoyt como público.

Después de lo que Hoyt había dicho acerca de su combinación, esperaba no decepcionarlo con su sencillo camisón blanco de satén y su bata, ambos largos.

En ese momento oyó una puerta que se abría en algún lugar del pasillo. Se puso nerviosa intentando ajustarse el cinturón de la bata, y dudó si quitársela.

Hacía menos de diez días ella era su empleada, y ni siquiera conocía la zona privada de su casa. Y ahora estaba casada con él.

Hoyt entró en la habitación. Tenía puesto un pijama azul oscuro, pero no llevaba la parte de arriba. Eadie lo miró. Notó que la herida iba evolucionando bien. Luego lo miró a los ojos.

Nunca lo había visto tan atractivo, tan seductoramente amenazador…

—Oh, Eadie…

Por un momento, ella pensó que iba a decir algo de su ropa. Que aún no podía ver sus piernas, por ejemplo. Pero su mirada no tenía nada de reproche.

—He escogido la mejor —dijo Hoyt, agitando la cabeza.

Ella no podía creer todavía que le dijera esas cosas, que realmente ella le pareciera tan guapa, después de haber estado saliendo con tantas mujeres hermosas.

—Oh, Hoyt… —empezó a decir ella.

Pero él se acercó y tomó sus manos.

—Oh, Hoyt, ¿qué?

—No tienes obligación de hacer esos comentarios.

—¿No te digo siempre la verdad?

—Ésta no es una conversación normal.

—¿Crees que te estoy mintiendo?

—Creo que estás intentando ser dulce conmigo.

Hoyt la obligó a mirarlo. Estaba muy atractivo.

—Quiero que te quede claro. No miento, Eadie. Ni siquiera en el dormitorio —sonrió—. Y, dime, ¿te parece que me queda tan bien el azul oscuro como el negro del esmoquin? —sonrió él.

Ella se rió suavemente.

—¿Quieres que te diga lo atractivo y maravilloso que me pareces? —preguntó ella, excitada por su proximidad y su tono sensual.

Hoyt dejó de sonreír. Pareció un poco molesto.

—No estoy buscando que me halagues —dijo. Pero su mirada lo desmentía.

Ella se rió.

—Eres muy apuesto. Siempre estás guapo.

—Ya, ya…, No eres capaz de decírmelo mirándome a la cara, ¿verdad?

Hoyt parecía estar de broma, fingiendo enfado.

—No, si me haces reír.

—Y yo que pensé que serías una mujer seria, sobre todo en un momento como éste, en que necesito alimentar mi ego. ¿No te parece que un novio necesita que su novia le diga piropos?

Eadie se volvió a reír. Luego se puso seria.

—¡Oh, Hoyt! Tú sabes que eres apuesto. Y seguramente hayas imaginado que te considero guapo, y que siempre me lo has parecido.

Hoyt la miró achicando los ojos, como si estuviera un poco molesto.

—¿Y cómo crees que puedo imaginarlo? Has pasado más tiempo mirando a Mose y a Mike que a mí.

—Tengo buena memoria para las caras —bromeó ella. Hoyt sonrió. Le gustaba que bromease con él—. Yo era una empleada. En nuestra relación no entraba el que me pasara la tarde mirándote.

—No entraba nada de esto. Pero me gusta el cambio. ¿Y a ti?

Eadie se acercó.

—A mí también.

Hoyt sonrió y luego le dijo en voz más baja:

—Entonces, ¿qué te parece si hacemos algunas cosas más? Como quitarte la bata… abrir la cama… y meternos en ella juntos.

—De acuerdo.

—¿Puedo…?

Eadie vio el fuego en sus ojos. Y apenas pudo asentir con la cabeza.

Entonces Hoyt soltó una de las manos de ella, metió un dedo en el cinturón de la bata y tiró hasta que lo desanudó, mientras le daba un beso breve en los labios.

Eadie sintió que la bata se deslizaba por su cuerpo y que él le sacaba las mangas mientras terminaba de besarla. Luego levantó la cabeza y echó la bata a los pies de la cama.

—¿Qué tal lo estoy haciendo hasta ahora?

—Bien.

—Eso creo yo también. ¿Qué lado quieres de la cama? —dijo Hoyt en tono de conversación cotidiana. Lo que hizo que ella se relajara más.

—¿Y tú qué lado quieres? —respondió ella.

—A mí me gusta este lado, pero me da igual.

—Bien. A mí me gusta el otro —contestó ella.

—Es fácil, entonces. —Hoyt abrió la cama y dijo—: Primero las damas.

Capítulo 8

Eadie notó el brillo pícaro de sus ojos y su excitación ante lo que se anticipaba. Ella se sintió excitada y temerosa a la vez.

Aunque había estado enamorada de Hoyt todo aquel tiempo, nunca se había imaginado una intimidad sexual con él.

¿Realmente Hoyt quería esperar, como le había dicho antes?

Por otro lado le había dicho que no podía prometerle que no intentaría seducirla.

Ella siempre había sabido manejar a Hoyt cuando estaba de mal carácter. Pero siempre lo había hecho con cierto aire de superioridad femenina, como con indulgencia por saber que él era un hombre y que estaba a merced de su naturaleza dominante e instintiva.

Ahora le sorprendía saber que se había comportado con aquella superioridad y arrogancia. Porque en aquel momento, le era imposible comportarse así con él. Era como si hubiera perdido el coraje también.

De pronto, Eadie rodeó la cama y se puso del lado que había elegido. Sabía que Hoyt esperaba que ella se metiera por el lado de él y luego se moviera al otro, pero ella se sintió incómoda.

Se metió en la cama sin mirarlo, pero sabía que él no le quitaba los ojos de encima. Luego sintió el peso de su cuerpo hundir la cama, y su calor.

Era la primera vez que Eadie compartía una cama, excepto cuando lo había hecho de niña. Pero Hoyt no era una amiga del colegio precisamente.

Ella había deseado estar con él durante años. Y ahora era suyo. Le pertenecía. Ninguna mujer lo había tenido así. No había habido más que una ceremonia y un papel, pero esas dos cosas tenían un valor. El valor del compromiso entre un hombre y una mujer. Lo único más valioso en la vida era traer hijos al mundo.

—Estás rígida como una madera —le dijo él—. ¿Tienes miedo de mí?

—No.

—Pero te estás preguntando si de pronto me transformaré en un monstruo, ¿no?

Eadie sonrió.

—Confío en ti —le dijo.

—Te he dicho que podías confiar en mí. —Hoyt le agarró la mano—. Me gusta pensar que hemos sido amigos —dijo él—. No sé si yo lo he interpretado mal, y tú no piensas lo mismo… Pero si no lo somos, me gustaría que lo fuéramos. ¿Qué te parece?

Eadie sintió ternura.

—A mí también me gustaría eso —respondió ella.

—Entonces… Mira, hay tres cosas que le diría a una amiga íntima.

Eadie sonrió. Había presentido aquello. De alguna forma había sabido que Hoyt prolongaría la charla de aquella manera. Se alegraba de que no fuera un hombre callado, a pesar de que muchas de las cosas que decía no le gustaban. Era cierto que durante aquellos años Hoyt le había confiado muchas cosas, y que muchas de aquellas cosas habían hecho que lo amase más.

—¿Y?

—La primera es que tú y la señorita Ed sois las únicas mujeres que habéis estado en esta habitación. Así que si estás pensando que esta cama se ha usado para otra cosa que para dormir, te equivocas.

Al notar su tono serio, Eadie tuvo que reprimir una risa.

—Gracias por decírmelo.

Hoyt hizo una pausa y luego siguió.

—La segunda es que, aunque pienses lo contrario, hace mucho tiempo que no duermo con una mujer. Aunque, en realidad, yo nunca haya dormido con ninguna mujer, pero creo que entiendes lo que quiero decir sin necesidad de que te lo diga con todas las palabras…

Eadie estaba tumbada en la oscuridad tratando de comprender. Le hacía gracia el modo en que describía todo aquello, pero la conmovía que hubiera querido decírselo. Y deseaba fervientemente que lo que le estaba diciendo fuera verdad.

—Te agradezco que me lo digas —dijo al final.

Hoyt respiró profundamente.

—O sea, que eres demasiado educada para llamarme mentiroso. No te culparía si lo hicieras. Conozco mi reputación.

—Hace mucho tiempo que acepto el hecho de que tengas experiencia, Hoyt. Espero que me seas fiel de ahora en adelante.

—Eso te lo he prometido hoy dijo él un poco molesto. —Y sabes que cumplo mi palabra.

—Lo sé, Hoyt.

—Como te dije la otra noche, tú sabes muchas cosas de mí que yo no imaginaba. Todas esas veces que yo creía que tú no me estabas prestando atención, lo estabas haciendo —rió suavemente —. Sólo que permanecías imperturbable. Y eso puede volver loco a cualquier hombre, ¿sabes?

A Eadie le gustó oír aquello. Quería decir no sólo que ella había sido capaz de ocultar muy bien sus sentimientos, sino que él se había sentido afectado por su indiferencia, aunque no significase lo que ella deseaba.

Hoyt era un hombre acostumbrado a llamar la atención adonde fuese, así que no debía de ser nada normal que a alguien le resultase indiferente. Y tanto la señorita Ed como ella, habían tratado de compensar el efecto que producía en la mayoría de la gente.

—Has dicho que había tres cosas…

—Llevo dos, ¿no? —hizo una pausa. Luego continuó—. La tercera es una pregunta. Tengo el sueño muy ligero, así que me estaba preguntando… No roncas, ¿verdad?

La pregunta le dio risa a Eadie.

—¡Qué pregunta tan vulgar en una noche de bodas! ¿Y tú?

Hoyt se rió con una risa muy masculina.

—Estoy intentando relajar un poco la atmósfera, pero tal vez lo esté haciendo fatal. Cuando trabajabas en la oficina, eras muy silenciosa. Daba la impresión de que no había nadie en casa, así que no me importaría que roncases. En realidad, no puedo imaginarme

nada de ti que pudiera molestarme —dijo Hoyt.

Aquel comentario la puso contenta. Pero no quiso demostrarlo.

—¿No te molesta que te lleve la contraria?

—Sabes que me gusta quejarme de eso. Pero en el fondo, no me importa mucho. Siempre me has gustado, Eadie.

—A mí también me has gustado siempre —dijo ella, con una facilidad que la sorprendió. Y lamentó haberlo dicho.

Pero cuando Hoyt habló, se dio cuenta de que para él no había tenido demasiada importancia.

—Entonces, ¿por qué no te acercas y me besas para desearme buenas noches? Como no queremos llegar hasta el final, habrá que conformarse con poco —hizo una pausa—. Y para que lo sepas, me parecería bien que fueras tú quien tomara la iniciativa en cosas como ésta. A mí me da igual quién empiece, mientras haya alguien que lo haga.

Le hacía gracia el modo en que hablaba Hoyt de aquello. Le gustaban los eufemismos que usaba.

Eadie dudó en poner la mano en su pecho desnudo. Aquel gesto le pareció más íntimo en la oscuridad, y no se atrevió a hacerlo. Se avino simplemente a tocarle la mejilla con la mano, y luego le dio un beso suave.

Aunque no era el primer beso de aquella semana, sí era el primero que iniciaba ella. La emoción que le produjo tomar la iniciativa en aquel tierno contacto, y sus ganas de hacerlo lo suficientemente bien como para complacer a Hoyt, la llevaron a hacerlo con más descaro del que hubiera deseado. Pero no pudo evitarlo.

Prolongó el beso un poco más porque la boca de Hoyt era tan firme y tibia que le costó desprenderse de ella. Y cuando se dio cuenta de que debía separarse de él, lo lamentó. Pero no quería que él pensara que estaba lista para más.

—Ha sido muy dulce, Eadie… —le dijo él—. Como tú.

Hoyt no había movido un músculo mientras lo había besado, pero ahora que ella se había echado un poco hacia atrás, él la había rodeado con su brazo y la había acercado. La fina tela de satén entre ellos era casi como estar piel contra piel. Casi. Y no había ningún otro sitio donde ella pudiera poner su mano, si no era en el pecho de él.

Hoyt dejó escapar un largo suspiro de satisfacción.

—Es un placer tenerte aquí, cariño. Buenas noches.

—Buenas noches.

Eadie intentó dejar la mano quieta. Y se reprimió las ganas de frotar su mejilla contra aquel pecho duro y contra su hombro.

No podía ver la hora del reloj digital que había en la mesilla, así que no sabía cuánto tiempo se habían quedado despiertos, allí, tendidos en la oscuridad sin decir nada y prácticamente inmóviles.

A pesar de que se conocían desde hacía mucho tiempo, de que habían trabajado juntos, de que estaban casados y compartiendo una cama, entre ellos se alzaba un muro de represión.

De pronto ella se dio cuenta de que había algo más que sus dudas de tener sexo sin amor con Hoyt, y algo más que la decisión de Hoyt de no presionarla para hacerlo.

Se dio cuenta de que les faltaba la confianza, la cercanía e intimidad que se compartía en un noviazgo. Y de que eso era lo que necesitaban en aquel momento. El hecho de que no hubieran tenido un noviazgo como era debido, hacía que aquella apresurada decisión de casarse le pareciera más arriesgada que nunca.

No obstante, Eadie no se arrepentía de que hubieran tomado una decisión precipitada. Ella había estado en el lugar apropiado en el momento apropiado, con el hombre que había amado durante años y, egoístamente, no había podido rechazar aquello.

Era lo que había deseado con toda su alma. Y se lo habían servido en bandeja. Habría sido incapaz de no aceptarlo.

Y para bien o para mal, tendría que encontrar el modo de que aquel matrimonio funcionase.

Hoyt le había dicho que ella le gustaba; más de lo que ella suponía. Y la había elegido de entre todas aquellas bellezas. Eso tenía que significar algo. Y ella intentaría sacar el mayor provecho de ello.

Después de una o dos horas de elucubraciones, llegó el día. Y ella finalmente se durmió.

* * *

Eadie se despertó temprano. Estaba envuelta en el exquisito calor

del cuerpo de Hoyt y no quería moverse de allí.

Tenía la cabeza encima de su pecho, un brazo alrededor de su cintura y su pierna derecha levemente encima de las piernas de él. Recordó lo que le había dicho Hoyt de la noche anterior: «Tengo el sueño ligero».

Oyó el suave latido del corazón de Hoyt y supuso que estaba dormido. Tenía el cuerpo relajado, sobre todo si se lo comparaba con la noche anterior, cuando habían estado despiertos, esperando dormirse. La casa estaba en silencio, excepto por el débil ruido del aire acondicionado central. Así que cualquier movimiento que hiciera, perturbaría el silencio.

En realidad, no era su femenino pudor lo que le hacía temer que un movimiento suyo pudiera despertarlo. A pesar de los generosos piropos que le había dicho Hoyt el día anterior, Eadie quería cuidar su aspecto en todo momento, sobre todo a primera hora de la mañana, así que se trataba más de coquetería que de pudor o timidez.

Hoyt estaba acostumbrado a estar con mujeres espectaculares, así que ella no quería que la viera sin arreglarse.

Eadie estaba a punto de levantarse con cuidado cuando Hoyt se movió en la cama y puso una mano en la pierna que Eadie tenía atravesada encima de las de él.

—Buenos días.

—Buenos días —dijo ella en un susurro.

Se dio cuenta de que tenía el camisón subido, así que deslizó una mano para bajárselo.

En cuanto lo hizo, Hoyt se giró y rodó con ella para ponerla debajo de él. La miró a los ojos.

Hoyt tenía el pelo revuelto y barba de un día. Ella no lo había visto nunca sin afeitar y sin peinar. Pero aquella imagen era la de una masculinidad absoluta, y ella se sintió maravillosamente suave, débil y femenina a su lado. Mientras él estudiaba su rostro, ella sintió un calor de los pies a la cabeza. Hoyt aún tenía la voz un poco ronca después de despertarse.

—Podría haberte despertado mucho tiempo antes, Eadie Donovan. He sido un tonto por esperar.

Entonces Hoyt bajó la cabeza y la besó.

La boca de Hoyt era experta, y desde el primer contacto, ella no

registró otra cosa que la sensación de sus labios y la abrumadora respuesta de su cuerpo femenino. Cuando él se apartó de repente, Eadie sintió como si la privaran de algo esencial, y abrió los ojos para mirarlo.

—Tengo que parar en este momento, si quiero ser capaz de levantarme antes del mediodía —sonrió él—. A no ser que… —agregó con un tono esperanzador, que la hizo estremecer—. Supongo que no. Seguramente sentirás pudor a la luz del día.

Eadie sonrió al oír aquel comentario desenfadado, pero cierto.

—Será mejor que nos vistamos. La señorita Ed debe de haber preparado café —se levantó de la cama.

Eadie hizo lo mismo.

—¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó Eadie, deleitándose con la imagen de Hoyt con el pecho desnudo.

—Tenerte para mí —respondió él mientras extendía el edredón por encima de la almohada, como si estuviera acostumbrado a hacerlo antes de que la señorita Ed le hiciera bien la cama.

Hoyt la miró. Ella no se había puesto la bata y se sintió un poco cohibida. Desde la noche anterior había una atmósfera de torpeza entre ellos, como si les costase estar relajados como una pareja que vive junta y comparte las cosas cotidianas. Era muy distinto a salir con alguien. Hoyt había tenido muchas citas, pero ninguna de sus mujeres había compartido con él su vida en el rancho.

—¿Tenemos que hacer algo especial? No conozco bien el rancho, aparte de la casa —dijo ella.

Hoyt la miró y, achicando los ojos, dijo:

—Tu vida son los ranchos, ¿no?

—Me temo que sí. ¿Crees que podrás adaptarte?

—¡Oh, sí! Hoy te mostraré el rancho entero. Mañana iremos a Webb. Quiero llevarte a bailar a San Antonio, y que nos quedemos a dormir allí para que te dé tiempo a hacer compras si quieres. He oído decir que las esposas suelen arrastrar a sus maridos a los grandes almacenes, y que agotan sus tarjetas de crédito. Es hora de que conozca alguna historia de ésas por experiencia propia.

Eadie se sintió un poco incómoda. Había creído que cuando le había dicho a Hoyt que no podía tomarse vacaciones hasta el otoño, él había comprendido que no podía dejar su rancho mucho tiempo. Y luego había estado tan ocupada con la boda, que no había tenido

tiempo de volver a hablar de ese tema.

Pero era obvio que no había pensado que ella volvería al trabajo de su rancho al día siguiente, porque si no, no habría estado haciendo planes para ir a San Antonio. Ella tenía un par de amigas que le harían el trabajo de aquel día y el siguiente, pero no tenía tiempo suficiente ni energía para intercambiar trabajo con otra gente.

Además, no habían hablado de su trabajo en la oficina de Hoyt. Ahora que era su esposa, Hoyt no podía pagarle un sueldo. Y la pérdida de esa entrada de dinero hacía que fuera más importante aún evitar contratar gente para que la reemplazara en su rancho.

—Tendremos que hablar de trabajo esta semana —dijo Eadie yendo a buscar ropa interior al cajón de la cómoda.

—¿Trabajo? —preguntó Hoyt con un tono de sorpresa.

—¿Te importa si dejamos ese tema para más tarde? Mientras tanto, ¿quieres usar tú el baño primero o puedo usarlo yo? —preguntó ella.

Hoyt hizo un gesto vago.

—Yo usaré el que hay aquí al lado.

Eadie se alegró de tener un rato para ordenar sus pensamientos y ver cómo encaraba aquel tema.

Capítulo 9

Por supuesto que Hoyt podía permitirse tomarse unos días y dejar el Rancho Donovan en manos de empleados. Tenía suficiente gente trabajando con él como para permitírselo y, además, nunca tenía que preocuparse por el dinero. No era que Hoyt no se diera cuenta de que su rancho era pequeño y sus recursos limitados. Pero Eadie podía imaginárselo fácilmente prestándole empleados para que hicieran el trabajo con sus vacas, y no permitiéndole el reembolso del dinero por sus salarios.

Ella no se podía permitir pagar empleados a tiempo total, pero tampoco podía dejar que Hoyt se los pagase, sobre todo porque ni siquiera estaba segura de seguir con el rancho.

Nunca había querido que él se enterase demasiado de las operaciones de su rancho. Pero ahora que estaban casados, se enteraría de todo lo que hacía. Había estado tan absorbida por el tema de la boda que no había tenido tiempo de pensar en el asunto.

Por otra parte, se había dejado llevar por el temor de que Hoyt cambiase de opinión si esperaban… Porque, en realidad, lo sensato habría sido esperar a tomar una decisión acerca del rancho antes de casarse. No había tenido paciencia de esperar. Y ahora tendría que asumir las consecuencias y los problemas que pudieran derivarse de esas complicaciones.

Lo mejor sería hablarlo e intentar trazar unos límites. Lo último que quería era que Hoyt pensara que se había casado con él por su dinero. El había sido sincero al decirle sus razones para querer casarse, y aunque ella no había podido confesarle las suyas, no

quería que pensara ni por un momento que se había casado para salvar el rancho.

Y también tenía miedo de que las cosas no funcionasen bien entre ellos. Porque, aunque Hoyt era un hombre de palabra, ella no podía dejar de pensar en la cantidad de mujeres que había tenido en su vida. Nunca había estado interesado en una mujer más de un par de meses. Y aunque aparentemente no había amado a ninguna, tampoco estaba enamorado de ella.

* * *

Tuvieron un desayuno agradable en el comedor. Leyeron el periódico y comentaron noticias y otras cosas. Si no lo hubiera conocido bien, se habría imaginado que Hoyt se había olvidado del asunto del trabajo. Pero había estado cerca de él mucho tiempo como para detectar una cierta impaciencia, como si fuera reacio a mencionar algo que pudiera causar un desacuerdo en su primer desayuno de casados. Pero también presentía que estaba decidido a arreglar el asunto. Y a su manera, por supuesto. Y eso le debía causar inquietud, porque no sabría cómo iba a reaccionar ella.

—Me pregunto si Leah habrá tenido ya el niño —comentó Eadie mientras caminaban hacia el despacho con el café.

Habían ido allí a buscar un plano del rancho para Eadie, para que pudiera mirarlo mientras daban un paseo en coche por el lugar, pero sabía que la razón principal era que hablarían del trabajo.

—Llamaré a Reece más tarde —dijo Hoyt, luego sacó un plano y se lo dio.

Eadie abrió el plano y él le señaló algunas cosas para que se orientara, diciéndole que lo volverían a mirar una vez que estuvieran en el campo.

Cuando terminó Hoyt, ella dobló nuevamente el mapa antes de agarrar el café.

—¿Qué es eso que has dicho del trabajo? —preguntó Hoyt, intentando ser condescendiente. Pero ella notó una nota de desaprobación en el tono de su voz.

—No hemos tenido mucho tiempo la pasada semana para hablar sobre cuestiones cotidianas, ¿no crees? —dijo ella.

Todavía no sabía cómo abordar ese tema con Hoyt, pero puesto que él parecía adivinar lo que se avecinaba, era mejor hablar directamente.

—No puedo tomarme mucho tiempo fuera del rancho ahora. Es el motivo por el que he querido demorar la luna de miel. Tal vez pueda ir a San Antonio la semana que viene, pero esta semana tengo que hacer cosas que no he hecho en estos tres días, además del trabajo de todos lo días. Cuando termine, podríamos ir.

Hoyt la miró.

—Al parecer no vas a estar mucho tiempo aquí…

—Por supuesto que sí.

—¿Cuándo estarás?

—Por la mañana temprano, a la hora de la cena, y por la noche —contestó ella, e intentó no hacer una mueca al oír cómo sonaba aquello. Sobre todo porque Hoyt no parecía muy contento—. Mi rancho me llevará el mismo tiempo de siempre. Al igual que el rancho Donovan a ti.

—¿Todos los días?

—Eso depende de si trabajo para ti tres tardes, aunque supongo que eso terminará, puesto que ya no soy una empleada.

—Hmmm…

Eadie lo conocía lo suficiente como para saber que «Hmmm» significaba que no aprobaba algo, pero que todavía no quería decírselo directamente.

Y como Hoyt solía dar su opinión directamente, aquélla debía de ser una ocasión muy especial, por que hacía el esfuerzo de parecer razonable. Y tenía la intención de llevarla a dar una vuelta por el rancho antes de que ella pudiera protestar.

Aquel tema de jefe y empleada, y sobre todo en qué pasaba ella su tiempo, parecían temas de desacuerdos en potencia. Tal vez, grandes desacuerdos. Hoyt era un poco anticuado todavía en muchos sentidos pero ¿qué recién casado querría que su primer día de casado tuviera una serie de desacuerdos?

—¿Y qué pasará cuando lleguen los bebés?

Eadie dejo la taza en el escritorio.

—Espero poder decidir pronto qué hacer con mi rancho.

—¿Contratarás a gente a tiempo total para que haga el trabajo?

—Depende de cómo vayan las cosas en los próximos meses.

Como ahora estoy casada y queremos tener niños, el rancho tendrá que funcionar lo suficientemente bien como para cubrir gastos, incluidos los salarios para la gente que contrate…

—Que es por lo que has intercambiado trabajo y unas herramientas en lugar de emplear gente.

—Sí.

Hoyt le tocó la rodilla de un modo que pareció expresar que el asunto estaba arreglado.

—Vas a quedar agotada si haces eso. Y no hay motivo. Yo enviaré a un par de hombres para que se ocupen de los peores trabajos esta semana, y luego pensaremos en una ayuda permanente para el futuro —empezó a levantarse como si hubiera solucionado el problema.

Y tenía la intención de llevarla a dar una vuelta por el rancho antes de que ella pudiera protestar.

Eadie intentó no demostrar su consternación, pero se echó hacia atrás en su silla, haciéndole ver que ella no tenía tanta prisa por marcharse como él.

—Eres muy generoso, Hoyt, pero sabes que no es sensato usar dinero de un negocio para sacar adelante otro. Si mi rancho no puede con sus gastos, lo venderé.

Hoyt se volvió a sentar con gesto contrariado.

—Creí que este matrimonio era una sociedad, ¿no? —Se quedó quieto—. Y que querrías dejar el rancho de tu padre a tus hijos. Si tenemos muchos hijos, necesitaremos muchos ranchos.

Hoyt intentaba salirse con la suya a toda costa. Pero era evidente que tenía intención de que sus hijos heredaran tanto la propiedad suya como la de ella.

No obstante, el rancho Webb era un problema; no era lo mismo que el rancho Donovan, que había pasado de generación en generación durante años.

—No me he casado contigo para que me soluciones mis problemas económicos —dijo ella.

Hoyt frunció el ceño.

—Yo me he casado contigo para que me soluciones mis problemas y me des una familia.

—Yo me he casado contigo para tener una familia, así que estamos empatados.

Hoyt pareció disgustado.

—¿No crees que un marido y una mujer deben compartir todo, incluso el dinero y los recursos? ¿No crees que deben ayudarse? ¿Arreglar las cosas entre ellos? ¿Dar y recibir cosas el uno del otro? ¿No aceptan dinero o ayuda si el otro quiere darlos?

—Sé que tus intenciones son buenas, Hoyt. Tú eres una de las personas más generosas que conozco…

—Pero no quieres que te ayude —la interrumpió—. ¿No me dejarías por lo menos que eche un vistazo a tus cuentas y operaciones para que me haga una idea de lo que estás haciendo en el rancho?

Eadie se puso roja.

—La verdad es que me siento un poco incómoda haciendo este arreglo. Quizás sea un punto del que no haya retorno. Me gustaría sacar algo, si decido vender.

Hoyt la miró a los ojos con dureza. Luego su expresión se suavizó.

—¡Por Dios, Eadie! Es muy difícil sacar rentabilidad a un rancho pequeño, sobre todo si trabajas sola. Encima, los impuestos de herencia deben de haberte hundido después de la muerte de tu madre, y tal vez hayas tenido problemas con el agua, porque me has dicho que no usas el lavaplatos. Tienes suficientes pastos para sacar beneficios, pero tal vez no suficientes para tener más ganado, ¿me equivoco?

Eadie sintió que el corazón se le encogía al oír que Hoyt rechazaba automáticamente la idea de que era culpa suya que el rancho no fuera mejor, pero ella se sentía responsable.

—Tal vez yo no sepa llevar un rancho, ¿no crees?

—¡Al diablo con eso! Los impuestos son una ruina para los herederos, y hemos tenido condiciones casi de sequía durante mucho tiempo… En un rancho aparecen problemas todos los días, tu tractor, por ejemplo… Y luego está el problema del mercado…

Hoyt la estaba intentando convencer de que no era culpa suya, pero ella conocía a otros a los que les iba bien con los mismos problemas.

—Por eso el rancho Donovan invierte en otras cosas, además de en ganado y tierra —continuó—. Y lo ha hecho desde los tiempos de mi bisabuelo. El aceite da un beneficio considerable. Y tú has

estado trabajando sola. Eso te limita. Pero ahora no tendrás esos límites.

Eadie se emocionó, y tuvo que disimularlo.

—¡Oh, Hoyt!

Él se inclinó para tomar su mano.

—Una vez dijiste que harías cualquier cosa por mí —señaló Hoyt —. ¿Y si fuese yo quien necesitase ayuda? ¿Qué opinarías? Según dijiste, harías cualquier cosa para ayudarme, ¿no? Bueno, lo mismo me pasa a mí. Para mí no es un gran esfuerzo económico echarte una mano. Aunque te comprase un tractor nuevo, pagase tus letras e hiciera un par de pozos nuevos.

Eadie sintió que el calor de su mano minaba su control. Estaba emocionada, y no sabía si quería que Hoyt se diera cuenta.

—El que puedas hacer esas cosas no quiere decir que sea sensato ni justo que las hagas —lo miró—. No puedo permitir que lo hagas.

—Bueno, entonces haremos un trato. Cuando tu rancho dé beneficios, puedes pagarme el coste de la inversión. No necesitarás que tu rancho te dé una entrada de dinero para vivir ahora que tienes un esposo rico.

Eadie agitó la cabeza otra vez.

—No puedo permitir que lo hagas. Yo… Simplemente lo pondré en el mercado y acabaré con él.

Hoyt le apretó más la mano.

—El orgullo es estúpido cuando va contra el sentido común, Eadie. Yo podría invertir en tu rancho y convertirme en tu socio.

—Hoyt, si estuvieras en mi lugar, ¿no te costaría tragarte el orgullo? —sonrió ella.

—El rancho Webb tiene que quedarse en manos de la familia —insistió Hoyt—. Si vas a ser cabezona en este tema, déjame que te lo compre directamente. En ese caso no tendrías la dificultad de llevarlo tú sola mientras tengamos niños pequeños. Si lo compro, lo dejaré intacto, como ha sido siempre el rancho Webb, y tú podrías ocuparte de supervisarlo simplemente. De ese modo, tendrías más tiempo para ponerte al tanto de los negocios e intereses del rancho Donovan. Así, si me pasa algo, podrías ocuparte tú de todo.

Eadie no quería despreciarlo, pero tampoco deseaba aceptar su ofrecimiento. Al menos, no todavía. Después de un par de días de no estar en su rancho, tenía ganas de volver y retomar la lucha para

quedárselo. Aunque tal vez más adelante, cuando se encontrase cansada, frustrada y desanimada cambiase de idea. O cuando se quedase embarazada.

Hoyt tenía razón. Iban a fundar una familia, pero antes quería estar más segura de la relación entre ellos. Pero sabía que no podría seguir con una agenda de trabajo tan exigente, y con un trabajo físico tan duro como el que había estado haciendo, sobre todo en los últimos meses, si se quedaba embarazada.

—¿Puedes darme tiempo para pensarlo?

Hoyt no le contestó hasta que ella lo miró. Había ternura en sus ojos, y esa calidez casi la hacía sentir… amada.

—De acuerdo. Espero que la razón por la que quieras tiempo no sea para ver cómo funcionan las cosas entre nosotros.

A Eadie le sorprendió un poco oírlo decir aquello. Había adivinado sus preocupaciones. Y él estaba preocupado por su inseguridad.

Luego pensó que Hoyt también habría tenido dudas sobre su matrimonio, pero seguramente no tantas como ella.

Después de la gran boda que habían celebrado, sería un serio golpe a su orgullo tener que divorciarse de ella y encontrar otra esposa. Y si era ella quien terminaba con el matrimonio y se marchaba nuevamente al rancho Webb, sería incluso peor para su ego.

Hoyt no había tenido dudas acerca de casarse con ella. Cuando nadie hubiera imaginado que el soltero de oro se casaría algún día. Pero así era Hoyt.

—Lo que me ofreces es… generoso, Hoyt, pero tengo que pensármelo. Si te soy sincera, los cambios que ha habido entre nosotros me abruman un poco… ¿Puedes darme tiempo para que vaya a Webb esta semana y mientras pienso en esto que me has propuesto?

—¿Qué te parece si metemos algo de ropa en un bolso y dormimos en tu casa esta semana? Yo podría echarte una mano. Podemos decirle a la señorita Ed que nos traiga las comidas, pero estar solos allí —sonrió débilmente—. Tú serías la jefa, y yo sería un simple empleado.

Ella había pensado que compartir con él las tareas cotidianas les daría la cercanía necesaria que necesitaban para llegar a la

intimidad más absoluta, y no había nada más cotidiano que trabajar con Hoyt en su rancho. Allí estarían las veinticuatro horas del día solos.

Aunque su rancho era muy pequeño y su casa muy sencilla comparados con el rancho Donovan, Hoyt no era nada remilgado. El único problema sería evitar que él gastase dinero en su humilde rancho.

No obstante, la idea la fascinó. Sonrió y dijo:

—¿Yo sería la jefa, entonces?

—¿No te lo he dicho hace un momento?

—Quería asegurarme de que había oído bien.

—Sí, pero esa sonrisa me dice que no me crees… —Apretó su mano y la miró—. Bueno, señora Donovan, acabas de arrojar el guante… Y yo soy el hombre que lo recogerá.

Eadie se rió. Hoyt era siempre el jefe. Sería un desafío para él estar en el rancho Webb, a sus órdenes.

—Veremos…

Hoyt le dio un beso y luego dijo:

—Venga, mujer de poca fe, ¿estás lista para irnos?

—Cuando quieras.

Dejaron las tazas en la cocina antes de salir. Hoyt le mostró los lugares de la casa que ella no conocía y luego salieron al campo.

Al rato Hoyt paró el coche y la estrechó entre sus brazos para darle un beso tan ardiente que neutralizó el efecto del aire acondicionado.

Volvieron a la casa a comer. Hoyt llamó a Reece y se enteró de que Rachel Gray Waverly había nacido a la una y cuarenta y siete minutos de la mañana. Reece acababa de llegar a casa después de haber llevado a Bobby, su hijo, a ver a su hermana. Leah y el bebé volverían a casa al día siguiente por la tarde.

Hoyt llamó a la floristería para enviar flores a Leah e hicieron planes para ir a ver al bebé dos días más tarde. Esa tarde fueron a Coulter City a comprar un regalo para el bebé al centro comercial. Y Eadie se enterneció al ver que Hoyt también había comprado un regalo a Bobby para que éste no sintiera celos.

Le había comprado un coche a pilas casi tan grande como para montarse en él.

Después de la cena, hicieron la maleta para irse al rancho Webb

por la mañana. Hoyt tenía intención de llevarse un par de caballos con los que solía trabajar, y había preparado el camión donde los llevaría.

La segunda noche que pasaron juntos fue un poco menos casta que la noche de bodas. Estuvieron un poco más relajados y cómodos. Hoyt la abrazó y le dio un beso para desearle buenas noches.

Eadie se sintió decepcionada. Aunque Hoyt fuera un amante experimentado, no se esforzaba mucho con ella. No parecía demasiado interesado en seducirla, como le había dicho la primera noche. Sí era verdad que se habían dado más de un beso mientras se tocaban los dedos de los pies, pero a medida que iba pasando la noche, Hoyt se había puesto más distante.

Ella no estaba interesada en que tuvieran una relación íntima demasiado pronto, pero tampoco quería tanta distancia entre ellos.

Parecía el mismo soltero de siempre, difícil de conseguir, a pesar de su plan de fundar una familia y seguir casado con ella hasta la muerte.

Aunque ella trataba de convencerse de que sería porque Hoyt quería ser considerado, no podía evitar comparar su impaciencia por casarse con ella durante la semana de los preparativos de la boda, y su entusiasmo, con su actitud casi apática de aquella noche. Era extraño en un hombre tan impulsivo y activo como él, y en un hombre con tanta experiencia amorosa.

Y al parecer, tampoco tenía prisa por concebir un hijo.

Ni la había cortejado… ¿Sería más aburrido cortejar a una esposa que a una de aquellas bellezas solteras? ¿O simplemente no supondría desafío alguno para él?

¿O tal vez ella tuviera algo que no lo excitaba? Aquella mañana, sin embargo, le había dicho que tendrían que dejar de besarse porque si no, no sería capaz de levantarse antes del mediodía… Pero no había hecho ningún otro comentario como aquél en todo el día. Y tampoco aquella noche, en que lo normal en unos recién casados habría sido pensar en la hora de acostarse.

¿Estaría exagerando ella?

Hoyt la respetaba. Y no quería violentarla, después de lo que había sucedido hacía cinco años. En lugar de preocuparse, debería estar agradecida por que él fuera tan considerado y tan cuidadoso

para que no se sintiera incómoda.

Pero le habría gustado saber que no podía contenerse.

Eadie se dio cuenta de lo ridícula que era, y dejó de especular y se durmió.

Capítulo 10

Llegaron al rancho Webb antes de las ocho de la mañana y fueron directamente al granero para dejar los caballos de Hoyt. Llevaron los caballos a uno de los corrales y luego desengancharon el camión. Después volvieron a la casa en el coche.

Eadie metió una de sus maletas y su bolsa de aseo y las llevó arriba, mientras Hoyt descargaba las demás cosas de la camioneta. Eadie rápidamente cambió las sábanas de su cama y puso toallas limpias en el cuarto de baño. Luego se aseguró de vaciar uno de los cajones de la cómoda para que Hoyt pusiera su ropa. Ella podría poner la suya en el armario. La semana anterior había estado muy ocupada llevándose cosas al rancho de Hoyt, y tendría que terminar la tarea en los días siguientes.

En cierto modo había sido mejor que decidieran ir allí repentinamente, porque si no, se habría pasado interminables horas preparando el dormitorio, sacando y metiendo cosas y tirando otras que había ido acumulando a lo largo de los años.

El dormitorio de Hoyt era enorme, comparado con el suyo, y era mucho más elegante que el de ella, que aún conservaba fotos en el marco del espejo de la cómoda, algunas de la época del instituto, algunos pósters antiguos de música *country* en las paredes, además de un montón de tonterías típicas que juntan las niñas, como trofeos, medallas, adornos y un osito de peluche de cuando era pequeña.

Su cama era doble, pero no tan grande como la de Hoyt, y su colcha tejida a mano era mucho más sencilla que la suya. Esperaba

que al menos el colchón le sirviera, porque él era muy alto, y no sabía si podría dormir cómodamente en su cama.

Hoyt había dejado todas las cosas en lo alto de las escaleras traseras, y ahora estaba entrando en la habitación con la bolsa de la ropa que iba colgada. De pronto, descubrió el osito de peluche que había encima de la mesilla de noche. Luego miró alrededor y vio los pósters de las estrellas masculinas de la música *country*. Finalmente posó la vista en la cama, y puso una cara que a ella la hizo sonreír.

Eadie abrió la puerta del ropero para que él colgara la ropa.

—¿Te parece que el colchón es lo suficientemente largo? —preguntó ella.

—Ya lo veremos. Los pies pueden quedar colgando, si hace falta —miró el osito y lo agarró. Lo apretó suavemente y luego lo volvió a dejar—. ¿Tendré que dejarle sitio a este pequeño amigo?

Ella sonrió y respondió:

—Normalmente vigila desde la mesilla de noche, pero puede dormir en la otra habitación esta semana.

Hoyt se acercó al espejo para poder ver las fotos de cerca.

Demasiado tarde, Eadie se dio cuenta de que entre ellas había un par de recortes de periódico en los que salía Hoyt. Llevaban allí tanto tiempo que se había olvidado. Eadie hizo una mueca de disgusto cuando lo vio acercarse para verlos mejor.

¡Oh, Dios! ¿Qué pensaría Hoyt? Descubriría que lo adoraba desde hacía años. Y que había recortado esos artículos porque incluían buenas fotos además de noticias sobre él.

Teniendo en cuenta lo distante que había estado, puesto que sólo le había dado un cálido beso aquella mañana, tal vez no se sintiera halagado.

Hoyt estaba de espaldas, y el marco impedía su reflejo en el espejo, así que ella no le podía ver el rostro. Eadie no pudo evitar moverse un poco a un lado para ver su expresión. Estaba sonriendo débilmente, y le brillaban los ojos.

—Me había olvidado de eso… No todos los días sale un vecino en los periódicos, a no ser que se trate de una boda o un fallecimiento.

—Hmmm… —murmuró Hoyt. Sus ojos se encontraron con los de Eadie en el espejo. Tenía un brillo de alerta en la mirada, como si hubiera detectado que lo que decía Eadie era mentira—. Supongo

que no —contestó.

Eadie se puso colorada.

—Cuando… terminemos de traer las cosas, podemos empezar con el trabajo de fuera —dijo ella con timidez.

La media sonrisa de Hoyt pareció agrandarse, como si escondiera un secreto, y ella sintió que el calor de la cara se le expandía por todo su cuerpo.

—Te has puesto roja… ¡Qué cara de culpa tienes! Es la primera vez que veo que alguien se sonroja con ese brillo en el rostro —dijo él en voz baja y ronca.

Estaban separados por más de medio metro de distancia, y sin embargo ella sintió el mismo calor que sentía cuando la abrazaba.

—No creo que sea verdad. Estoy segura de que debes de haber visto a muchas mujeres sonrojarse.

—Digamos que nunca me he sentido tan halagado por alguien que se pone rojo.

Su marido estaba coqueteando con ella. La distancia por la que había estado preocupada se había evaporado de repente. Hoyt parecía satisfecho, y ella tuvo que hacer un esfuerzo por reprimir una sonrisa de pudor mientras él se acercaba.

—Te estoy poniendo en un aprieto, ¿no? —Le quitó un mechón de cabello oscuro de su mejilla roja.

—Sí —contestó ella.

Hoyt le acarició la barbilla con el dorso de la mano, mirándola intensamente. Y la sangre de Eadie empezó a espesarse por el deseo. Instintivamente habría desviado la mirada, pero no podía dejar de mirarlo.

—A cualquier hombre le gustaría saber que su esposa ha pensado en él alguna vez —entrelazó sus dedos en el cabello de Eadie y se inclinó lentamente, como si le estuviera dando tiempo para que confesara antes de besarla.

—Yo… he pensado alguna vez…

—Bien —dijo él antes de besarla suavemente.

Pero el beso terminó enseguida, y cuando Eadie abrió los ojos, oyó la voz de Hoyt diciendo, irritado:

—Supongo que vas a recordarme otra vez que tenemos que trabajar.

Por supuesto, era lo último en lo que había pensado ella. Y en el

momento en que él se apartó del espejo y la miró, a Eadie se le olvidó todo menos él.

Hoyt sonrió, y Eadie se dio cuenta de que había adivinado que el trabajo era lo último en lo que había pensado ella.

—Es lunes —dijo Eadie.

—Y tú eres la jefa —le recordó Hoyt—. Espero que no me tengas trabajando hasta muy tarde en mi primer día de trabajo. Recuerda que me he casado hace dos días.

—Lo tendré en cuenta, pero será mejor que empecemos, si no quieres que te tenga trabajando hasta tarde —odiaba tener que decirle eso. Pero era verdad.

—¡Sí, señora! —Hoyt se apartó lentamente, mirándole el pecho. Luego alzó la mirada y fijó sus ojos en los de ella.

Eadie se quedó atrapada en aquellos ojos oscuros. Literalmente no pudo moverse hasta que él se dio la vuelta y se marchó al pasillo para meter las maletas que antes había dejado al final de la escalera.

Ella se quedó mareada de deseo. Su cuerpo se habría quedado junto a él todo el día. No tenía nada de ganas de trabajar.

* * *

Hoyt dejó las maletas encima de la cama. Estuvo ocupado todo el día. No hubo más contacto entre ellos, salvo algún que otro contacto ocasional y una media docena de miradas.

A pesar de todo, aprovecharon bien el día, trabajando más de lo que ella habría podido trabajar sola. Movieron ganado, atendieron a una ternera que había recibido una patada… Y a la una volvieron a comer a la casa para tomar el almuerzo que habían llevado del Rancho Donovan. Luego arreglaron algunas cosas del rancho, e incluso pasaron un par de horas tratando de reparar el tractor estropeado, hasta que Hoyt insistió en llamar al mecánico para que le echase un ojo.

El calor de la tarde y la frustración por no poder solucionar el problema del tractor habían puesto de mal humor a Hoyt, y mientras se limpiaban las manos de grasa en un trapo se desahogó.

—Hace tiempo que tendrías que haberle puesto una barra para

que ruede, Eadie. No es seguro, aunque pueda arreglarse.

La crítica la tomó por sorpresa, y Eadie lo miró, sorprendida por la dureza de su tono.

—Tengo cuidado.

—No es suficiente con tener cuidado —le discutió él—. Puede haber accidentes. Tú trabajas sola casi siempre, y estás muy cansada. Cualquier tontería podría causar un accidente: una cuesta que tomes muy rápido o que sea muy pronunciada… ¡Maldita sea! Incluso alguna cosa que jamás se te haya pasado por la cabeza… hasta que tengas el tractor encima… —terminó de limpiarse la grasa de las manos y tiró el trapo con violencia encima de un banco de trabajo. Luego la miró—: Vas a poner una barra en esa cosa, o no la conducirás.

Eadie bajó la vista para limpiar las peores manchas de grasa. Hoyt estaba enfadado, pero ella sabía que su preocupación era sincera. Y secretamente, la complacía que estuviera furioso por la idea de que pudiera hacerse daño.

Y tenía razón, hacía años que tendría que haber hecho algo con aquel tractor.

—¿Y? ¿No tienes nada que decir? Lo digo en serio, Eadie.

—Lo sé —contestó ella mientras terminaba de limpiarse las manos—. Pero no sé si tiene sentido gastar trescientos o cuatrocientos dólares en un tractor que tal vez haya que tirar.

Eadie notó que él quería decir algo más, porque parecía estar haciendo un esfuerzo por mantener la boca cerrada.

—En algún momento he tenido el dinero para comprar la barra. Pero no me pareció prioritario.

—Bueno, ahora lo es —declaró él.

Ella sonrió levemente. Hoyt había estado haciendo un gran esfuerzo por no ser el déspota que solía ser, pero había llegado al límite de su paciencia.

—De acuerdo —dijo ella.

No tenía sentido discutir por un tractor que no servía.

Si ella se quedaba con el rancho Webb compraría un moderno tractor con todas las medidas de seguridad.

Eadie sonrió y le ofreció:

—¿Qué te parece si tomamos algo fresco antes de preparar el establo para tus caballos y hacer las tareas de última hora?

Hoyt achicó los ojos y dijo:

—¿Acabas de decir que no te pelearás conmigo por esa barra del tractor?

—He dicho «De acuerdo».

—Te has dado por vencida muy rápido.

Eadie lo agarró del brazo y lo acompañó a salir del cobertizo.

—Bueno, eso te demuestra lo razonable que soy —lo miró a los ojos—. Espero que mi nuevo marido sea tan razonable como yo cuando le toque su turno… Porque… Lo siento, pero siempre no me daré por vencida. Pero esta vez parece razonable. Tienes razón, de todos modos.

Hoyt frunció el ceño.

—Me gustaba tu papel de esposa sumisa, hasta que lo has estropeado diciendo esto…

Eadie alzó las cejas.

—¿De verdad? Ésa era exactamente mi intención, sólo que no estaba segura de que captases el mensaje. Pero, gracias, Hoyt —le palmeó el brazo—. Eres un eficiente aprendiz de marido. Probablemente estés bastante entrenado al cabo de una semana.

La expresión de sorpresa de Hoyt la hizo reír. Eadie se soltó de su brazo y empezó a caminar hacia delante. Él la siguió. Luego notó que se había detenido, y entonces lo oyó hablar entre gruñidos. Entonces ella se dio prisa en llegar a la casa, pero Hoyt la alcanzó al llegar a la puerta del porche, tiró de ella y acalló su risa con un beso.

Cuando dejó de besarla le dijo:

—Debí prestar más atención a esas medallas que ganaste por correr que tienes en tu habitación…

Y luego la besó otra vez.

Tardaron varios minutos en entrar a la casa y en lavarse y beber algo fresco.

* * *

Después de aquello, siguieron con las tareas, pero con largas miradas y más largos besos.

Luego apareció la señorita Ed en su coche.

Se dieron prisa con las últimas tareas y fueron a la casa.

Cuando entraron, la señorita Ed los miró de arriba abajo.

—Bueno, me parece que necesitan un baño… —dijo—. ¿Quieren bañarse y cenar? ¿O dejo la cena en el horno para que la calienten más tarde?

—Nos lavaremos y cenaremos ahora —contestó Hoyt.

Eadie colgó su sombrero en un perchero cerca de la puerta, y él hizo lo mismo.

—Gracias por traernos la cena, señorita Ed —dijo Eadie, yendo al fregadero para lavarse—. ¿Está segura de que no es una molestia venir hasta aquí?

—No. Como el desayuno lo preparan ustedes, yo sólo vendré para la cena. Una vez que traigo la comida, ya no tengo más trabajo. Ahora que no tengo gente en la casa, puedo ponerme con trabajos atrasados que quería hacer cuando no estuviera el jefe —apretó el botón del microondas y luego agregó—: He preparado almuerzo para un par de días. Lo he dejado en el frigorífico. Tiene puesta una etiqueta para saber el tiempo que necesita calentarse.

Eadie sonrió a la mujer:

—Gracias, pero si no quiere molestarse, dígamelo.

—No se preocupe. Si no necesitan nada más, me voy a casa —fue a agarrar su cesta, pero Hoyt se adelantó y la agarró. Luego la acompañó hasta la puerta.

—Vaya tranquila, y gracias de nuevo —dijo Eadie mientras se secaba las manos—. Siento que no hayamos estado en la casa para ayudarla a traer las cosas. Intentaremos hacerlo mejor mañana.

La señorita Ed no le dio importancia.

—Si se les hace tarde, la comida estará en el horno —caminó hacia el porche y luego bajó los peldaños hacia el camino lateral.

Hoyt volvió después de llevar la cesta hasta el coche y despedir a la señorita Ed.

—¿Crees que me he dado demasiada prisa en acompañarla al coche? —preguntó Hoyt mientras iba al fregadero a lavarse antes de cenar.

Eadie sonrió.

—¿Por qué? ¿Te lo ha dicho?

—«¿Qué prisa tiene?» —imitó Hoyt a la señorita Ed—. Me ha preguntado si me daba cuenta de que la había metido en el coche

prácticamente a rastras…

Eadie se rió.

—¿Y lo has hecho?

—Yo he querido ser amable con ella. Pero esta noche ha estado particularmente lenta…

—Yo creo que te estaba tomando el pelo.

—Es posible —dijo Hoyt, terminando de lavarse las manos.

Colgó la toalla y se dio la vuelta. Tiró de ella y la estrechó entre sus brazos.

—Ha sido una buena idea venir a pasar la semana aquí. Te tengo para mí solo. Y puedo ver cómo eres realmente en las tareas de todos los días —se inclinó hacia ella—. Y ahora que hemos hecho todas esas cosas de todos los días, es hora de que hagamos cosas de recién casados —dijo.

Y la besó.

* * *

La declaración de Hoyt de hacer cosas de recién casados fue frustrada por cosas prácticas.

Eadie se duchó primero. Cuando bajó vestida con un vaquero y una camiseta, él pareció disgustarse, como si sospechase que iba a seguir trabajando.

Ella se dio prisa en ir a buscar el correo cuando él se metió en la ducha, pero cuando salió del baño, directamente le prohibió trabajar.

Después de la cena, Eadie le pidió que la ayudase a lavar los platos, y él lo hizo medianamente bien, alardeando de que no había roto nada.

Eadie limpió la mesa y la encimera. El plan de Hoyt de relajarse en el salón se frustró cuando ella le dijo que aún no habían deshecho las maletas. Aunque seguramente consideraría que ésa era otra tarea de mujeres, la acompañó arriba y guardó su ropa en los cajones de la cómoda.

Eadie hizo lo mismo.

Al verlo meter unos calcetines y otra ropa interior en el mismo cajón, le dijo:

—Déjame a mí. Hay más cajones vacíos.

Hoyt la observó separar ropa interior y ordenarla en cajones.

—Ahora ya sabes que no tengo ninguna habilidad de amo de casa… —dijo él cuando Eadie terminó y cerró los cajones.

—Nunca es tarde para aprender —respondió ella, caminando hacia la cama para cerrar las maletas.

—A lo mejor podría aprender, si la señorita Ed y tú me dejaseis. En cuanto veis que cometo un error, venís a ayudarme —replicó él, poniendo a un lado las maletas para que no los molestasen.

—Te dejé secar los platos…

—Sí, pero ¿cuándo me toca lavarlos?

Eadie sacudió la cabeza.

—¿Y no tienes miedo de que se corra la voz de que lavas los platos? ¿Qué me dices de tu imagen de machista?

Hoyt se acercó más y le rodeó la cintura.

—¿Qué imagen de machista? El día que te dejé conducir mi camioneta, te demostré que no soy nada machista.

—Ja… No creo que te guste que te vean con el delantal…

Hoyt puso los ojos en blanco.

—¡Eso es llegar muy lejos, cariño! —respondió, y la estrechó entre sus brazos.

Eadie le rodeó el cuello automáticamente, como si lo llevara haciendo años. Algo había cambiado entre ellos aquel día. Y eso era una confirmación de la nueva cercanía que compartían.

Y Eadie supo que aquella noche no sería tan casta como las anteriores, y se estremeció con la anticipación de lo que la esperaba.

Y como si quisiera confirmar su intuición, Hoyt le preguntó:

—¿Cuál es la hora de irse a la cama en esta casa?

—¿Te he hecho trabajar mucho hoy? —preguntó ella, fingiendo otra interpretación de sus palabras.

Hoyt sonrió.

—Todavía me queda potencia en el motor. ¿Y a ti?

Ella sintió una ola de pudor. Y un ardor en las mejillas.

—Yo no sé si lo diría de ese modo, pero estoy bien.

Hoyt se rió y luego volvió a besarla.

Capítulo 11

Fue un beso tierno, tentativo, con el que Hoyt parecía querer probar antes de hacer algo con lo que ella pudiera sentirse presionada.

Eadie sintió una gran emoción al darse cuenta del cuidado que ponía Hoyt. Pero no habría podido reprimir su reacción ante aquel beso, aunque su vida dependiera de ello.

El beso fue tan ardiente y profundo, que ella sintió que se le debilitaban las piernas. Se tenía de pie sólo porque los fuertes brazos de Hoyt la sujetaban. Una oleada de sensaciones se apoderó de ella, y entonces todas sus reservas se evaporaron.

Aunque había reaccionado intensamente otras veces que Hoyt la había besado, aquello no había sido nada comparado con lo que sentía en aquel momento. Tenía la sensación de que estaba flotando.

De pronto sintió que Hoyt la estaba tumbando en la cama y se inclinaba sobre ella. Eadie experimentó una sensación tan placentera que era como si no pudiera saciarse, y se aferró a él fuertemente, estremecida de placer al sentir la mano de Hoyt acariciándola.

Finalmente Hoyt dejó de besarla y deslizó la boca por su cuello. Ella suspiró al sentirlo. Y el placer fue tan intenso que, hasta que sintió su boca en la piel por debajo del sujetador, no se dio cuenta de que le había desabrochado varios botones de la blusa.

Hoyt se estremeció y de pronto paró. Eadie se dio cuenta de que había estado aferrándose fuertemente a sus hombros y acariciando

su cabello. Había estado tan consumida por la pasión, que había sido incapaz de resistirse.

El hecho de que él hubiera parado la sorprendió, y entonces empezó a tomar conciencia de ello. Notó que había deslizado sus manos hacia la espalda de Hoyt y que había agarrado su camisa, tal vez en un intento desesperado por abrazarlo o quizá por quitarle la prenda.

—Ah, Eadie… —dijo Hoyt con voz sensual.

Eadie notó que Hoyt estaba tan excitado, que su cuerpo temblaba de deseo. De deseo por ella. Hoyt la volvió a besar apasionadamente. Era un hombre fuerte, grande, y era extraño verlo temblar. Por eso ella se sintió halagada, deseable e increíblemente poderosa.

—¿Eadie?

Evidentemente, Hoyt quería más, y le estaba pidiendo su aprobación.

Ella se estaba derritiendo. Su inicial idea de esperar a una declaración de amor de Hoyt, de pronto le pareció menos importante que el ardor que sentía su cuerpo en aquel momento.

—Sí… —susurró Eadie como implorando.

—¿Estás segura? —preguntó él con voz ronca y sensual.

Aquellas palabras le produjeron una gran emoción. Hoyt era su marido y ella era importante para él. Deseaba que Hoyt no esperase que ella fuera una perfecta amante aquella noche; él ya sabía que no tenía ninguna experiencia.

Hoyt, a pesar de su jactancia, era un hombre muy amable. Había prometido ser tierno con ella, y así sería, estaba segura. Y ella lo amaba tanto que casi no le importaba tener que esperar a que creciera lo que sentía por ella, y su amistad se convirtiera en algo más profundo.

—Estoy segura…

Hoyt la besó apasionadamente y ella se olvidó de todo.

Eadie se dio cuenta de que Hoyt quería controlarse, pero notó que cualquier reacción suya, cualquier gemido o cualquier suspiro, le hacían perder el control, y se aprovechó de ello.

La ropa desapareció por arte de magia. La colcha y la sábana de arriba quedaron a un lado, y sus cuerpos se fundieron en una misma unidad, tanto física como emocionalmente. La pequeña

incomodidad que había sentido Eadie se le olvidó rápidamente.

Eadie sintió que no podría sobrevivir al placer que le hacía sentir Hoyt. La transportó a un lugar maravilloso lleno de sensaciones. El placer se hizo cada vez más intenso, hasta que explotaron juntos en un pico aún más alto. Después se hundieron en un paraíso suave y seguro, donde permanecieron tumbados, en silencio, mientras recuperaban el ritmo normal de la respiración.

Eadie estaba tan mareada por aquella sensación, tan embriagada por aquel placer que aún latía dentro de ella, que no se podía mover. Pero tampoco quería hacerlo. Le gustaba tener el cuerpo de Hoyt encima de ella, pesado y cálido. Y maravilloso. Él era suyo, pensó, ahora y para siempre.

Cuando se despertó más tarde, eran casi las dos de la madrugada. Hoyt se había quitado de encima de ella, pero estaban abrazados cara a cara debajo de las mantas. El calor de su cuerpo parecía encender el suyo, y ella sintió una punzada de deseo que la hizo apretarse más contra él.

Aunque Hoyt estaba profundamente dormido, la abrazó instintivamente y luego relajó los músculos. Y ella se quedó despierta en la oscuridad, saboreando lo que habían hecho, y deseando que hubiera sido tan maravilloso para Hoyt como para ella. Seguramente no habría podido hacerla sentir de aquel modo, si no hubiera estado motivado aunque sólo fuese por un poquito de amor, ¿no?

¿Tendría tanta experiencia que podría haber compartido aquello con cualquier mujer? ¿Habría sido tan especial para él como para ella? ¿Tan emotivo?

Aunque pareciera estar tan conmovido como ella, no podía ser que estuviera tan enamorado. Y tal vez fuera su propia falta de experiencia lo que no la dejaba ver que lo que habían compartido no era más que lo normal.

Bueno, si había sido lo normal para él, ella lo haría mejor la próxima vez. O la siguiente.

Fuese como fuese, era maravilloso que Hoyt la abrazara mientras dormía, como si fuera algo muy preciado para él.

Y Eadie decidió sentirse feliz solo con eso.

* * *

La siguiente vez que Eadie se despertó, ya había amanecido, y ninguno de ellos se había movido. Aunque todavía estaba un poco oscura la habitación, el cielo detrás de la ventana se veía cada vez más claro.

Lo último que quería era separarse de Hoyt, pero sintió pudor de que su marido la viera desnuda. Era cierto que la había visto la noche anterior, pero eso era distinto a que la viera levantarse para agarrar su bata. Prefería hacerlo cuando la habitación aún estaba oscura y Hoyt dormía. Aunque su cuerpo aún estaba en forma y no carecía de atributos femeninos, prefería que Hoyt no la comparase con las otras mujeres con las que había estado. Además, no se sentía cómoda haciendo un desfile sin ropa delante de él después de una sola noche de intimidad.

Fue todo un desafío separarse de Hoyt sin que él se despertase, puesto que acostumbraba a levantarse antes de que amaneciera, como ella. Cuando logró ponerse de pie, lo oyó reír suavemente.

—Es una suerte que te haya visto bien ayer por la noche, aunque no te imaginas lo bonito que se ve tu pequeño trasero a la luz del día.

Eadie hizo un esfuerzo por no correr a cubrirse. Por suerte, él no vio que se había puesto roja de los pies a la cabeza, mientras caminaba hacia el cuarto de baño y se encerraba en él.

Ella había tenido intención de ponerse la bata y bajar a buscar el desayuno, antes de darse una ducha rápida. Pero había oído el interruptor de la lámpara de la mesilla, y había visto que la luz se encendía justo antes de que cerrase la puerta. Y había pensado que sería mejor darse la ducha primero, lo que le permitiría unos minutos para recuperarse.

Terminó de ducharse en pocos minutos, se secó y se cepilló el cabello. Se puso la bata y se ajustó el cinturón. Luego se miró al espejo. Quería tener aspecto de persona medida y controlada. Pero vio que su rostro había sufrido algunos cambios. Aún tenía los labios rojos, los ojos más vivos y mundanos. Y el hecho de tener el cabello revuelto le recordaba que Hoyt se lo había despeinado.

Recordó aquella sensación, y de la sensación pasó a los recuerdos de las demás cosas que él le había hecho sentir.

Ahora sus ojos azules tenían un brillo de satisfacción y de deseo

de mujer.

¿Podría seguir ocultando sus sentimientos hacia Hoyt después de lo que había sucedido? En realidad, el único motivo para que los ocultase era su orgullo. No había habido palabras de amor por parte de ninguno de los dos. No sabía muy bien qué le había dicho, porque se había dejado llevar de tal manera por las sensaciones, que su mente no había intervenido, y no podía jurar lo que había dicho y lo que no. Pero estaba bastante segura de que había mantenido el secreto de que estaba enamorada de él. Al menos no recordaba ninguna reacción de Hoyt. Ni buena ni mala, ante palabras suyas como «Te quiero».

La voz de Hoyt al otro lado de la puerta la sobresaltó.

—Tengo un café para ti, señora Donovan. Ven a beber un sorbo y a darme un beso —dijo Hoyt, e hizo una pausa—. O bésame y bebe un sorbo. Ni la taza ni yo podemos esperar un minuto más para que nos dediques tu atención.

Ella sonrió. ¡Lo amaba tanto…! ¡Cuánto deseaba confesarle todo! Ella sabía que le gustaba a Hoyt, pero no quería asustarlo, puesto que él no se había casado por amor, sino para tener hijos con ella. Y tampoco quería que se sintiera obligado a decirle que la amaba, si sus palabras no provenían de su corazón. Eadie se recompuso y abrió la puerta.

Al verlo preparado para que ella le diera un beso, casi se rió. Hoyt estaba con los ojos cerrados y la boca fruncida. Tenía una taza en la mano y se había puesto un par de vaqueros.

Eadie agarró la taza y le dio un beso breve y rápido al mismo tiempo.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Eadie, sorbiendo el café.

Hoyt la miró contrariado.

—¡Qué dura eres! ¡Ha sido una limosna! Me voy a pasar el día preguntándome si me has elegido a mí primero o al café.

Eadie no se lo tomó en serio. Era sólo otro modo de coquetear.

—¡Pobrecillo! ¡Y eso que te he dado el beso antes de tomar un sorbo!

—Sí, pero porque no has podido llevarte la taza a los… —Miró provocativamente sus labios—… labios primero.

—Ha sido sólo por una cuestión técnica —dijo ella mientras se agachaba y le daba otro beso, más lentamente, más dulce.

Hoyt alzó la cabeza y gruñó.

—Así está mejor —dijo él, y la besó nuevamente.

Eadie se olvidó de que tenía el café en la mano. De pronto Hoyt levantó la cabeza, se echó hacia atrás y le agarró la mano para poner derecha la taza.

Eadie se sobresaltó. Luego descubrió cuál era el problema: vio las manchas de café en los pies desnudos de Hoyt, y se rió.

—Oh, lo siento.

—Sí… ¿Cuándo es la hora del desayuno en este rancho?

—En cuanto me dejes vestirme y bajar.

—Hmmm. Bueno. Será mejor que te vayas antes de que me quemes los pies con el café.

Eadie sonrió.

—Supongo que sí…

—«Supongo», hmmm —gruñó él, imitándola, y le dio un beso antes de dejarla marchar.

Eadie dejó el café en la mesilla y fue a buscar la ropa.

Cuando Hoyt cerró la puerta del cuarto de baño, ella se marchó a otro dormitorio y se vistió. Luego entró nuevamente. Hizo la cama mientras oía el sonido de la maquinilla eléctrica en el cuarto de baño. Cuando dejó de sonar, bajó.

* * *

-¿Qué te parece si esta noche vamos a ver a la recién nacida? —sugirió Hoyt cuando estaban terminando de desayunar.

—Es mejor que llamemos primero y preguntemos si Leah tiene ganas de visitas —contestó Eadie.

—Si Leah ya no está en el hospital, debe de sentirse lo suficientemente bien como para tener visitas.

—No sabes mucho sobre postparto, ¿no? El que ya esté fuera del hospital no quiere decir que no necesite descansar o estar pendiente del bebé. Además, está Bobby, que también necesita su cuidado.

Hoyt frunció el ceño.

—Es demasiado temprano para que uses palabras raras. ¿*Post* qué?

Eadie sonrió.

—Postparto es la etapa después del nacimiento del bebé. Ya te enterarás más de esas cosas a medida que pase el tiempo. Digamos que Leah tendrá que disminuir su actividad, aunque Reece le haya puesto un ama de llaves.

—¿Tú sabes de esas cosas?

—Algo.

—Tal vez tengamos que comprar algunos libros para informarnos —dijo Hoyt.

Era típico de Hoyt que le asignase esa tarea a ella. Como si él fuera muy macho para aprender.

—Uno nunca sabe cuándo lo puede necesitar —agregó Hoyt, sonriendo pícaramente.

Hoyt le estaba recordando el motivo por el que se había casado con ella, pensó Eadie. Así que se determinó a no confesarle su amor, a no ser que él se lo declarase primero.

Y también se dijo que tenía que tener paciencia. Que no debía desanimarse. Pero a Eadie le costaba tanto mantener el silencio como tener paciencia.

* * *

Trabajaron durante todo el día y terminaron las tareas antes de que llegase la señorita Ed con la cena. Habían hablado con Reece y éste les había dicho que a Leah le apetecía que fueran a ver a Rachel aquella noche, así que pensaban ducharse, cenar y luego marcharse al rancho Donovan a buscar los regalos para Bobby y el nuevo bebé.

La señorita Ed les llevó algunos mensajes telefónicos junto con la cena, y se marchó enseguida. Después de cenar lavaron los platos y, mientras Hoyt hacía una llamada por teléfono, Eadie se puso un vestido de verano y agarró su bolso.

Había sido un buen día. Durante la jornada Hoyt se había comportado como un compañero de trabajo o un socio en su negocio, pero luego, en la casa, había estado afectivo y conversador. Se llevaban realmente bien, aunque Eadie se daba cuenta de que Hoyt estaba empecinado en ayudarla con el rancho para que no lo vendiera. Aquel día le había preguntado por los

pozos de agua, y le había recordado que había que arreglar la valla de la carretera, lo que era un modo de decirle que tenían que cambiar la valla.

Cuando llegaron al rancho de los Waverly, Bobby fue corriendo a saludarlos. Hoyt le dio el regalo del bebé para que se lo llevase a su madre. El niño se marchó, contento. Cuando se fue, Hoyt sacó el coche con motor que había comprado para él.

Eadie esperó en la puerta, mientras Hoyt iba a la parte de atrás de la casa a dejar el juguete en el patio. Luego se reunió con Eadie en el momento en que aparecía Reece en la entrada.

—No sabía por qué tardabas tanto en entrar… —dijo Reece.

Hoyt se quitó el sombrero y lo dejó en una mesa de la entrada.

—Estaba preparando una sorpresa en la parte de atrás de la casa. Pero eso es para más tarde. ¿Dónde está esa pequeña?

—Le están cambiando el pañal —contestó Reece, luego saludó a Eadie—: Hola, Eadie. Estás tan guapa hoy que no hace falta que te pregunte qué tal te va con tu matrimonio.

—Gracias. ¿Qué tal está Leah?

—Con ganas de tener visitas. Entrad y sentaos.

Eadie se sentó en el sofá, pero Bobby apareció corriendo y se echó en brazos de Hoyt antes de que éste pudiera sentarse. Hoyt agarró al niño y lo levantó por el aire.

Reece les ofreció té helado, pero ellos prefirieron tomarlo más tarde. Las flores que Hoyt le había enviado a Leah al hospital estaban en una mesa baja, adornando el salón.

—Eh, hermano mayor, ¿qué has estado haciendo? —le preguntó Hoyt a Bobby.

—Ayudando a mi mamá con mi hermanita. Los bebés no saben jugar —le comentó Bobby con candor—. Y huele…

Hoyt fingió un gesto de horror y bajó un poco al niño para ponerlo cara a cara con él.

—¡Oh, qué horror! ¿Y si la cambiamos por una hermanita que huela mejor?

—¡Nooooo! —se rió Bobby.

—¿Dónde has puesto el regalo, pirata?

—Lo tiene mamá. Dice que es demasiado bonito para abrirlo.

—Bueno, cosas de mujeres… —Miró a Eadie y dijo—: Saluda a tu tía Eadie.

—Hola, Bobby —sonrió Eadie.

—Hola —dijo Bobby tímidamente, pero Hoyt le hizo cosquillas y lo hizo reír.

A Eadie le encantó que Hoyt la hubiera llamado «tía Eadie».

Reece les dijo desde la puerta:

—Como lo sigas excitando, te lo llevarás a dormir a tu rancho.

—¡Aguafiestas! —lo acusó Hoyt. Dejó de jugar con Bobby y se sentó al lado de Eadie, con el niño en su regazo. Reece apareció con Leah y el bebé.

—Te daría un ataque si nos lo llevásemos —agregó Hoyt.

—Sí, porque lo malcriarías más todavía —dijo Reece.

Leah parecía feliz y relajada. Estaba muy guapa. Tenía las mejillas sonrosadas y había escogido un vestido holgado, seguramente por comodidad. Saludaron a Leah y luego Reece preguntó:

—¿Quién quiere tenerla en brazos primero?

—Probablemente, Eadie. Yo tengo las manos ocupadas con este pequeño pirata.

Eadie se dio cuenta de que Hoyt intentaba que el niño no se sintiera celoso. Era muy considerado de su parte, ya que él había sido hijo único, como ella, y realmente no sabía cómo podía sentirse un niño teniendo un hermano. A Eadie le gustaba que hubiera tenido en cuenta ese detalle.

Reece le dio la niña a Eadie. Nunca había tenido en brazos a una niña tan pequeña. Rachel tenía los ojitos abiertos y los fijaba en Eadie.

—¡Oh, es perfecta! ¡Preciosa! —dijo Eadie, y abrió un poco la manta en la que estaba envuelta para ver el vestido blanco que llevaba, que parecía el de una muñeca.

Olía a bebé, un aroma dulce y tibio. Eadie la apretó un poco más contra ella. Cuando la niña sacó una manita de debajo de la manta, Eadie se maravilló de su tamaño diminuto. Sus dedos se cerraron enseguida y su boquita se abrió para bostezar.

—No, no, no te duermas todavía, guapa —le dijo Eadie, y le acarició una mejilla.

Bobby se acercó y dijo:

—Le gusta agarrarme el dedo, ¿ves? —Bobby le puso el dedo en la mano y la niña cerró la mano alrededor de él.

Hoyt se inclinó.

—Es muy pequeña —dijo en voz baja—. Y mira esos ojos. Todavía tienen ese brillo que viene del cielo…

Eadie miró a Hoyt, conmovida por su tono casi reverencial. ¡Lo amaba tanto…!

Recordó que Hoyt le había dicho que quería tener muchos hijos. Ahora que tenía en brazos a Rachel, y que se había enamorado de ella, la idea de tener una docena de niños no le pareció tan descabellada. No era que quisiera tener una docena realmente, pero sí deseaba empezar y no decidir de antemano cuántos tendría.

Eadie vio el mismo deseo en los ojos de Hoyt y se dio cuenta de que Reece y Leah los estaban mirando, así que dejó de mirar a Hoyt y se dirigió a Leah.

—¿Qué tal te encuentras?

—Cansada, pero muy bien. Si Reece no hubiera contratado a un ama de llaves no creo que pudiera decir lo mismo. Se encargará de todo durante unas semanas. Me gusta ocuparme de mi casa yo misma, pero ahora es mejor que me ocupe sólo de Bobby y Rachel.

Reece se acercó a su esposa.

—Ya sabes que por mí, puedes contratarla permanentemente. Mientras tanto, podemos ayudarte con Bobby. Más adelante ya tendrás fuerzas para ocuparte de él.

Leah sonrió.

—Sí, jefe. ¿Por qué no te sientas aquí con mamá, Bobby?

Bobby dejó a su hermanita y se sentó con su madre en el otro sofá. Reece estaba al lado de Leah, rodeándole los hombros con un brazo, y tenía la mano en la cabeza de Bobby.

Eadie sintió envidia de aquel cuadro familiar, pero cuando el bebé se movió, ella volvió a mirar sus diminutos ojos, que seguían fijos en su rostro.

Capítulo 12

Hablaron sobre los bebés, sobre Bobby y Eadie escuchó a los tres adultos. Se notaba que tenían una estrecha relación desde hacía mucho tiempo, y ella se alegró de que la hubieran aceptado tan rápidamente.

Eadie le dio el bebé a Hoyt. La niña parecía más fascinada aún con su rostro que con el de Eadie. Hoyt le sugirió a Bobby que trajera el regalo de Rachel para que lo abriese su madre.

Leah rompió el papel de regalo junto con Bobby y dejó que su hijo abriera la caja. Había tres hermosos vestidos de diferentes tamaños.

Conversaron un rato más, luego Hoyt miró a Reece como queriendo decirle algo y comentó:

—Y ahora veamos lo que la tía Eadie y yo hemos traído…

—Oh —dijo Reece.

Reece se puso de pie. Hoyt hizo lo mismo con el bebé en brazos y luego miró a Leah.

—¿Te apetece ir a la cocina para verlo, Leah?

Leah apenas tuvo tiempo de asentir con la cabeza porque Bobby preguntó, ansioso:

—¿Ver qué, tío Hoyt?

—Pronto lo sabrás —dijo Reece, ayudando a levantarse a Leah.

Hoyt esperó a que Eadie se pusiera de pie para darle la niña.

Bobby empezó a correr hacia la cocina, pero Hoyt lo interceptó y lo alzó. Luego se lo puso debajo del brazo como si fuera una pelota de fútbol.

—Ya estás muy grande para llevarte así —bromeó Hoyt—. Pronto tu padre y yo no vamos a poder contigo.

El niño se rió mientras caminaban en dirección a la cocina, con las mujeres delante.

Reece había agarrado una silla del salón e hizo sentar a Leah frente a la puerta de cristal. Hoyt puso una silla de la cocina a su lado y se la ofreció a Eadie. Cuando Reece estaba a punto de abrir la puerta de cristal, dijo:

—Espera un momento, Hoyt. Tenemos una cámara de vídeo. Y ésta puede ser una gran oportunidad para grabar algo más.

Todos esperaron a que la trajera.

Cuando Reece volvió con la cámara, llevaron al niño fuera. Hoyt dejó al niño en el suelo y se agachó para señalarle un árbol que había a un lado del patio, donde estaba aparcada la sorpresa.

Reece tenía la cámara preparada y pudo grabar perfectamente el momento en que el niño salía corriendo hacia su juguete, gritando de alegría. Bobby se subió en el coche y movió el volante antes de que Hoyt le enseñara cómo encender el motor.

A partir de ese momento, fue todo bastante cómico, porque Hoyt tuvo que impedir varias veces que el coche aplastara las flores del jardín o se chocase contra el columpio de madera, mientras Reece los filmaba.

Eadie y Leah se rieron de la escena que protagonizaron los dos hombres y el pequeño piloto, que estaba demasiado excitado para prestar atención a las instrucciones de Hoyt para enseñarle a coordinar el movimiento del volante y la velocidad. Finalmente, Hoyt llevó el coche al final del patio, donde no había obstáculos, y acompañó al pequeño en sus paseos.

—Hoy Bobby no va a querer irse a dormir —dijo Leah riéndose —. Pero vale la pena. ¡Es un regalo maravilloso!

Cuando entraron en la casa, la niña se había dormido y Leah parecía cansada. Reece dijo entonces que era la hora de dormir para ambas. Y Hoyt agregó que era hora de dormir para todos. Se despidieron y los Waverly les dieron las gracias una vez más por los regalos y las flores.

Eadie notó que Reece adoraba a su esposa. Y también vio cómo un hombre duro y macho podía cuidar de una esposa, de un niño de tres años y de un bebé. Pensó en que Hoyt era tan macho y fuerte

como Reece, pero que podría hacer lo mismo que su amigo, sobretodo porque le encantaban los niños y era muy bueno con ellos.

Y también había visto que Hoyt era capaz de cuidarla a ella, como lo había hecho hacía cinco años, o la noche que había ido a su rancho a llevarle la cena.

Eadie se sintió orgullosa de él y le entraron ganas de atravesarse en el coche y besarlo, pero simplemente se ajustó el cinturón de seguridad.

Al rato vio que Hoyt había cambiado su estado de ánimo. Parecía más introvertido.

No tardaron en llegar al rancho Webb. Aparcaron el coche y fueron al granero a echar un último vistazo a los caballos antes de entrar en la casa. Eadie tenía la costumbre de hacerlo.

Una vez en la casa, Eadie preparó el café para el desayuno de la mañana, dejando lista la cafetera y el temporizador, para que al día siguiente sólo hubiera que apretar el botón.

Hoyt estuvo viendo los mensajes que le habían dejado en su contestador.

Había sido un día muy largo, habían vuelto a casa más tarde de lo pensado y estaban cansados y con pocas ganas de hablar. Pero el silencio de Hoyt le pareció que encerraba algo más que cansancio. En verdad, ella había tenido ganas de estar un rato a solas con él.

La noche anterior había sido maravillosa, y le había costado mantener la distancia durante todo aquel día. Aún la ponía nerviosa la intimidad con él, pero no podía evitar sentir un deseo muy femenino de querer más.

Hoyt se quitó las botas, aparentemente distraído en sus pensamientos. Y como era tarde y ella sentía pudor todavía de desvestirse delante de él, se metió en el cuarto de baño y cerró la puerta. Cuando ya se había puesto el camisón y la bata abrió la puerta y empezó a quitarse el suave maquillaje.

Hoyt se acercó y se apoyó en el quicio de la puerta del cuarto de baño, para observarla. A ella le gustó.

—¿Crees que hicimos un bebé anoche? —preguntó él.

Ella sonrió para disimular una mezcla de sentimientos.

—No creo.

—¿Crees que haremos uno esta noche?

Eadie agitó la cabeza suavemente. Aunque hacía una hora se había deleitado con la pequeña Rachel y había deseado tener niños, ahora la actitud de Hoyt la desanimaba un poco, al ver la ansiedad que sentía por concebir un hijo. Quería incluso que lo lograsen aquella noche. Era como recordarle que aquel matrimonio existía sólo para engendrar herederos, y que el amor no tenía nada que ver, aunque se gustasen mutuamente.

A pesar del trato que habían hecho, ella quería que Hoyt estuviera enamorado de ella antes de concebir un niño, y más ahora que había tenido en brazos a un bebé que era el producto del amor de sus padres. Ella jamás se habría casado con él si no lo hubiera amado tanto.

Y sinceramente, después de haber estado con los Waverly, estaba convencida de que los niños eran una bendición, especialmente si sus padres se amaban. Y el recuerdo de sus propios padres le confirmó esa idea. Ellos se habían amado y la habían incluido a ella en su amor, formando un lazo entre los tres más fuerte que el de la sangre.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Hoyt, preocupado.

¿Qué podía contestarle ella que no la obligase a hacerle una declaración de amor?

Eadie sonrió mientras se quitaba el maquillaje que le quedaba con un algodón.

—Me estaba acordando de mis padres. Reece y Leah me los recuerdan.

—¿Estaban locos el uno por el otro como ellos?

—Sí —dijo ella, intentando pensar en algo que decir para prolongar aquel tema. Terminó de limpiarse la cara y se dio la vuelta—. ¿Y tus padres? Nunca he sabido nada de ellos. Por lo que recuerdo, eran mayores que los míos y, por supuesto, no frecuentaban los mismos círculos sociales.

Hoyt la miró con gesto sombrío y ella se arrepintió de haberle hecho aquella pregunta.

—Yo fui un hijo tardío. Nací después de muchos años de que ellos lo estuvieran intentando. Las diferencias que pudieron haber tenido ya se habían suavizado cuando llegué yo. Había afecto, respeto, pero no oí mucho acerca de ello antes de que muriese mi madre. Después de su muerte, mi padre estuvo muy mal, tanto que

pensé que jamás se repondría. Se recuperó finalmente, pero nunca fue el mismo.

—Lo siento —ella se acercó y le tocó el brazo, en un gesto de comprensión.

Él se movió y la dejó pasar, como si no quisiera contacto. Luego salió con ella hacia el dormitorio. Y Eadie le contó lo que tenía en común la historia de sus padres con la de los suyos.

—Mi madre se metió de lleno en el trabajo después de morir mi padre. Al principio, no quería comer y no podía dormir, así que hubo que darle algo para solucionarlo. Tuve miedo de que trabajase tanto que terminase consigo misma, pero el trabajo la ayudó. Un día empezó a estar mejor.

Eadie se encogió de hombros. Todavía no comprendía qué era lo que le había hecho mejorar a su madre.

Luego siguió contándole a Hoyt:

—Incluso estuvo a punto de salir con un hombre que había sido un compañero de instituto —dio vuelta la colcha y la sábana de arriba—. Pero entonces tuvo el accidente.

—¿Te ha preocupado alguna vez amar tanto a alguien? —preguntó él solemnemente—. ¿Hasta el punto de no querer vivir si le pasa algo?

Eadie se sintió sorprendida por la pregunta, pero comprendió inmediatamente la importancia que tenía para Hoyt.

¿Relacionaría Hoyt el amar a alguien con la muerte de su padre? Tal vez por ello Hoyt habría salido con tantas mujeres. Y peor aún, tal vez por ello se habría casado con una mujer a la que no amaba realmente.

¿Era posible que el *shock* por la muerte de su padre y el trauma por haber tenido que asumir tanta responsabilidad ella sola fueran responsables de su idea de que era mejor evitar el amor? Eadie no sabía bien qué quería decir con aquella pregunta. Y no sabía por qué había sacado ese tema, a no ser que fuera para explicarle por qué no la amaba.

Aunque la idea de que Hoyt no pudiera amarla nunca le hacía mucho daño, en aquel momento se sintió más triste por él que por ella.

—Creo que sería peor estar enamorado de alguien que no lo está de ti —respondió ella.

Eadie se quitó la bata y la tiró a los pies de la cama. Sabía que él la estaba mirando.

—Bueno, si no te importa, me voy a la cama —dijo ella.

—Tienes razón —ella lo miró—. Tienes razón, Eadie. Aunque sea triste perder a alguien a quien amas, es peor estar enamorado de alguien que no lo está de ti. O que intenta ocultarlo.

Habló como si lo hubiera experimentado. Y ella sintió que su corazón se agitaba.

Eadie pensó que estaba hablando de sí mismo y de ella. Al fin y al cabo, ella había ocultado siempre sus sentimientos.

Pero de pronto se acordó de Celeste, la única mujer que lo había rechazado. ¿Le habría preguntado lo del embarazo porque temiese haberla dejado embarazada habiendo cambiado de idea acerca de su relación con ella? Evidentemente, si él ya no quería estar con ella, un embarazo complicaría las cosas…

Al fin y al cabo, ¿qué tenía ella de especial para que él no perdiera el interés como siempre le ocurría?

Claro que Hoyt era un hombre de palabra. Y le había prometido estar con ella hasta la muerte. Pero no la amaba. Tal vez por ello hubiera estado tan callado desde que habían vuelto de la casa de los Waverly.

Eadie estaba harta de todos aquellos sobresaltos, de preocuparse, esperanzarse, volver a decepcionarse y así todo el tiempo… Era hora de parar aquello. Si habían cometido un error, era mejor reconocerlo.

—No sé adónde quieres llegar.

—¿No lo adivinas?

—Para serte sincera, preferiría que me lo dijeras directamente —ella entrelazó los dedos nerviosamente—. Así estaremos seguros de que nos entendemos.

Hoyt frunció el ceño.

Ella no comprendía por qué podía estar enfadado.

—De acuerdo, ¡maldita sea!, tú lo has pedido —sacó las manos de los bolsillos—. Te lo diré claramente—. Pero de pronto se detuvo, como si tuviera miedo de pronunciar palabras hirientes.

Era normal que no quisiera hacerle daño. Sentía aprecio por ella. Y sabía que lo que le iba a decir le haría daño, pensó Eadie.

—¿Es posible que alguna vez te enamores de mí, o que sientas

algo parecido? ¿Puedo esperar algo más de ti que amistad y pasión? ¿Tal vez amor?

—¿Qué dices? —preguntó Eadie con la boca abierta.

Hoyt frunció más el ceño y dijo:

—Ya me has oído.

—¿Tú esperabas que yo… sintiera algo como eso?

Aunque había estado desesperada por oírlo, no podía creer que ocurriese tan pronto. Pero estaba sucediendo.

—No algo como eso… sino eso.

—Eso —repitió ella.

Evidentemente, ambos habían estado protegiendo su orgullo. Eadie no pudo evitar una risa histérica, al ver lo ridículo que era todo.

—Eso. Amor —dijo Hoyt, y exhaló con frustración—. ¿Crees que alguna vez sentirás algo así por mí? ¿Una locura suave aunque sea? Un niño se merece que sus padres estén locos el uno por el otro, ¿no crees?

Eadie se sintió llena de amor, gratitud y alegría. Tenía que pestañear para aclarar su visión, para verle la cara.

—Estoy completamente de acuerdo con eso. ¿Quieres decir… que podrías tener un caso leve de locura por mí? —preguntó ella.

Hoyt le tomó las manos.

—No es leve. Estoy enamorado de ti, Eadie, desde hace tiempo. ¿Te parece bien?

—Sí —dijo ella—. ¡Llevo tanto tiempo enamorada de ti…!

Hoyt de pronto la levantó en el aire y le dio un beso. Ella le rodeó el cuello con los brazos y Hoyt se sentó al borde de la cama, con ella en su regazo. Cuando dejaron de besarse, él se echó hacia atrás para observar su rostro.

—¿Estás enamorada de mí desde hace mucho tiempo? ¿Cuánto?

Eadie estaba tan feliz y tan afectada por el beso que se le escapó la respuesta.

—Desde la noche en que acudiste en mi ayuda.

Hoyt la miró con tristeza.

—¡Ah, Eadie, no me digas eso…!

Él pareció decepcionado.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó ella.

—¿Llevas enamorada de mí cinco años? Yo llevo enamorado de

ti el mismo tiempo.

Eadie sonrió.

—¿Es cierto?

—¿Por qué crees que he estado tan insoportable? Por cierto, el enamorarme de ti fue lo que me hizo conocer el sexo. Y, ¿cómo no me lo has dicho?

Eadie alzó las cejas.

—¿Y cuándo crees que podría haber sido buen momento para decírtelo, si no hacías más que salir con mujeres? Y por cierto, eso me recuerda a Celeste, ¿qué ocurre con ella? Estabas disgustado por perderla.

No es que no creyese que fuera sincero. Pero todo encajaba tan perfectamente, que eso le hacía desconfiar. No comprendía por qué, si llevaba tantos años enamorado de ella, no había concentrado su encanto masculino en ella y sólo la había invitado a salir hacía años.

—¿Lo preguntas en serio o se trata de una última tortura? ¿Y cuándo he dicho yo que estaba disgustado por perder a Celeste?

—Estabas de muy malhumor cuando rompiste con ella —dijo Eadie.

—Estaba insoportable porque estaba harto de aguantar a mujeres a las que no quería, para demostrarle algo a la única mujer que me importaba. Y al parecer, lo único que te demostré fue que era una especie de vaquero donjuán. Cualquier hombre se pondría de mal humor si se diera cuenta de lo estúpido que ha sido.

Eadie se rió por el modo en que lo dijo. Y él la miró pícaramente.

—¡Y encima, no hace mucho tiempo, he tenido el descaro de aconsejar a mi mejor amigo que se case! ¡Qué estúpido he sido! ¡Dar esos consejos, cuando no tenía ni idea de cómo conseguir a la mujer que amaba! —Su media sonrisa desapareció otra vez, y se puso serio nuevamente—. Estoy enamorado de ti, Eadie. Estoy loco por ti.

Ella le acarició la mejilla.

—Yo también estoy loca por ti, Hoyt. Tanto que no sabía hasta cuándo podría ocultártelo. No quería asustarte con mis sentimientos, ni que te sintieras obligado a decirme que me querías, si realmente no lo sentías.

—Bueno, ¡maldita sea! ¡Cinco años torturándonos!

Eadie sonrió.

—Ahora ya no será así.

—Al menos he hecho algo bien. El día que me hice la herida, me di cuenta de que ya estaba harto. Y decidí buscar el modo de llamar tu atención. Entonces se me ocurrió que tenía la excusa perfecta para pedirte que te casaras conmigo. Estaba decidido a terminar con mi angustia, como fuese. Tenía dos opciones: conseguir que me dijeras que sí u olvidarte. —Hoyt le dio un beso y luego agregó—: Pero casarme contigo no fue suficiente. Ni el sexo. Pensé que una mujer como tú creería que estaba enamorada si tenía sexo… O que si te amaba locamente podría hacerte decir que me amabas, si así era. Esta noche, cuando te he visto con el bebé en brazos… lo he querido todo, todo lo que un hombre y una mujer pueden compartir. Pero me pareció que no teníamos derecho a tener hijos si no estábamos los dos enamorados.

Eadie lo abrazó. Estaba tan emocionada que apenas podía hablar.

—¡Oh, Hoyt! ¡Te quiero tanto…! —Se echó hacia atrás y agregó —: Pero estoy cansada de conversar.

Hoyt la miró.

—¿Así que me acusas de muchas palabras y pocas acciones, eh? Bueno, señora, recuerde que ha sido usted quien ha tirado el guante.

Eadie se rió y él la besó apasionadamente. Aquella noche había habido palabras de amor por parte de ambos.

Más tarde, cuando hicieron el amor, repitieron esas mismas palabras en susurros. Y se durmieron soñando con un futuro lleno de amor.

Al año siguiente el rancho Webb empezó a mejorar su rendimiento, y más adelante, realmente prosperó.

Y el motor de ese cambio fue una prueba de embarazo y una visita al médico para confirmarlo.

Y el primer hijo de la siguiente generación de los Donovan llegó unos meses más tarde.

FIN



Susan Fox se crió con su hermana, Janet, y su hermano, Steven, en una superficie de cerca de Des Moines, Iowa, donde, además de gatos y perros callejeros había dos caballos y ponis; su mascota favorita y confidente era Rex, su marrón y negro caballo castrado pinto.

Susan ha criado a dos hijos, Jeffrey y Patrick, y actualmente vive en una casa que ella riendo refiere como el relleno sanitario y depósito de libros. Ella escribe con la ayuda y el estorbo de cinco traviesos felinos de pelo corto: Gabby, un hablador carey percal; Buster, un sólido de león amarillo con patas blancas y las marcas faciales, y su hermana, Pixie, un calicó tricolor; Toonses, una regordeta negro y negro, y el diabólico alegremente, juguetona tigre negro Eddie, también conocido como amante de Eduardo.

Susan es una fan bookaholic y cine que ama vaqueros, rodeos, y el oeste de Estados Unidos, el pasado y el presente. Ella tiene un gran interés en contar historias de todo tipo y en la política, y ella dice los dos son a menudo intercambiables.

Susan le encanta escribir caracteres complejos en situaciones emocionalmente intensas, y se espera que sus lectores disfrutan de sus historias rancho y son elevados por sus finales felices.

Sitio web oficial: http://www.susanfox.org/